ANTONIO
PÉREZ HENARES

EL RÍO DE LA LAMIA

Conocía todas las pieles
que rozaron la superficie de sus aguas.

Harper*Bolsillo*

ANTONIO
PÉREZ HENARES

EL RÍO DE LA LAMIA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

El río de la lamia
© Antonio Pérez Henares, 1998, 2003, 2023
© 2023, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
De las fotografías del interior: Archivo del autor

ISBN: 9788419809193

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
El nido de mis libros
El río de la lamia
A manera de prólogo. Donde una lamia había desparramado su cabellera
Primera parte.Los foramontanos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Segunda parte. La gruta del almorávide
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Tercera parte. La noche de los poetas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Cuarta parte. La curandera del Bornova
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Quinta parte. El lobo de tres patas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

Sexta parte. Los buscadores de plata
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Séptima parte. El maestro rojo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Final. Los cabreros del Bornova
Epílogo
Las recetas de la curandera del Bornova
Nota final del autor
Bornova, viaje al río de la lamia
Introducción
Si te ha gustado este libro…

A mi lamia particular

El nido de mis libros

Escribí El río de la lamia unos años antes de que acabara el siglo. Se publicó en 1998. Fue una de mis vueltas a la literatura pues en aquel entonces estaba en pleno fragor periodístico, dirigía el semanario Tribuna de Actualidad y si algo me faltaba era tiempo y un mínimo sosiego. Pero fue un libro muy importante para mí, tanto que siempre lo he entendido como el que reinició de manera meditada y madurada mi carrera como escritor. La lamia fue un punto de inflexión y supe y anhelé desde entonces que un día me dedicaría por entero, o casi, a estos quehaceres y dejaría el periodismo en un segundo plano.

Pero hay en El río de la lamia algo todavía más relevante. Es la piedra angular de lo que iba a ser, y sigue siendo hoy, muy buena parte, el cogollo y el meollo de mi obra. En esta novela aparecen los escenarios, los personajes, las sendas narrativas y las voces que iban a ir luego desarrollándose a lo largo de la ya más de una docena de novelas. Están ahí más que esbozadas, diría que ya nacidas y a la espera de que se les diera el papel protagonista que reclamaban.

Siempre he tenido esa percepción, pero al releerla ahora he caído en la cuenta de hasta qué punto era una novela premonitoria de lo que me exigía salida y que tras años incubando quería salir de una vez del huevo. Desde las primeras líneas y el primer capítulo emergen esos mundos primigenios y asoma poderoso, aunque entonces ni tenía nombre, Ojo Largo, protagonista primigenio de la saga iniciada con Nublares y donde aflora toda mi pasión por el mundo prehistórico. Cinco novelas hasta el momento, la última La canción del bisonte, ahora ya con rango internacional tras su éxito en Francia.

Pero es que con tan solo avanzar un poco aparece el siguiente escenario por el que he transitado. El medieval, la frontera de la Extremadura castellana, aquellas duras tierras, que son las mías, y aquellas gentes, las de a pie, en Tierra vieja, o los grandes adalides como Alfonso VII en El rey pequeño, o Minaya en La tierra de Álvar Fáñez. Incluso en mi única novela ambientada en la Guerra Civil y luego la dictadura franquista, El hijo del italiano, hay un pálpito de esa hermosa lamia que acogía a los fugitivos sin esperanza.

Estoy pues feliz de que veinticinco años después, un cuarto de siglo, HarperCollins haya decidido devolver a la lamia y a su río a la vida. Con un añadido de regalo. Tres años después de la salida de El río de la lamia apareció un libro coral de viajes por los ríos de

Guadalajara, titulado La letra de los ríos, en el que cada autor glosó uno de ellos y en el que tuve el privilegio de participar precedido y acompañado de Manu Leguineche y Francisco García Marquina, amigos y maestros, tristemente ya fallecidos, y de otro ilustre alcarreño, Pedro Aguilar. Yo elegí el Bornova y titulé mi parte, que en este volumen se recupera, «Bornova, viaje al río de la lamia», a pesar de que «mi» río, el que pasa por mi pueblo, Bujalaro, y al que le pedí prestado el apellido, es el Henares, que se lo había quedado Marquina.

Ese viaje por el Bornova, río de la pizarra, de los pueblos negros, de las gargantas más escabrosas y duras y de la plata, había sido hecho, a pie, con macuto y tienda de campaña, aun antes, mucho antes, en el año 1983, y al volver ahora a leerlo, también me ha quedado claro que, si en El río de la lamia se comenzaron a incubar muchas de mis siguientes novelas, él mismo tuvo el nido en aquel periplo por toda la sierra de Ayllón o Negra, y luego buscando el nacimiento, su manadero, su laguna y su cauce para irlo siguiendo hasta lograr salir a los llanos.

Madrid, abril de 2023

El río de la lamia

A manera de prólogo

Donde una lamia había desparramado su cabellera

La mitología griega afirma que las lamias son peligrosos seres que odian a los niños y acaban con la energía, la virilidad y la vida de los jóvenes. Otras tradiciones hablan, con más verdad, de un ser que no es necesariamente malvado, pero sí de singular hermosura y larga cabellera, y que gusta de aparecerse cerca de las aguas.

Me contaron de un lugar donde una lamia había desparramado su cabellera líquida sobre la tierra, y hebras de su pelo se quedaron prendidas en el cañón abierto por las aguas. Me contaron que los hombres, mucho tiempo después, buscaron aquellas hebras con pasión y angustia, y las llamaron «plata».

Caminé hacia aquel mítico territorio, crucé unas tierras que los árabes denominaron Guadalajara, y encontré un río al que llaman Bornova.

Primera parte

Los foramontanos

1

Era un joven al que tomaron preso los foramontanos que habitaban las vertientes sur de la sierra de Ayllón. Era un joven esbelto y ágil, bruno y curtido. Y eran ellos un pueblo rubio, llegado de algún norte, que tenía sus cuevas en las faldas del pico Ocejón, y sus cazaderos en los profundos y sombríos bosques de hayas de la Tejera Negra. Fuertes cazadores encerrados en las honduras de sus montes, poderosos guerreros aislados por desfiladeros profundos y encrespados riscos, solo una vez al año, coincidiendo con el solsticio de verano, se reunían las tribus para la gran fiesta. Para ella, los más rápidos y fuertes —un escogido grupo de siete hombres— cogían sus lanzas de madera endurecida al fuego, sus venablos de punta de hueso, sus arcos de fresno y sus hondas de piel de corzo, y realizaban una incursión contra los poblados de los llanos, situados más allá de la línea divisoria de sus últimas montañas con los espacios abiertos.

Debían regresar con un presente para el sol, que retornaba otra vez vigoroso, haciendo retroceder la nieve hasta desalojarla de sus últimos refugios en el pico Ocejón, en el del Lobo y en el de la Culebra. Un regalo digno del buen astro que ya hacía fluir libre el agua por la cascada del río Sorbe y había hecho moverse de nuevo, inquietas, a las truchas. Un presente que no podía ser otro que un hombre joven, arrebatado a las tribus de la llanura, aquellos enemigos indignos, diferentes, escarbadores de la tierra y apacentadores de animales humillados.

Siete hombres bajaron con paso furtivo. Aprovecharon, para no ser vistos, barrancos y hondonadas, bosques y matorrales. Con presurosas zancadas llegaron hasta los bordes de un río. Un río muy diferente de los suyos que, como una serpiente delatada por las hileras de los chopos, se deslizaba dejando un rastro de verdor sobre las planicies. Alcanzaron soterradamente sus orillas, y allí, ocultos entre las aneas, acecharon largas horas, un día, una noche más, hasta un amanecer, el paso de un joven solitario.

2

Había contemplado apagarse todas las lunas y los nacimientos de todos los soles. Había seguido el divagar de todas las nubes. Había visto a la jara conquistar la ladera, y a los pinos colonizar la vaguadas. Había sentido el estremecimiento de la tierra bajo el hielo y su rebullir inquieto al posársele la nieve. Había oído los primeros murmullos, los primeros aullidos y las primeras voces.

Era joven el mismo viento joven que raptó la primera nube, rasgándole en jirones su vestido gris en la cima de la primera montaña, y ella ya moraba allí.

La lamia estaba en el centro exacto de la laguna, haciendo brotar el agua por cada una de las hebras de su cabello.

La laguna a la que un día iban a llamar de Somolinos ocupaba el centro de un pequeño valle, con forma de cuenco, al que rodeaba un círculo casi perfecto de colinas no muy altas, y más allá, en el horizonte, elevadas sierras de hirientes aristas, cuyas rocas se elevaban en rectos desafíos hacia el cielo.

No era extraño que, en la primavera, los riscos más altos y las últimas escarpaduras guardaran aún la nieve, mientras que en las suaves laderas ribereñas, en las zonas de solana, las flores de las jaras cubrieran también de manchas blancas el paisaje.

Solían ser quietas las aguas de la laguna, pero cuando algún viento norteño las agitaba, diríase que quisieran refugiarse, amontonándose en pequeñas olas, en la orilla sur, donde menos pronunciadas eran las montañas y por donde tal vez pudiera insinuarse algún horizonte más profundo.

3

Era el alba, aunque el sol aún no era, cuando llegó desde su poblado de la loma hasta aquel tramo de río. Henares que le llamarían después los hombres, un tiro de piedra aguas arriba, para recoger, en recodos, solapas y pozas, su sedales de crin con anzuelos de hueso pulido.

Unos cebos habían desaparecido sin asir pez alguno. Otros se habían roto por la parte más débil del aparejo: la junta entre el sedal y el anzuelo. En ellos rehacía el engaño y reponía el señuelo con una nueva lombriz de tierra. Algunos habían sido ignorados, y estos, si su memoria le indicaba que era un hecho repetido, los cambiaba de lugar, buscando una ubicación más propicia. Finalmente no pocos lograban el objetivo y los barbos se debatían, aunque ya débilmente, sujetos firmemente de su fuerte morro superior en la trampa.

Eran nueve los peces que ahora llevaba colgados de las agallas, tras haberles roto la espina dorsal, en los juncos verdes. Ya se asomaba el sol sobre la tierra cuando él se asomó también al agua para comprobar una de sus últimas cuerdas, justo donde un arroyo de aguas frías, que bajaban del norte, desembocaba en un río: uno de sus lugares preferidos, donde incluso a veces se clavaba alguna trucha, escasas en aquellas aguas.

En el légamo de la orilla debió advertir alguna huella extraña, pero la excitación de la pesca y lo familiar del lugar le hizo olvidar cualquier precaución. La sorpresa le impidió, incluso, un grito de alarma cuando se abalanzaron sobre él, sumergiéndole la cabeza en el agua. Un violento tirón en el cabello lo devolvió al aire y lo arrojó a tierra, donde fue inmediatamente maniatado y amordazado.

Unos instantes después estaba en camino, custodiado por sus captores. Fue una agotadora jornada de muchos pasos largos, y en ella se fue adentrando por tierras que hasta entonces solo habían sido lejanías. El llano fue quedando atrás. Al atardecer alcanzaron las orillas de una caudalosa corriente que los hombres rubios saludaron alegres y comenzaron a seguir aguas arriba, hasta bien entrada la noche. Iba ya muy alta la luna cuando llegaron a un lugar donde el agua abría un boquete entre dos montes. Entonces los hoscos semblantes de aquellos siete hombres se expandieron en risotadas alegres y, nada más traspasar aquella pétrea puerta, encendieron fuego de acampada.

Él miró largo tiempo las llamas, las caras, el vello claro de sus

captores, el rescoldo de la hoguera, la cada vez más rebajada luna y la claridad primera que precedió al amanecer. Entonces sus ojos chocaron con una gran montaña, coronada por un enhiesto y amenazador picacho nevado que pendía amenazador sobre su cabeza.

Aquel nuevo día le trajo una penosa ascensión, siempre río arriba, por húmedas sendas, entre silenciosos bosques, con la montaña continuamente en el norte de los ojos. Apenas, y solo forzados por lo escabroso del terreno, abandonaron la orilla de la corriente de aguas claras, con tonos verdosos, que discurría entre torbellinos, rocas y guijarrales. Cuando sus fuerzas comenzaban a abandonarle y el día también desfallecía, uno de los muchos desfiladeros que habían recorrido se abrió de pronto hasta convertirse en valle, y la montaña ya estuvo justo encima, cerniéndose sobre ellos con su pico blanco de nieve brillando al sol. De su ladera se desprendía en una gran cascada el río, y gritos humanos venían a su encuentro. Gritos y gentes que pronto lo rodearon causándole inquietud y temor. Pero aquella noche el cansancio venció sus párpados y durmió.

Fue alimentado con carne y frutas ácidas. Recuperó todas sus fuerzas y aun las aumentó. Bebió raros zumos fermentados que le pusieron nieblas en los ojos. Pero la cueva de su encierro estaba orientada al sur, y ni por un momento dejó de dirigir allá sus miradas, porque en esa dirección presentía las llanuras.

Una noche notó cómo el poblado iba tensándose a su alrededor. Las miradas de aquellas gentes cambiaron al dirigirse a él, las voces tenían una entonación diferente y excitada, los pasos eran más apresurados. Al amanecer lo condujeron al río, donde fue cuidadosamente lavado. Luego le aplicaron por todo el cuerpo extrañas pinturas de colores y finalmente, entre cánticos, lo llevaron a una gran campa de hierba en cuyo centro fue atado a dos maderos clavados en el suelo.

Los foramontanos, a su alrededor, se entregaron a la danza y a copiosas libaciones de sus bebidas fermentadas. Parecían acompañar con sus gritos al astro rey que poco a poco iba elevándose, ganando en vigor, luz y calor. El poblado se convirtió en una espesura de aullidos, saltos, danzas, miradas ansiosas, gemidos implorantes, agonías de lujurias y gritos de placer. Él era esbelto y ágil, bruno y curtido, pero nadie le dirigió una mirada compasiva. Solo vio locura y celo mientras el sol ascendía sobre las montañas.

Fueron sus muñecas más elásticas que las tiras de piel que las oprimían y, cuando apenas le quedaba tiempo, supo escapar aprovechando la sinrazón de sus guardianes. Huyó antes de la plenitud del sol, la hora de su sacrificio, por aquellas tierras hostiles.

Estaba fuerte, por la carne y por la fruta, y mantuvo en su carrera la velocidad y el denuedo. Intuyó que sus perseguidores acecharían en

todos los pasos hacia el llano y huyó al norte, hacia el corazón de las montañas, aunque el suyo le llamaba al sur.

Había oído el alarido al descubrir su fuga y lo seguía oyendo ahora, mientras cruzaba crestas, despeñaderos y barrancos, tras de sí. A intervalos y a lo lejos, cuando ellos percibían una huella de su paso, el alarido de la caza, de su caza, venía como una punzante flecha a clavársele en la espalda.

Así huyó, hasta que con el fin de la luz del día llegaba ya el de sus fuerzas. Cuando los aullidos de la persecución mordían sus talones, cuando la luna, blanquecina, asomaba sobre las cimas, llegó a la laguna que aún no era de Somolinos y puso el pie en su agua.

4

Era esbelta y pálida, con un largo pelo de color plata y carnes de nácar.

Ella no había olvidado. Conocía todas las pieles que rozaron un día la superficie de su agua, conocía el tacto de todos los labios que se inclinaron sobre ella, conocía el peso de todas las pisadas: unas tan ligeras como parpadeos, las de los correlimos y chorlitos, otras despaciosas y vegetales, como las de las garzas. Gustaba de la suavidad acolchada de las de los gatos monteses, y aún más de la silenciosa cadencia de las de los lobos. La pezuña leve del corzo, la más pesada del venado y el desconfiado pisar del jabalí: todas las había sentido. Conocía sus idas y venidas, sus acechos y sus persecuciones, y el propio sabor de la sangre también lo conocía. Conocía el aullido, cada vez más cercano, de los foramontanos que cazaban al hombre aquella tarde. Pero no conocía la piel que ahora tocaba.

La piel de aquel joven decía que en algún sitio las tierras eran anchas, el horizonte llano, el espacio claro, los soles largos; que su pueblo estaba lejos, allá abajo, arropado del viento del norte, mirando un tranquilo río deslizarse pausadamente, con pereza, llano adelante. Decía también que ansiaba volver, pero que había perdido toda esperanza.

Le contaba que venía huyendo, que su carrera había empezado mucho antes y muy lejos, que con el día también se había ido agotando su energía, que sus músculos se negaban a contraerse una vez más, que sus tendones eran cuerdas agarrotadas, que sus pulmones ya no cataban el aire ni su corazón era capaz de seguir el ritmo de sus propios latidos, que sus ojos ya no tenían fijeza, que sus ojos y su pensamiento ya no tenían destino.

Ella se levantó ante él, brotando del mismo centro del agua. Lo miró a los ojos, y él supo que en aquel azul estaba su último refugio. La miró, y ella sintió en sus pupilas y en la desnuda piel de todo su cuerpo el inaudito calor de un sol lejano.

Le ordenó: «Habla. ¿De dónde vienes?». Y él contestó con la voz paseando suavemente sus palabras por el recuerdo.

5

«De un lugar desde donde estas montañas tan solo azulean a lo lejos en los días claros. De un río que serpentea por un llano flanqueado de chopos, álamos y alisios. De una tierra de rojizas entrañas, de las lindes de los bosques de chaparros, robles y quejigos. De las llanuras donde hemos aprendido a multiplicar las semillas.

»Mi poblado seguirá estando encima del recodo, asomado al agua. Hemos cultivado las tierras en sus bordes y allí, para nosotros y para nuestras bestias, hemos hecho crecer el centeno, la avena, el trigo y la cebada. Levantamos la tierra, dejamos caer las simientes, esperamos a que germinen, acompañamos su crecer librándolas de la malas hierbas, vemos madurar sus espigas, cortamos la mies, y separamos y almacenamos el grano. En todo ello hemos sabido encontrar nuestro sustento, porque la caza no abunda y no somos un pueblo de guerreros. Amamos nuestro río, sus aguas y sus animales. En invierno las tierras se quedan mudas y ateridas, y el firmamento se hace aún más inmenso, con cada una de las estrellas destilando el hielo. La vida se esconde entonces en el poblado y se resiste a salir a campo abierto. Las mismas chozas parecen acurrucarse unas con otras, y todas con la falda de la colina donde se agrupan, y hasta la propia loma parece quererse acercar al río y a los chopos buscando un calor imposible.

»Pero ahora las puertas de todas las viviendas estarán abiertas desde muy temprano, y los hombres saldrán por ellas hacia los campos. Los alfareros tendrán puestas sus vasijas a secar, las mujeres separarán semillas sentadas en corros, y el humo de las hogueras se enroscará en los primeros brotes de los árboles. En este atardecer mi vista se habría perdido hasta las montañas, que, en la distancia y con la última luz, parecen, desde allí, azules.

»Pero nada de ello existirá mañana para mí».

6

Era pálida como una niebla. Era brillante como una luna llena. Le ofreció la huida y la desdicha de sus perseguidores. Él eligió poseerla en sus últimos instantes.

Llegaban los hombres de los montes a la orilla y la lamia seguía unida a él en su abrazo. Era su corazón de agua, pero lo estaba amando, y no quiso que aquellos guerreros lo mataran. Entonces dijo:

—Húndete conmigo.

Y él la siguió alegre, lleno de dicha.

7

Pasaron las estaciones, los siglos y las eras, crecieron otras montañas, se desplomaron otros valles, envejeció el tiempo y en el corazón de aquel joven anidó la nostalgia. De sus tierras abiertas, de sus horizontes sin límites, de sus lejanías sin cercos, de sus llanos.

Pero él ya no podía iniciar ningún camino.

No estaba ya su cuerpo hecho de la carne de los hombres, ni tampoco sus pies podían caminar los pasos de los hombres, ni su voz era ya la voz de los hombres.

Pero su corazón seguía teniendo los anhelos de los corazones de los hombres.

Quiso la lamia consolarlo con canciones líquidas y murmullos de agua, y no pudo.

Lo vio sufrir, y su propio corazón se llenó de frío. Lo miró al fondo de sus ojos y sintió que la ceniza cubría de tristeza el último rescoldo de aquellos ardores de soles lejanos que le habían hecho verlo hermoso. Y se le llenaron de hielo sus ojos azules. Por eso aquel invierno hinchó sus pechos de nieve, y en primavera los hizo desbordarse sobre la laguna, hasta lograr romper los propios contornos del valle. La lamia se hizo torrente, desgajó arboles, separó rocas, atormentó montañas, pugnó contra la piedra viva, y fue cauce y fue senda para que los ojos de su amado pudieran de nuevo contemplar los espacios abiertos; para que las manos de su amor pudieran, otra vez, acariciar sus tierras ocres; para que la piel por ella más querida pudiera una vez más sentir la caricia del sol de las llanuras, y para que los pies, que habían despertado las viejas aguas del destino al entrar en la laguna, aún pudieran sentir el roce suave de la hierba de las riberas de su río Henares.

8

Baja el cañón abierto por el agua brava del río Bornova hasta las tierras llanas del río Henares. En las juntas, la corriente clara del primero se tiñe de arcillosos ocres. El río mantiene luego, durante un pequeño trecho, un rumor de piedras y cascadas. Un recuerdo del desfiladero con que un día, hace más que muchos siglos, un espíritu de mujer hubo de hendir una montaña.

Contaban las leyendas, antes de que los hombres las asesinaran para siempre con palabras escritas, que en aquella desesperada lucha de agua contra roca, muchas hebras del cabello de una lamia se quedaron engastadas en los pétreos cortados de los cantiles que se asoman al río de la sierra. Aún se las ve brillar cuando la lluvia lava sus paredes y el sol, luego, les arranca reflejos argentinos.

Cuentan aún, pero esto ya es historia, que no hace tanto, apenas nada, casi ahora, los hombres buscaron aquellas hebras con desesperación y angustia y las llamaron «plata».

Eso fue cuando ya se habían inventado las historias y los metales. Pero antes, cuando existían las leyendas y los alientos, todos sabían que eran los cabellos de una lamia.

Los cortados de pizarra y las bravas aguas del Bornova no hacen nada fácil el paso del viajero

Segunda parte

La gruta del almorávide

1

«¡Atienza! ¡Ha caído Atienza!». Los cristianos han acabado por rendirla. Les ha costado un largo asedio, muchos muertos por cada una de las tres barbacanas y centenares bajo los muros, pero al final han podido más la sed y el hambre que la Peña Fort. Y ahora Atienza es suya, y dominan todo el llano. Han cruzado el Cañamares, el Henares y, cualquier día, cruzarán el Tajo. Los castellanos son cada día mas poderosos y, además, se han unido al rey de Aragón. Son fuertes, mucho más que nosotros, cada vez mas débiles y desunidos. Enloquecidos por el poder, cada uno quiere su taifa donde ser el primero y no tener que agachar ante nadie su cerviz. Y así son todos cabeza de ratón y Atienza ha caído para siempre.

Antes habían corrido nuestro campo los castellanos, pero el califa también corría el suyo, todos los veranos y hasta dos veces, hasta el mismo corazón de sus ciudades y hasta la orilla misma de su mar del norte. Otras veces habían cruzado los ríos. Otras veces había caído Atienza. Pero eran sus conquistas efímeras y sin conseguir echar raíces. Una vez el gran al-Mansur, y otra vez nosotros, los almorávides, habíamos desbandado sus huestes, asolado sus campos, tomado su ganado y no dejado piedra sobre piedra de sus poblamientos. Otras veces habían intentado los castellanos establecerse en la meseta, pero eran como corderos que se desparramaban ante el empuje de nuestra caballería. Otras veces, pero nunca habían clavado tan firmemente sus pies y sus casas en nuestro suelo. Y ahora sí. Ahora su pisada es honda y firme. Ni nosotros, los almorávides, hemos sido capaces de hacerles volver a sus montañas del norte, y son ellos los que bajan. Bajan cada vez más sobre al-Ándalus.

Ya no hay califas, ni todos los años se reanuda la guerra santa, ni las aceifas atraviesan, como un queso fresco, los reinos y ejércitos infieles. Con al-Mansur murieron los califas. Luego, el caos y la corrupción. Y los cristianos se enseñorearon de muchas tierras, hasta que llegamos nosotros, los almorávides, y purificamos el islam, y volvieron a ser fuertes, por la fe, nuestras armas.

Retrocedieron los reinos infieles, se atemorizaron de nuevo ante el poder de Alá, quien vio otra vez, alegre, crecer el imperio de los creyentes. Pero de nuevo las taifas, de nuevo la corrupción, los placeres sin medida, las traiciones, el pecado. Al-Ándalus es un vergel corrupto y en él se han podrido las energías de nuestros generales.

Llegamos a al-Ándalus austeros. Vinimos con Yusuf para acabar con los emires traidores al islam, que rendían vasallaje a los cristianos. Vinimos para terminar con los corruptos, los impíos. Y los castigamos, e hicimos retroceder a los cristianos. Fuimos, por Alá, otra vez victoriosos. Pero al-Ándalus nos venció a nosotros. Sus jardines, sus placeres, sus fuentes, los manjares, las esclavas rubias, los poetas, los néctares prohibidos y las carnes impuras hicieron sebosos y torpes a nuestros generales. Pensadores en vez de guerreros, amantes de los divanes más que de la silla del caballo, del palacio más que de la tienda de campaña, de la trenza de una mujer antes que del yelmo de las batallas, del sonido del laúd antes que de la cuerda del arco. Y ahora ha caído Atienza, y ya están de nuevo los cristianos poniendo el pie al otro lado del Tajo, y los calatravos se han establecido en el castillo de Zorita, el que domina el vado, y sus canes vigilan la luna desde las almenas. Serán ellos mañana quienes lleguen con sus razias hasta nuestro mar.

Los fronterizos hemos lucido en los últimos tiempos como la llama del islam. Pero somos pocos, y las pasiones de muchos arden más que la fe de unos cuantos. ¡Mira ahora quién arde! ¡Arden las hogueras cristianas en Atienza!

Por aquí pasaba el sidi, Díaz de Vivar, y lo hacía de noche y tapando con arpillera los cascos de sus caballos, porque Atienza era Peña Fort. Él y su mesnada tenían miedo entonces. Pero los castillos son fuertes si los hombres que los habitan lo son. Los muros contienen al enemigo si los corazones se mantienen en pie. Las almenas aguantan si la fe arde en el cerebro. Ya no somos fuertes, nuestro corazón ha caído y se anegó nuestra fe.

No quiero volver al sur, no quiero ver cómo se muere al-Ándalus. Yo ya estoy muerto con Atienza y su derrota. Vete tú, joven hijo mío. Vete tú, que aún tienes esperanza en tu sangre. Los cristianos están celebrando su victoria y podrás cruzar, si aprovechas la noche y la espesura, sus líneas.

—¿Y tú, mi señor, dónde irás? Hacia allá están la sierra y las alimañas. Teníamos el castillo de Galve, pero Galve también ha caído. Es bosque todo, señor. Es tierra infiel. Hostil para ti. Te harán preso o encontrarás la muerte por garra, por diente o por acero. Vuelve conmigo, mi señor. Tu fe es necesaria para al-Ándalus. Tú los conmoverás, tus palabras les harán avergonzarse y encarar a nuestros enemigos. Te necesitamos, mi señor. Ven. Allá donde quieres ir solo encontrarás el bosque y el enemigo.

—Al-Ándalus tiene cerrados los oídos y mi boca no pronunciará más palabras en vano. Vete, diles que Atienza ha caído, diles que la frontera se derrumba.

Arden frente a ellos las hogueras cristianas, ocupando los patios

del castillo y las campas de la ladera. Los dos árabes se despiden a la salida de un pasadizo, junto a la primera atalaya que vigilaba al norte. La atalaya está ahora medio destruida, ennegrecida por el humo del incendio y con las puertas descuajadas. Y los oídos del viejo almorávide no pueden oír las palabras que resuenan poco más allá, entre la espesura de los bosques, porque no son labios humanos los que pronuncian aquellas palabras:

«¿Dónde vas a ir, hombre de los desiertos? ¿No fuiste tú el que vi pasar entre banderas de seda verde y redobles de tambores? ¿No eras tú el que humillaba mis caminos y mis riberas con los cascos de tu caballo? ¿No eran tuyos aquellos ojos fieros y aquella fe terrible? ¿Qué haces en esta tierra fría de montañas y de sombras?.

»Aún tienes esperanza en el corazón. ¡Aún es pronto para el encuentro! Vivirás cerca de mí. Yo protegeré con mis nieblas tu refugio, y borraré con mis aguas tus huellas, y te daré mis lobos para que guarden tus pasos.

»Pero es pronto para el encuentro, porque todavía te anida la furia en el corazón y aún tienes esperanzas».

2

Yo, Abu Yaqub, que vivo desde hace tantos años en tierra de infieles, que he pasado mis días en soledad, he conocido mejor que nunca el esplendor de Alá, el misericordioso.

Yo, Abu Yaqub, que no he dejado un solo día de rezar hacia La Meca, ni de hacer mis abluciones, ni guardar mi ayuno en Ramadán, sé ahora cómo se manifiesta en la tierra el esplendor del Altísimo.

He visto crecer, desde el grano, las plantas; las he visto perecer agostadas. He visto nacer, desarrollarse, madurar y morir vegetales y animales. He visto caminar las aguas. He comprobado la armonía de la naturaleza, y me he sentido parte de ella misma, una parte más de lo que Él ha creado. En estos ocho años he vivido en paz con lo que me rodeaba y solo he usado de los bienes de la tierra en la medida justa para alimentarme, sin transgredir uno solo de los preceptos coránicos y sin poner mi mano sobre alimento impuro.

Yo, Abu Yaqub, he encontrado la paz en estas tierras agrestes y solitarias. Me despojé de mis vestiduras de guerra. Borré de mi mente los recuerdos de los triunfos y de las rotas, desterré de mis ojos el esplendor de las armas, el rebullir de los gallardetes, el galope de los caballos. Cerré mis oídos a los alaridos de la batalla, a los gritos de la victoria y a los gemidos de los heridos. Borré todo de una vida anterior que me trajo, siempre a la silla de mi montura y con la cimitarra como la prolongación de mi mano, desde el Sahara lejano, al ahora también para mí lejano al-Ándalus. Todo lo olvidé, y me adentré por esta espesura de montes. Busqué en ellos cobijo, y ellos me lo dieron.

Encontré una gruta para protegerme del sol, de la lluvia, de la ventisca y del frío.

Encontré un arroyo de agua abundante para calmar mi sed.

Encontré bayas y frutas en su estación, raíces en las que faltaban.

Pequeños animales permitidos también los encontré para mi sustento.

Durante meses y más meses no tuve contacto alguno con seres humanos. Después hallé en mi camino otros hombres, pero me respetaron. Los más eran infieles, que ahora son dueños de estas tierras, pero no levantaron su mano sobre mí. Otros eran fieles, que perseverarán en su fe, viviendo entre los no creyentes y esperando el regreso del islam, cultivando los campos. Algunos eran guerreros de Alá, que iban por tierra cristiana en busca de botín. Unos y otros me

tomaron por santo, y yo hube de corregirles su ignorancia. Todos supieron mi deseo de soledad y se alejaron dejándome en mi paz. Ahora, unos pocos se acercan hasta mi morada.

Mis pequeños conocimientos de las hierbas que remedian las enfermedades, aprendidos entre los médicos de Mahbes, y los minúsculos saberes sobre algunas cualidades de determinadas tierras, sobre la colocación de los huesos y sobre las formas de restañar las hemorragias, que aprendí de los sabios médicos de Córdoba, me han permitido ayudarlos en algo y aliviar el dolor de sus vidas. Para perfeccionarme he dedicado mi tiempo a la observación, y así he sabido muchas más cosas. He comprobado sus efectos y en algo ha crecido mi corta sabiduría.

Entregué mis remedios a unos y a otros, a cristianos y a musulmanes, sin distinción y a pesar de todas las prohibiciones. No sé si hice mal, pero mi corazón así me lo dictó. Alá me perdone si en algo le he faltado.

Algunos animales han aprendido a no temerme y hasta procuran habitar en mi cercanía. Otros forzosamente han de rehuirme, porque yo busco su carne para alimentarme. Los más pequeños son los más adictos a mi presencia, y entre ellos destacan los mínimos pájaros. Las alimañas más grandes, que pudieran herirme, siempre han pasado de largo frente a la boca de mi cueva. El fuego de la entrada y el temor que todas ellas muestran ante el hombre las ha mantenido a distancia. No dudo que Alá también me ha protegido y hasta me ha enviado compañía.

Un día, al bajar con las primeras luces desde mi gruta hasta el arroyo, oí entre los matorrales unos gemidos. Me acerqué y, temblando entre las hierbas húmedas por el rocío, encontré cuatro lobeznos de poco más de un mes, que se removían a la entrada de una pequeña covacha y lloraban de hambre y de frío. Tuve miedo de sus mayores y me alejé. Pero al atardecer seguí oyendo sus lastimeros gañidos, y comprendí que sus padres, después de trasladarlos apresuradamente desde la paridera hasta aquel lugar, habían muerto.

Me apiadé de aquellas bestezuelas. Los llevé junto a mi fuego y los alimenté, y aunque el más débil murió irremisiblemente, dos machos y una hembra lograron sobrevivir.

Poco a poco crecieron, y no tardaron en corretear y perseguirse en juegos por los alrededores de mi cueva. Con el tiempo, al ganar en tamaño y en poderío, ganaron también en audacia, y se fueron internando en el bosque en busca de presas. Sus escapadas se hacían cada vez más prolongadas, pero algún amanecer yo encontraba a la puerta de mi caverna, como prueba de su protectora presencia, el cadáver recién desjarretado de un corzo o de un jabalí pequeño.

También, algún atardecer, los tres hermanos venían a echarse

cerca de mis pies, a la entrada de la cueva, calentándose y bostezando con los rayos del sol que se iba.

Pero una noche de invierno, cuando comenzó a caer la nieve, los vi enloquecer de gozo con sus copos, revolverse en su blancura y finalmente iniciar una alborozada carrera, animada con múltiples llamadas y aullidos, y perderse en la profundidad de los montes. Supuse que no volverían.

Tras su marcha desfalleció mi corazón por la soledad, y entonces conseguí otras crías de aves o mamíferos que, mientras crecían, permanecieron a mi lado, consolándome con su compañía, pero luego todos regresaron a su libertad salvaje, aunque algunos aún me recuerdan y visitan. Necesitaba un amigo entre las criaturas y elegí —¡Alá me perdone por haberme alejado de la senda trazada!— un azor.

Logré apoderarme de él, siendo aún un pollo sin plumas. Después de observar día tras día, y durante más de un largo mes, a la pareja de adultos, conseguí dar con su nido. Lo adiestré según hemos aprendido a hacer, desde jóvenes en nuestras tierras, con los halcones sacres.

Mi azor no tiene la velocidad de aquellos, ni la bravura de los peregrinos de estas tierras, pero es ágil, sabe girar entre los árboles y aquí, en el sotobosque, es más útil que ninguna de las mejores aves de presa que poseí antes. Hoy es mi mejor compañero, me respeta con su vida silenciosa, me deleita con su vuelo y es el firme apoyo de mi sustento.

Le enseñé a acudir al sonido de mi voz, a comer su comida de mi puño; yo fui su madre forzándole a los primeros vuelos, su padre poniendo al alcance de sus garras su primera pieza malherida, y luego otras cada vez más enteras, antes de que un atardecer fuera él quien ya cobró presa: una urraca descuidada a la que siguieron zorzales, mirlos y, luego, conejos y liebres.

Ahora es muchas veces mi azor quien provee para mí. Es el signo de que Alá, en su infinita misericordia, vela por su fiel pero indigno servidor.

Otros creyentes que habitan en estas tierras, ahora de infieles, tuvieron memoria de mi nombre. Algunos se atrevieron, en una embajada, a escurrirse en la oscuridad, y llegaron temerosos ante mi morada.

—Eres tú, en verdad, Abu Yaqub, que tantas veces detuvo a las mesnadas cristianas ante las barbacanas de Atienza.

—Yo soy, en verdad, quien la rindió.

—Todos te dieron por muerto.

—Solo soy un fugitivo.

—Es conocida tu valentía en el combate, y se afirma que te negaste a entregarte como prisionero y volver después a al-Ándalus, pues, para un hombre notable como tú, no se hubiera escatimado un buen

rescate.

—Yo soy, en verdad, quien tan solo supo huir de sus enemigos en la noche.

—La fama de tu sabiduría era grande, la limpieza de tu corazón era un espejo para los creyentes.

—Yo solo soy, en verdad, quien no supo llevar a mis gentes por el verdadero camino de la fe y de la victoria.

—Nosotros somos todavía tus gentes. Cuida de nosotros o, si nos consideras indignos, cuida al menos de nuestros hijos, que aún son tierra virgen para la palabra del profeta.

—Yo no puedo ser maestro en nada. Creí serlo y perdí la Peña Fort. Alá castigó mi arrogancia y humilló mi altanería. Llevad a vuestros hijos a otros que sean en verdad sabios.

—No puedes negarnos el consuelo de tu presencia. Debes volver con los tuyos. Tú tienes un sitio entre nosotros.

—Vosotros mismos ya no tenéis casa. Solo mendigáis la compasión de los cristianos. Sois simples animales de su corral, a los que permiten únicamente poner huevos en sus cestas.

—Nos permiten orar.

—¿Y quiénes son ellos para prohibir o permitir la fe? ¿Quiénes sois vosotros que imploráis su permiso?

—Un día regresarán las huestes de al-Ándalus y la medialuna volverá a enseñorear el torreón más alto de Atienza. Tus hermanos, los murabitum, los hombres del velo, son de nuevo poderosos. Han corrido la vega del Henares y han tomado Sigüenza. El rey castellano, otro Alfonso, el hijo de Urraca y el Batallador, el que rindió Atienza, se ha visto obligado a cederles el castillo de Aragosa, tan solo a unas leguas de aquí, en el río Dulce.

—Mi corazón me dice que mis ojos no verán ese día, aunque Alá es misericordioso.

—Debemos regresar a nuestras casas. Te niegas a venir con nosotros, y también a que nuestros hijos vengan a ti. ¿Acaso nos has abandonado? ¿Acaso ya no eres uno de los nuestros?

—Deseo vivir solo, pero mi morada no se cerrará jamás para un creyente.

Con murmullos de desaprobación y tristeza se separaron de mí, pero ayer vino a verme un joven que me conmovió. No tendrá aún quince años, pero conversar con él es un placer casi pecaminoso. Recordé a mi único hijo, del que nada sé desde aquella noche de desgracia y de derrota.

Todo en él es ardiente. Sus ojos delatan su fuego interior. Su alma es una hoguera ansiosa de combustible. Me asaetea a preguntas y solo él parece capaz de vencer mi voluntad de permanecer callado. Vino con su padre, un humilde cultivador de la tierra, y no parece hijo

suyo. Diríase que está tocado por otra mano más poderosa. Es esbelto, de frente despejada y rizosos cabellos. Su nariz es aguileña, de finas y sensitivas aletas. Sus dientes relucen como el nácar cuando sonríe. Y tiene fácil la sonrisa. Es hermoso, pero aún es más hermosa su inteligencia y su ansia de sabiduría.

Se marchó al atardecer, y anoche sentí dolorosamente mi soledad. He salido a cazar con mi azor, pero ni siquiera su ágil vuelo ha podido reconciliarme conmigo mismo.

Y yo, Abu Yaqub el almorávide, que llevo viviendo tantos años en la soledad, he sentido hoy la necesidad de la compañía de otros hombres, por ese joven muslín, bisnieto de un andalusí converso, en el que me he reconocido a mí mismo y a mi juventud, allá, tan lejana, en aquel islote del río Senegal.

Si él vuelve, a él únicamente entregaré la poca o mucha sabiduría que he logrado atesorar.

3

Esta noche he estado recordando para él mi vida, desde los más antiguos días de mi infancia en el Sahara, al lado de mi padre, un hombre de las tribus Sinhaya, un criador de camellos, notable entre los suyos.

El paso de nuestra manada nos había llevado hacia el sur, hacia las fértiles cuencas del río Senegal y del alto Níger, y allí crecí. Un día, mi padre y algunos hombres más de la tribu, con el jefe Yahya ibn Ibrahim, peregrinaron a la sagrada ciudad de La Meca.

Fue en el curso de aquel predestinado viaje cuando, al regresar a nuestra tribu, pasaron por la ciudad de Qayrawan, ciudad de sabios, donde conocieron al más sabio de todos, el malikí al-Fasi.

Mi padre me contó cómo se derramaba la verdad de la boca de aquel hombre, y todos elevaron sus oraciones para que Alá enviase a alguno de sus discípulos entre nosotros, tan necesitados de su instrucción y de su guía. Pero el único de ellos que decidió emprender el viaje se aposentó en las jaimas del jefe Yahya ibn Ibrahim, lejos de nuestras tiendas.

Los caminos de Alá permanecen ocultos, pero su corazón es misericordioso, y nuestras plegarias fueron escuchadas. Yahya ibn Ibrahim y sus gentes no apreciaron las enseñanzas de Ibn Yasin, que así se llamó mi maestro, y este vino a habitar entre nosotros.

Yo fui uno de los elegidos, uno de los jóvenes entusiastas que acompañamos a Ibn Yasin en sus años de retiro, estudio y oración en aquella isla en la mitad de la corriente del río Níger.

Allí profundizamos en las enseñanzas del santo al-Fasi, y allí preparamos nuestro corazón para la tarea que debíamos iniciar: el movimiento murabitum, al que las gentes de estas tierras llaman «almorávide».

Todo lo que aprendí en aquella isla del Senegal, cuando apenas alcanzaba los doce años, es lo que ahora quizá no deba morir conmigo. Quizá sean aquellas enseñanzas de al-Fasi las que yo deba transmitir a este joven muslín, si regresa a visitarme.

Si vuelve, de nuevo le contaré el día en que Ibn Yasin nos dio la señal de que había que montar en nuestros camellos y blandir la espada. Aquel en que nos puso al mando de Umar y nosotros, un pueblo de nómadas, tomamos el gran oasis de Siyilmasa, y tras aquello, primero algunas tribus, luego reinos enteros, fueron uniéndose a nuestra causa. Unos lo hicieron voluntariamente, otros

quisieron resistir nuestro empuje, y nos costó verter nuestra sangre y la suya.

En la lucha cayó Umar, pero allí estuvo para recoger el estandarte su hermano Abu Bakr. En pocos años la llamada de los murabitum ardía en todo África; Abu Bakr se dirigió al sur, y su primo Yusuf, con algunos de nosotros, avanzó hacia el norte, enseñoreándose de él. Allí fundamos, a la gloria de Alá, la bella Marraquech, y hasta allí nos llegó la petición de socorro de nuestros hermanos de al-Ándalus, cuando Alfonso, el rey castellano, les arrebató Toledo.

Fue al-Mutamid, el débil rey poeta de Sevilla, quien nos hizo venir. Fue él quien nos pidió que cruzáramos el mar. Pero ya nos temía cuando aún no habíamos descendido de nuestros bajeles y nos hizo jurar que, tras castigar a los cristianos, regresaríamos a nuestra tierra natal. Yusuf lo juró, y así lo cumplió. Desembarcamos en Algeciras, y nuestros camellos subieron al-Ándalus arriba, hasta llegar cerca de Badajoz, donde encontramos el campo infiel. Nuestro avance fue irresistible aquel día. Bajo el retumbar de nuestros tambores, se desplomó el coraje de su ejército, y la rota de Zalaca —que ellos llaman en su torpe verbo Sagrajas— aún la recuerdan con pesar y amargura los cristianos. Muchos miles murieron aquel día, y los que no, huyeron en desbandada. Al-Ándalus se libró de su amenaza y aún pudieron sus tropas reconquistar muchas tierras que se habían perdido, y más aún habrían podido ganarse, pero nosotros hubimos de cumplir nuestro pacto.

Así regresamos al África, pero no tardaron en llegar de nuevo a Marraquech los gemidos implorantes de los reyes de taifas y del sollozante al-Mutamid. Se nos pidió volver. Un poderoso guerrero castellano, sidi Díaz de Vivar, se había enseñoreado de Valencia y de sus fértiles huertas, y las mesnadas del rey Alfonso de nuevo habían recuperado el terreno perdido.

Ahora sé que nunca debimos regresar a al-Ándalus, y ahora también comprendo el porqué: a muchos de nuestros capitanes les centellearon los ojos de placer cuando se recibió el mensaje de socorro. Recordaban y añoraban los placeres entrevistos en la bella al-Ándalus. Volvimos de nuevo, pero en esta ocasión había otras ansias, otros deseos en muchos corazones. Otra vez se ensillaron presurosas las monturas y se prepararon las armas con presteza, pero ya no era solo la fe quien aceleraba nuestros pasos.

Cierto que hicimos a Alfonso demoler el castillo de Aledo, que era su orgullo, pero, después, contra quien hubo de volver Yusuf nuestras armas fue contra los reyezuelos árabes. Esa vez no volvimos a cruzar el estrecho de Gibraltar. No. Esa vez nuestra misión fue otra. Y en principio no era reprobable nuestro empeño: había que reunificar al-Ándalus, había que acabar con los corruptos, con los impíos que

habían olvidado los designios sagrados, las metas del islam.

El pueblo musulmán estuvo con nosotros, nos aclamó cuando destronamos a todos los impostores y a los falsos reyes. Tomamos Granada, luego la que había sido orgullosa ciudad de los califas, Córdoba; después fue Sevilla, donde capturamos y destronamos a aquel a quien tanto le gustaban los versos y las esclavas rubias; más tarde nos apoderamos de Badajoz, y también de Valencia, obligando a la viuda de Díaz de Vivar a abandonarla, porque Alá había determinado que su único hijo varón, Diego, muriera combatiendo en Consuegra antes que su propio padre. Cuando cayó Zaragoza en nuestro poder, la obra parecía haber concluido, e imaginamos que, otra vez unidos y poderosos bajo una sola mano y una sola fe, reemprenderíamos la lucha contra el verdadero enemigo, los cristianos, que acechaban en el norte. Ellos habían comprobado una vez más el avance irresistible de nuestros redobles de tambor, y hasta el hijo del rey Alfonso había perecido con sus condes bajo nuestras cimitarras en Uclés. Todo parecía sonreír a los creyentes, aunque Guadalajara, cercada, no hubiese caído en nuestras manos, y la ansiada Toledo, defendida por el viejo Álvar Fáñez, había soportado nuestro empuje, y no habíamos podido reconstruir la antigua frontera de la Marca Media.

Pero el mal anidaba ya en nuestros propios corazones. Nuestros generales, nuestros capitanes, nuestros soldados quedaron deslumbrados por el vergel corrupto, por aquella trampa infernal, remedo del verdadero paraíso, con que nos tentó al-Ándalus.

Así fuimos nosotros los vencidos, así se abrió paso en nuestras propias mentes la idea de que nuestra fe era demasiado fanática, nuestra fibra demasiado correosa. Los viejos aristócratas derrotados, aquellos que nos insultaron llamándonos «las tinieblas» cuando los enviamos al destierro, el propio al-Mutamid, al que hicimos perecer en nuestras mazmorras, acabaron por convertirse en nuestros vencedores. Seguimos la misma senda de todos aquellos que, como nosotros, habían dejado el desierto y se dejaron acunar por el rumor de las fuentes de Granada, de Sevilla y de Córdoba. Volvieron los poetas a las cortes, volvieron las dulzonas músicas, los mullidos cojines, y dejamos que se oxidaran las armas, que no cantaran los arcos de guerra, y que se agrietaran los arreos y las sillas de montar. ¿Cómo no íbamos a ser derrotados? Los cristianos pronto se dieron cuenta de nuestra debilidad.

Nos arrebataron Zaragoza, y fue otro Alfonso, el aragonés, llamado el Batallador, unido con la castellana Urraca, quien me privó de Atienza.

La confusión se apoderó de todo el pueblo que había confiado en nosotros, de un pueblo que se había sentido por vez primera pueblo,

unido por la fe, convencido de su propia esencia, un pueblo ya con un camino del que había que apartar a los otros pueblos del Libro, judíos y cristianos. Cierto es que los perseguimos y derribamos sus templos, cierto es que entregamos a las llamas muchos libros impíos. Intentamos extirpar el mal, pero estaba en nuestros corazones y acabó por doblegarnos.

Porque ¿no es cierto que fueron nuestros propios hermanos quienes abrieron la puerta de Zaragoza a los cristianos? ¿No es cierto que los musulmanes aceptan, incluso con alegría, seguir viviendo en las ciudades que han conquistado los reyes del norte? ¿No es cierto que algunos preconizan la turbia idea de que todos ellos, judíos, cristianos y musulmanes, son un solo pueblo, por encima de la fe? ¿No es cierto que algunos de nuestros propios hermanos nos consideran invasores indeseables?

Pero yo sé que todo ello solo conduce a un final. Los cristianos bajarán, seguirán bajando hacia el sur y no dejarán que los fieles de Alá prevalezcan, ni siquiera que pervivan sobre esta tierra. Mi viejo enemigo el Batallador ha llegado a al-Ándalus, y de vuelta de su correría muchos cristianos que allí vivían han regresado para repoblar las tierras recién conquistadas. Me han dicho que en al-Ándalus todo es confusión, pero yo ya soy muy viejo. Y si tuviera las debidas fuerzas quizá tan solo las empleara en volver a aquella isla del Níger, de donde tal vez no debiera haber partido para tomar el oasis de Siyilmasa.

4

Esa era mi nostalgia de ayer, pero hoy ha desaparecido. Mi joven amigo ha vuelto. Ha regresado solo, y dice que desea vivir conmigo. Ha abandonado las labores de los campos. No desea pagar una sola moneda ni un solo cesto de frutos como acto de capitación ante los cristianos. Me ha traído una buena nueva: la muerte de mi enemigo, el Batallador, que ha sido muerto en Fraga por mi hermano almorávide, Ganiya, el que resiste.

Me siento reencarnado en el abatido Galib. La mañana vigorosa de principios de verano refleja la gloria de Alá. Siento en mi interior el rumor del río, el pálpito de los árboles bajo la brisa, la vida en el florecer de las jaras.

Hemos salido de cacería casi al atardecer, y Zara, el azor, ha cazado bien. Dos tiernos gazapos han sido nuestra cena. Luego le he contado al joven muslín, Galib se llama, al igual que aquel viejo general de los Omeyas, cuál fue el destino de los murabitum.

Mis palabras han fluido menos amargas esta noche, casi han tenido el esplendor de los días del combate. Ha sonado en ellas más el redoble del tambor que el tañido de la cítara. He hablado mucho. Quizá han sido necesarios estos largos años de silencio para que la elocuencia de Alá volviera a mi boca. Quizá sea el amanecer de un nuevo tiempo. Quizá aún haya medias lunas verdes sobre Atienza.

Ahora me encuentro fatigado, pero sé que desde hoy los amaneceres en la puerta de la gruta que asoma al Bornova tendrán una nueva luz. Galib duerme. Su respiración acompasada rompe el viejo silencio y hasta Zara, el azor, parece sobresaltado esta noche. Pero yo estoy alegre.

Galib, por la mañana, me ha reprochado nuestra crueldad. Por su boca hablaban, lo sé, los resignados.

—Pero dicen que vosotros trajisteis la más cruel de las guerras, y no solo a los cristianos, sino contra nosotros mismos. Vosotros arrojasteis a una mazmorra al rey sevillano al-Mutamid, que os había llamado como amigos.

—¿Qué es mejor? ¿La tristeza de un solo hombre o la desdicha de todo un pueblo? ¿Era mejor la prisión de al-Mutamid o permitir que el yugo cristiano cayera sobre al-Ándalus? Él rindió Toledo y pagaba tributos al rey Alfonso. Un poeta puede ser débil, pero un rey no tiene derecho a serlo. No se puede ser rey y poeta al mismo tiempo. Él eligió. Y nosotros le dejamos seguir escribiendo en su cautiverio.

—Pero él os llamó como amigos.

—Y como amigos regresamos al África tras su primera llamada, pero cuando volvimos a cruzar el Estrecho, la doblez anidaba ya en su corazón. Compartía mesa con nosotros, pero las cestas de higos más dulces las había separado para enviarlas a sus amigos cristianos.

—Pero también hubo traición entre vosotros.

—Eso es cierto. Algunos no combatieron a los taifas para retornar a la pureza de las costumbres y a la unidad de al-Ándalus. Algunos, se vio luego, únicamente querían ocupar su lugar junto a las fuentes, los jardines y los harenes. Esa, y no otra, fue la perdición de los murabitum.

—Dicen que vuestro imperio también ha sido destruido en África, que el propio Marraquech ha sido tomado por tribus enemigas de vosotros, que los Banu Ganiya, los últimos de los vuestros, han sido derrotados, y que su taifa de las islas Baleares les ha sido arrebatada.

—Si así ha sido, será la voluntad de Alá, el todopoderoso. Quizá sea nuestro justo castigo. Quizá en esas tribus está la esperanza de al-Ándalus, como lo estuvo en su día en las nuestras. Tráeme noticias suyas cuando visites a tus padres. ¿Cómo te han dicho que se llaman?

—Almohades.

5

Desde aquella mañana han pasado muchas hasta este atardecer en que contemplo cómo la tormenta se está arremolinando sobre el pico del Lobo y las crestas de la Culebra. Recuerdo cómo nos arremolinábamos nosotros y nuestros caballos, al igual que esas nubes, a este lado de la cordillera, para atravesar después por los pasos de esas montañas contra los campos cristianos del norte. Fue en otro tiempo, pero hoy de nuevo lo recuerdo. Tiene la tarde la batalla en las entrañas y la siento latir con violencia en el joven Galib.

Mi joven amigo arde en deseos de combate. Ha cumplido veinticinco años, y durante los últimos diez años ha ganado en vigor y en sabiduría. La oración no ha sido óbice para el desarrollo de su cuerpo. Le he instruido en la fe, pero también le he adiestrado en el manejo de las armas.

En estos últimos meses pasa cada vez más tiempo conmigo. Visita los pueblos y las villas, donde se reúne con nuestros hermanos en la fe. Los jóvenes están con él. Todos sueñan con la vuelta de las banderas del islam sobre estas tierras. Dicen que un gran ejército ha cruzado el Estrecho y que se dispone a avanzar como una tormenta de arena sobre las fortalezas cristianas. Galib desea marchar con ellos, y yo no puedo detenerlo. Muchos quieren seguirlo.

Han preparado pacientemente el momento. Han forjado espadas, escudos y lanzas. Se han adiestrado con el arco. Se sienten de nuevo poderosos y miran afiladamente las gargantas de los mesnaderos cristianos.

Anoche vino a verme ya muy entrada la oscuridad y se quedó conmigo. Supe que era una despedida aun antes de que esta mañana, todavía sin apuntar el alba, me lo dijera.

—Mis hermanos me esperan. Anoche murieron algunos infieles en la Alta Alcarria. Ahora tenemos caballos. Cabalgaremos hacia el sur. Nuestro ejército ha comenzado el avance y es como una plaga de langosta. Nada se le opone. Tú, maestro, me has contado que por dos veces tomaron Atienza los cristianos y otras dos la medialuna, por la mano de al-Mansur, volvió a su torre. Ahora será la tercera. Yo te devolveré tu casa.

No he podido replicarle, pero mi corazón se ha preñado de tristeza. Le he visto irse y ahora solo me quedan en los oídos los versos de Ibn Jafaya que Galib me ha repetido mirando al río Bornova.

Cabalgaremos en corceles como caudales de un torrente, y los pendones de nuestras lanzas semejarán el claro azul verdoso de las aguas; en sus vainas se precipitarán las corrientes y usaremos como yelmos burbujas de espuma.

Galib se ha ido.

Zara, el azor, murió. No he querido amaestrar ningún otro. También me ha llegado la noticia, traída desde el sur y el campo almohade, de que aquel hijo del que me separé junto a las barbacanas nunca regresó a al-Ándalus. Se perdió en aquella noche de tinieblas y de derrota. Dicen que se ahogó, al huir, en el río. Es un mal presagio.

6

Supe por el voleo de las campanas la derrota de mis hermanos en la fe. Todos los campanarios lanzaban la noticia al aire, y en los valles los tañidos se arremolinaban en ecos y clamores. Supe que el gran ejército musulmán había sido desbaratado, roto, que los muertos eran infinitos, que nunca se había vertido tanta sangre ismaelita.

Volvieron de la batalla preñados de victoria y de furia. Regresaban de al-Ándalus las mesnadas cristianas cargadas con el botín y con el odio de las heridas sin cerrar. Pasaban gritando el lugar de la victoria y los nombres de sus reyes. «¡Las Navas por Sancho!». «¡Las Navas por Alfonso!». «¡Las Navas por Pedro!». Sus gritos eran el final de nuestro sueño. Porque me dejé tentar, volví a soñar, a pesar de mis años no contados y excesivos, en el regreso, hasta mí, de los jinetes de Alá.

Los últimos años habían sido dolorosos para los cristianos. El islam parecía resucitar y las derrotas castellanas se sucedían. En los poblados, a mi alrededor, las campanadas oscurecían con notas fúnebres y mortales los atardeceres, y los fieles que me visitaban me traían las nuevas, esperanzados. Me susurraban el nombre y la victoria. «Abu Yusuf, el almohade, ha tomado la fortaleza de Salvatierra». «Alfonso y Castilla han sido rotos en al-Arak, por tierras de Calatrava». «Están muy cerca de nosotros, los almohades avanzan hacia el norte de Guadalajara». «Galib, tu discípulo, es un jefe poderoso».

La derrota no me la avisaron ellos. Me llegó con el voleo alegre de todas las campanas. Las campanas cristianas me dijeron que Galib había muerto.

Ahora regresan sus ejércitos. Durante muchos días pasaron de vuelta hacia el norte sus mesnadas. Algunas se quedaron en las guarniciones y los castillos de esta tierra. Fueron ellos, no estas gentes, quienes me persiguieron. Las gentes, cristianas o mudéjares, sabían que yo permanecía alejado, y que mis pobres remedios se repartían por igual sin distinguir fe. Mi único pecado pudo ser mi oculto sueño, que solo Alá, el que todo lo conoce, podía penetrar. Por ello, hubieron de ser los que regresaban de la batalla, con las heridas sin curar, los que me acosaron.

Supe, primero, que aquellos de los míos que habitaban en tierra de infieles vivían en temor. A los nuevos tributos se unían las violencias, la saña contra su fe, sus usos y costumbres. Los pocos símbolos del islam que permanecían fueron derruidos. No se permitió la oración, ni

la reunión de los fieles. Sus tierras fueron confiscadas. Los reyes cristianos, después de la batalla victoriosa, se sintieron fuertes y libres de cualquier compromiso, y no respetaron pactos, acuerdos ni promesas.

Tenían ya toda la fuerza, e impusieron sus nuevas leyes por encima de lo escrito. Eran la cruz y la espada.

Al-Ándalus está definitivamente derrotado. Su destrucción es solo un suspiro en el tiempo. Ya no tiene, atravesada la sierra Bética, una sola defensa. El jardín está abierto para los caballos de guerra. Y aquí, sin ningún poder fuerte en el sur, en esta tierra cristiana, ¿qué respeto ha de guardarse a los que fueron vencidos antes? Fui perseguido. Y repito, no fueron las sencillas gentes. Ellas corrieron a avisarme del peligro.

El obispo de Sigüenza fue mi enemigo encarnizado. Joven, noble y guerrero. Hombre más de castillo que de catedral, más de armadura que de sotana, más de clarín que de armonio, supo por clérigos cercanos de mi presencia, y a la vuelta de la lucha ordenó mi prendimiento.

Dicen que soy un hechicero y, sospecha el noble saguntino, que soy también el custodio de un gran tesoro oculto que ambiciona para engrandecer su villa. Ha mandado tras de mí a sus hombres de armas, a sus mesnaderos de heridas aún abiertas.

Los hombres del obispo Gelmírez han penetrado en el robledal. Es espeso y aún no han dado con mi gruta.

Han atronado los días relinchos y ladridos, pero mi rastro no existe para sus perros de presa. Alá me está protegiendo. Sé que es su mano la que borra todas mis huellas.

Sin embargo, el cerco se estrecha. Esta mañana un muchacho del vecino Corpes me trajo la nueva. Me harán salir del bosque con el fuego.

Cuando he sentido el olor acre del humo, he huido buscando en el río la salvación de mi torpe vida. Las llamas me alcanzaban cuando estaba a punto de llegar a su ribera.

Y allí, a caballo, al otro lado de la corriente, me acechaban los castellanos.

¡Alá es misericordioso! Estaban ciegos. Alá les nubló la vista. Tenían sus ojos clavados en mí y no me vieron. Entré semiasfixiado en el agua, y tampoco oyeron mi chapotear a solo unos pasos, ni me siguieron cuando, sin dejar el curso, proseguí corriente arriba. El Altísimo permanecía conmigo, porque ellos estaban allí, fijas sus miradas en la senda por la que asomaba, y ante sus sentidos, anulados por la mano de quien todo lo puede, pasé. Ante ellos y sus cabalgaduras crucé sin que me advirtieran. Además, una vez dentro del río, él pareció dar vigor a mi cuerpo y empujar mis piernas en la

huida.

Los dejé atrás, pero al llegar la noche me encontré solo, aterido de frío, con mis humildes ropas hechas jirones y sangrando por las muchas heridas de rocas, zarzas y espinos. Sin alimentos ni cobijo, rodeado de oscuridad, no tardé en sentir a mi alrededor la presencia de grandes alimañas que me acechaban. Tampoco tardé en ver brillar sus ojos, que como brasas y en número de seis, habían aparecido justo en la linde del pequeño calvero en que me encontraba. Allí estuvieron largo rato inmóviles, y luego, al unísono, lentamente las bestias se me acercaron.

No pensé en defenderme, ni levanté una mano de tan postrado que me hallaba, cuando el primero de ellos llegó a mí y con gimiente ternura comenzó a lamerme. Eran mis tres cachorros, ahora tres impresionantes, viejos y enormes lobos.

Aquella noche me dieron el calor de sus cuerpos. Al despuntar el día, dos de ellos me trajeron comida mientras el otro, escoltándome como un vigía, no se apartaba de mi lado. Cuando el sol se levantaba sobre el horizonte, me urgieron a emprender el camino con nerviosos gestos y, río arriba, me sirvieron de guías.

Me dejaron al llegar a esta laguna. Se quedaron sobre la gran roca que, apartada por alguna mano titánica, parece haber sido la puerta que abrió el camino entre las aguas por donde acabábamos de subir.

Atravesé ese umbral y por fin me sentí a salvo. Había llegado a la hondonada donde brotaba esta agua amiga, y había aquí una presencia poderosa que me albergaba contra todo mal. Inmediatamente, nada más penetrar en la rotonda de montañas, sentí la misma reverencia que si pusiera mis pies en una mezquita. Al ir llegando al centro, al borde de la laguna, supe con certeza que mis pies caminaban por un santuario antiguo. Sentí que ya no debía temer a mis enemigos.

Ahora pienso de nuevo que yo, Abu Yaqub, el último siervo de Alá, el más indigno de los discípulos del profeta, he sido salvado, he podido sobrevivir entre mis enemigos y que a nadie, y menos a mi propio y ya agotado ser, debo mi huida de su cerco. Solo a Él debo seguir agradecido.

7

No me ha hecho falta ocultarme porque nadie, aunque haya puesto sus ojos en mí, parece verme desde el día aquel en que me cazaban con fuego. Aquí parezco no existir para las gentes. Jamás he vuelto a cruzar la entrada de la hondonada. Una voz interior me dice que no debo hacerlo, y aunque, por dos veces, he estado cerca de seres humanos, que se han aventurado por estos parajes y me han tenido ante su vista, sus ojos no les delataron mi presencia. En cambio, sí me ven los lobos, que de tarde en tarde vienen a sentarse en la gran roca.

He creído a veces que quizá me quemé en el robledal de Corpes, como sin duda suponen todas las gentes, y que en realidad no existo, no soy nada excepto mi propio recuerdo, mi espíritu. Pero ¿acaso no me alimento de raíces? ¿Acaso no debo saciar mi sed? ¿No es cierto que mi cuerpo se fatiga y necesita el sueño? ¿No es verdad que el nervio se me estremece cuando llega el dolor? Sé que vivo, además, porque siento mi muerte cercana.

Debo decir ahora, antes del final, que no sé quién es la presencia que me acompaña y protege. Está a mi lado, sé de su cercanía, sé que no es el Dios que creó, porque su nombre la mantiene indiferente. Está cerca, casi palpo su ser con mis manos, pero ni siquiera conozco su rostro, ni percibo su figura. Sé que habita en el agua porque allí, en la orilla, si baño mis pies o humedezco mi cara o mis manos, noto su fuerza, su pálpito latiendo, penetrando profundamente en mi ser.

No llevo la cuenta de los tiempos, ni me preocupa su paso. Nada puede ya alejarme de este recóndito paraje, ni de esta soledad que ahora sí que es verdadera. Aquí donde me llevó la persecución no deseo conocer otra cosa que la gloria cotidiana de Alá.

Si antes creí haberme alejado de los hombres y su mundo, si antes pensé haber alcanzado algún conocimiento, aunque con hipocresía lo negara, si antes estimé en algo mi propia sabiduría, ahora sé que la meta es lejana. Y ahora, que he dado un paso más allá, también sé que la frontera es inalcanzable. Aquí donde he vivido en la contemplación de todas las inmensidades, aquí donde definitivamente me he alejado de los seres que pueblan la tierra, he buscado en la inmovilidad, en el silencio profundo, el significado de las cosas. Y lo percibo confuso y lejano.

Pienso en este río, y ¡son tantas cosas un río! Es agua, pero también cauce, piedra, arena. ¿No es también larva, el mínimo insecto, el gusano en su canutillo o el pez más grande en la chorrera?

Es hoja, corteza, rama, chopo, pelusa, semilla. Es remolino, remanso, torbellino, poza, balsa. Es rumor, presa, paso, vado, silencio, quietud, landa, arboleda, álamo, zarza. Juncales es.

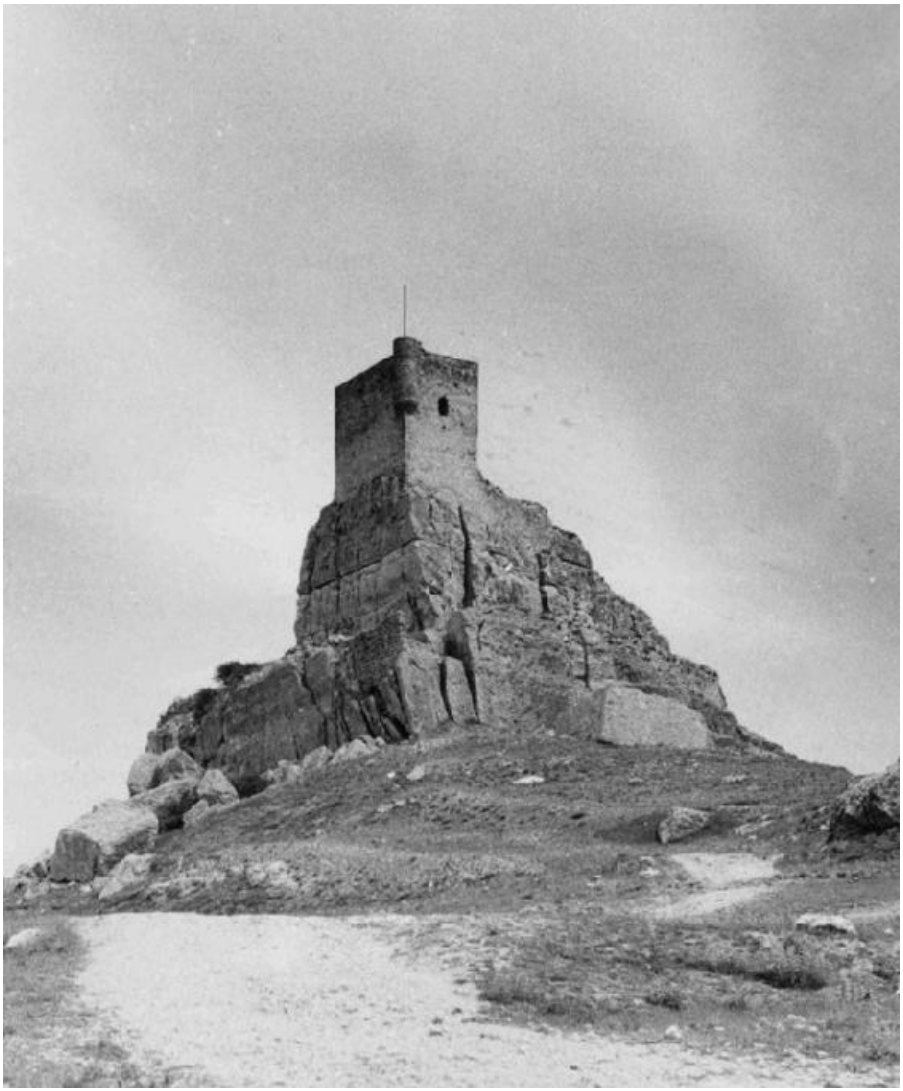
Pájaros, peces, cieno es, y es reflejos, amaneceres, sombras, soles, cielos, tardes, lunas, puentes, piedras. Es cortados, orillas, cañizares, atolas, eneas, cuevas, solapas, regueras, acequias, y es escarpadura y barro, llanada y monte, prado y ladera, anchura, angostura y es, también, libélula. ¡Son tantas cosas un río!

Sé muchas cosas, pero sé que ninguna es fundamental. Siento que el universo es todas y una sola al mismo tiempo. ¿Es la estrella solo la estrella en sí misma, o es la estrella reflejada en el agua y contemplada por mi ojo? Siento que cada ser participa de todos los otros y todos ellos de él. El zorro come al conejo y todos los conejos comidos acaban corriendo en las patas del zorro, como parte del que los engulló; y este, cuando muere, ¿no es acaso comida? Siento el fluir continuo de la creación, pero no percibo hacia dónde va su caminar, y entonces he de volver a Él con los ojos de la mente, en busca de una respuesta que, si no está en Él mismo, yo no puedo hallarla.

Siento y sé que mis días se agotan. Me lo susurra mi piel, mi carne, mis huesos y mi sangre. Y digo: «Ya es tiempo».

Hace mucho, aunque para este río apenas un soplo, que salí del Sahara, que llegué a Córdoba, que perdí Atienza, que murió mi azor. Hace algo que llegué aquí mismo, de donde no sé el nombre. Aquí nada me han arrebatado, porque nada me quedó después de oír aquella campana cristiana que repicaba alegre en la aldea de Prádena. Aquella campana que me anunciaba la muerte de Galib, aquel que fue mi última y definitiva pérdida.

Ahora que se me están borrando todos los recuerdos, ahora que tengo la certeza de estar vivo porque presiento cercana mi muerte física, sé quién me recogió en este acuoso valle. También sé que no lo merecía, porque solo hay una razón en su hospitalidad: ella solo acoge a aquellos para los que la huida es su única esperanza. Aquellos que ya carecen de cualquier destino son aquí bien recibidos.



Esto y orgullo es lo que queda de Peña Fort

Tercera parte

La noche de los poetas

1

—Vuestra bienvenida siempre hace corto el más largo de los viajes. He recorrido más que gustoso las doce leguas y media que nos separan de Toledo. Bien las merece el poder contemplar de nuevo el palacio donde más hermanada he visto mi tierra italiana con la vuestra castellana, y disfrutar de la conversación de tantos nobles señores de las armas y de las letras como los que aquí se dan cita. Solo por ello hubiera hecho el camino, y en una sola jornada si me apuráis. Pero además tenía una misión ineludible que cumplir: el encargo de don Francisco, rey cristianísimo de Francia, a cuyo servicio estoy, de agradeceros la hospitalidad con que lo acogisteis. Guadalajara y este palacio son los mejores recuerdos que él se lleva de España. La fiesta con que fue recibido, vuestra caballerosidad y el trato que le dispensasteis le hicieron olvidar, durante los días que permaneció aquí, su triste condición de prisionero.

Quien así hablaba era Andrea Navaggiero, un caballero veneciano, historiador y poeta, embajador de la Serenísima República. En España había culminado con éxito, y tras muy laboriosas gestiones, la liberación de Francisco I de Francia y la firma del Tratado de Madrid.

—Decidle a don Francisco que fue para los Mendoza un honor el recibirlo, y que nunca un tan cumplido caballero dejó tan buen recuerdo en estos salones. —Quien le contestaba era Íñigo López de Mendoza, conde de Saldaña, hijo mayor y heredero del duque—. Y disculpad a mi padre, don Diego, a quien sus ataques de gota y su mala salud le impiden atenderos, como tampoco pudo recibir a las puertas de Guadalajara al rey Francisco.

—Ya me dijo mi señor que fuisteis vos quien lo hizo, y a fe que fue cortés el recibimiento. Él creía estar destinado a un lúgubre torreón como el de Atienza, y se encontró en la gloria. Nunca se cansa de ponderar la magnanimidad de los Mendoza.

Calló el conde, pero sonrió complacido en el salón de Linajes del palacio ducal de los Infantado, en el que ambos se encontraban. Levantó la vista hacia el artesonado mudéjar, el mejor de todos los palacios de todos los reinos de España, y recordó aquel día en que recibió al rey francés, y en unión de todos los cumplidos caballeros y cumplidas damas de la casa de los Mendoza, le dispensó tal trato que Francisco quedó tan contento como impresionado.

Había salido el conde de Saldaña con toda la gallardía de sus treinta y dos años a recibirlo. Era el diez de agosto de 1525 y los

Mendoza, que se propusieron causar al derrotado monarca la mejor de las impresiones, no escatimaron ni un agasajo ni un cumplido. Primero fue su pariente el conde de Coruña, quien en Torija ofreció al monarca galo un famoso torneo, unas fiestas a la usanza española que duraron varios días y ya entusiasmaron a Francisco.

Al llegar el francés a Guadalajara, su escolta no parecía la guardia de un preso, sino una comitiva alegre y festiva. Mandaba la guardia Hernando de Alarcón, marqués de la Vala Siciliana. Era el capitán de la compañía de infantería que lo escoltaba Hernando de Figueroa, quien había peleado en febrero en Pavía, era alférez Gregorio de Lazcano, y se habían unido a ellos el hijo del conde de La Coruña y vizconde de Torija, Gómez Suárez de Figueroa, capitán de caballería en la Lombardía.

—Todos aquí presentes, y aprovecho para presentaros, don Andrés —volvió al presente el conde—, pues todos son hijos de Guadalajara, ligados a mi casa, y no han querido faltar esta tarde a la cita con vos.

Se adelantaron corteses los cuatro caballeros, saludaron al veneciano, y le pidieron que trasladara sus respetos al rey Francisco, ya libre y en París después de haber firmado los Tratados de Madrid.

—Contadle vos, Gómez, a don Andrés, aquella jornada —propuso el conde.

—Llegamos por la carretera de Zaragoza y subió la comitiva por la carrera de San Francisco, fuera de la muralla. Junto a la ermita del Amparo estaba don Íñigo, quien en nombre de su padre, imposibilitado de moverse por la gota, nos recibió, y se formó el desfile hasta este palacio. Un grupo de trompetas y atabales abría la marcha, y en ella estaban todos los caballeros de Guadalajara con sus mejores ropas cuajadas de joyas, y con las armaduras relucientes y los caballos primorosamente enjaezados. Pajes y criados acompañaban a sus señores. Tan larga y nutrida fue que cuando nosotros, que con el rey íbamos en cabeza, entrábamos por la puerta del palacio, otros caballeros aún no habían comenzado a moverse en el Amparo.

—Doce mil hombres de armas escoltaron al rey francés aquella mañana. Mis hermanos, mis tíos, mis primos, los deudos de mi casa, tropas de caballería e infantería en número de doce mil almas —remarcó orgulloso el conde de Saldaña.

—Proseguid, primo.

—En el patio de los Leones que acabáis de admirar aguardaba el duque. Tuvo que darle la bienvenida sentado por no poderse valer de sus piernas, y un paje descubrirle la cabeza porque el ataque artrítico también le tenía impedidas las manos. Luego se le mostró el palacio y sus habitaciones: esta sala de los Linajes fue destinada a su aposento.

—Mucho me había encarecido don Francisco esta estancia, y ahora lo comprendo —exclamó el veneciano, mientras recorría con sus ojos

las riquísimas colgaduras y tapices, y sus ojos se extasiaban en el techo, más que nunca semejante a un ascua de oro, brillando el artesonado mudéjar, los escudos, los personajes y las leyendas de la habitación—. Y entiendo que se admirara sobremanera de esta ciudad y de sus gentes, que tantos caballeros asistiendo a un cortejo solo más los halló en número, que no en grandeza, en su París.

—A algunos más debo presentaros. Al conde de Tendilla, quien hizo de guía de vuestro rey aquí en palacio. Adelantaos, don Luis —señaló el conde Saldaña a un alto y robusto caballero—, con vuestro hijo Íñigo. A mi primo, Íñigo también, Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar y capitán general de Granada desde que con mi tío abuelo, el gran cardenal don Pedro, conquistara para los Reyes Católicos aquel reino. A mi hijo Íñigo López de Mendoza, y a mi propio hermano, Diego Hurtado, poeta, guerrero y cronista de nuestro reino. Lamento no poder presentaros a otro de mis hermanos, pero se halla en las Indias de virrey.

El italiano miro socarrón a todos y comentó:

—Difícil os será llamaros, llamándoos igual todos y siendo tantos —dijo don Andrés acariciando la cabeza del pequeño Íñigo, un joven despierto de trece años, a quien el destino le deparaba un lugar en la historia, cuando como capitán general de Granada hubo de hacer frente sin convencimiento a la sublevación morisca, después de haber defendido los derechos de los habitantes de la Alpujarra ante el rey Felipe II. Se ganó la destitución por no querer ejercer brutalidades contra quienes creía que habían sido agredidos en sus derechos, pero le quedó la conciencia tranquila. Ahora miraba al italiano sin saber que en su día iba a acabar en aquellas tierras, como virrey de Nápoles.

—Sí que es cierto, vive Dios, que multitud somos. Familia que no tiene diez hijos parece mermada. Y ya veis, la tradición obliga a que de Íñigos, Hurtados y Diegos estén todas las ramas llenas.

—¿Y por qué?

—Sé que lo hacéis por hacerme a mí cumplido. Bien sabéis que las letras han sido y están en mi casa en tal alta estima como las armas. Y no se entiende aquí que, sin cultivar ambas en su alma y corazón, se sea un completo caballero. Fue Íñigo, mi tatarabuelo, el primer marqués de Santillana, cuyas obras todo este reino conoce, y seguro que un poeta como vos no desconoce. Pero a la poesía pienso que dediquemos la velada, y si es menester la noche entera, que aquí hay muchas gentes que quieren oíros, entre los que me incluyo; y no dudo que vos oiréis, también gustoso, a algunos de los nuestros, que para mí tengo como los mejores.

—Pero tomad vos la palabra, primo, y proseguid el relato.

Se guardó la impaciencia el veneciano, y cortés atendió al conde de Tendilla. Sabía el embajador que el heredero del duque estaba

reputado como hombre culto y ansioso de saberes. Alguna sorpresa le deparaba, y esperaba poder contemplar su celebrada biblioteca, iniciada por el marqués de Santillana, y encontrar allí los originales de algunos de sus renombrados escritos. Pero estaba hablando el conde de Tendilla, y había que atenderle.

—Fue mi tarea aquella noche, tras la abundosa comida y los vinos, muchos traídos de mis viñedos de Mondéjar, y he de decir que no disgustaron al rey francés, mostrarle estos salones que ahora veis, y en especial este salón de Linajes, donde están los escudos de las familias más notables, y a trechos los bustos de los antepasados de los Mendoza. El techo, ya veis, coronado por rico artesonado de oro en forma de estalactitas. Este palacio fue mandado construir por el segundo duque, don Íñigo. En 1483 ya estaba la fachada, y al año siguiente, el patio. A su costado se hicieron los jardines con regusto moro. Lo edificó el borgoñón Juan Guas, que ya había construido el castillo de Manzanares el Real, cuyo señorío ostenta también esta familia. Dicen unos que es gótico, otros morisco, y los de más allá, ven flamenco. De todo hay, y a buen seguro otras artes se añadirán, pero para mí tengo que no existe igual en España. Los ornamentos fueron tallados por Egas Cueman y Lorenzo Trillo, y muchos canteros moros que entre nosotros viven. Y cuando miro esa fachada me digo que estoy viendo España. El escudo de la puerta, sostenido por dos velludos salvajes de piedra, rodeado de una veintena más de blasones, es el escudo de los Mendoza. En él está su grandeza, que es también la mía.

»En mostrarle estas cosas y en la cena se consumió este primer día. Reposó el rey, y a la jornada siguiente jugamos cañas y toros en la plaza ante el palacio. Lo hicimos solo caballeros de Guadalajara, y aún sobraban para estar todo el día de celebración. El segundo día fue de lid de animales feroces, y se enfrentaron un león que el duque tenía en su casa de fieras y un toro traído de los campos. Una vez se acometieron y se trabaron en batalla, pero a la postre ambos salieron vivos de la plaza. Pero al ser trasladado el león a su jaula, escapó, plantando sus zarpas en el patio de palacio para espanto de criados, gritos de damas y palidez de caballeros, hasta que uno, empuñando su espada y un hachón de los que en las salas ardía, lo enfrentó, y acercándole la llama a los ojos, lo aterrorizó de tal manera que pudo llevarlo a su encierro cogido por la melena.

—¿Quién fue el caballero, padre? ¿Acaso vos mismo? —preguntó el joven Íñigo, su hijo, con los ojos como platos al imaginar la escena y el gigantesco león.

—Pues no, hijo. Pruebas del brazo del conde de Tendilla tienen sobradas los infieles, pero aquel día fue otro quien me tomó delantera en el valor: el mayordomo mayor del duque, don Diego de la Sema de

Bracamonte.

»Yo hube de esperar al día siguiente, en la Justa Real con su tela, dentro de la Gran Carpa, para hacerme, merced a mi arrojo, con uno de los valiosos premios que como un tesoro guarda tu madre, doña Catalina, y al otro no fue menos mi empuje en el torneo a caballo, y dejé tan impresionado a don Francisco que no dudó en confesarme que "no se espantaba de ser prisionero del rey que tal vasallo y tal ciudad tenía".

—No nos abruméis con vuestras hazañas, conde —le reconvino el heredero de los Infantado—, y proseguid el relato.

—Los días se ocuparon en fiestas y torneos, y en muchas otras cosas que fueron admiración de todos, como aquella mañana en que la plaza donde se había justado el día anterior amaneció convertida por orden del duque en una huerta de árboles de todo género de fruta, que se habían arrancado con raíces y trasplantado la noche anterior. Y si los días fueron placenteros, no menos alegres fueron las noches, entre bailes de máscaras, músicos, acróbatas, danzantes, trovadores, y no solo en el palacio, que en fiestas ardían también las plazas de la ciudad toda para deleite y contento del vecindario.

—¿Fue cuando el rey conoció a doña Brianda?

Aún estaba haciendo la pregunta el veneciano, cuando ya se daba cuenta de su inconveniencia. En la nutrida reunión que lo acompañaba hubo toses, carraspeos, sofocos de damas y miradas al muy rico techo. Los rumores dieron paso a un silencio embarazoso, hasta que al fin lo rompió una clara carcajada del primogénito del duque.

—Por mi barba que sois osado, o tal vez ignorante. En cualquier caso no hay por qué avergonzarse del amor, y menos si fue a tan alto señor dado. Sí, en aquellas noches se aunaron don Francisco y doña Brianda.

—¿Es vuestra tía o vuestra hermana?

—No está mi tía doña Brianda, vestida de tocas en el convento de La Piedad, para muchos amores a sus años. Es mi media hermana, la más pequeña, hija natural del señor duque, mi padre.

—¿Y podría conocerla si se halla entre nosotros?

—Lamento no poderos complacer, pero a resultas del breve romance hizo algo muy español: meterse a monja clarisa en Santa Clara de Tordehumos —terminó sonriente el conde de Saldaña—, pues dice que después de haber amado al rey de Francia no le place desposorio alguno. Siendo como es y quien es, no dudéis que llegará a abadesa. Pero acabad, don Luis, que tengo hambre y no digamos este italiano, que digo que en lo tocante al yantar lo tratamos peor que al francés.

—Pues acabo, primo. Marchó por fin el rey francés, y en la

despedida, el duque, algo repuesto de su gota, le hizo ricos presentes de caballos, jaeces bordados de oro y plata de chapería, mulas con guarniciones y gualdrapas de terciopelo, pájaros de caza de cetrería magníficos, halcones peregrinos, gerifaltes, sacres y neblíes, perros de caza diestros en levantar pluma para los halcones o en acosar puercos salvajes, ciervos y osos en montería, piezas de brocados, telas de oro y plata, y gramos de polvo de oro. Tanto lo agradeció el rey que le dijo a don Diego, nuestro duque: «Pedidme la cosa que queráis, y que de más valor hubiese en mi reino». A lo que don Diego respondió con digno señorío: «Enviadme, monseñor, dos perros de esa casta bretona de vuestra Francia, que tan buenos me han dicho que son para la caza». «Sin dudarlo los tendréis, y espero que procreen en vuestras tierras y den abundantes camadas», contestó presuroso el monarca, quien admirado añadió que el emperador Carlos le hacía injusticia en denominarle como a los otros duques. «Príncipe había de llamarle, que la mayor grandeza que en España he visto y de todas las cosas del emperador, en el tener tal vasallo como vos, y tan lucida ciudad como la de Guadalajara, poblada de tanta caballería y nobleza».

»Así dijo antes de partir hacia Madrid, y tan contento se puso el emperador Carlos de la impresión recibida por su prisionero que a poco entregó al duque don Diego el Toisón de Oro, algo por lo que todos los grandes suspiran, y contados con los dedos de la mano son los que lo tienen.

—Y vayamos a cenar, porque los que ya no nos tenemos en pie somos nosotros.

2

Fue la cena copiosa en carnes, aves de corral y caza, reses de monte y de rebaño, frutas magníficas de las huertas regadas por el río Henares y vino abundante de los viñedos del Mondéjar, que mucho encareció el italiano, aunque para su coleto se dijo que hubiera preferido los menos recios de Valdepeñas que había degustado en Toledo.

Con el vino y el acompañamiento de la música, y las trovas de los juglares, y el calor del fuego, y la amable cercanía de tantos caballeros y damas, se desataron aún más las lenguas.

Se hablaba de guerra, de las Indias, de Nápoles, de la gloria del emperador, y el final de la conversación, sin darse cuenta el veneciano, cogió un giro peligroso provocado por una ingenuidad suya.

—¿Y cómo lleváis vuestro trato con los nobles flamencos que acompañan al emperador?

El silencio fue como un muro. Y esta vez no hubo sofocos ni rumores jocosos, sino una espesa hostilidad que no rompió ninguna carcajada del Saldaña. Al contrario, el conde frunció un duro entrecejo, y su mirada se oscureció de repente. Callaban todos, y nadie se atrevió a hablar. Hubo de ser de nuevo don Íñigo el primero en hacerlo, pero esta vez no había ninguna alegría en su voz.

—A la ignorancia atribuyo la osadía de vuestras palabras, y os disculpo por ellas, porque no creo que haya sido voluntaria la ofensa.

El veneciano, pálido, no sabía cómo disculparse, y ya barbotaba excusas y arrepentimiento, pero el conde no le dejó seguir.

—No estáis obligado, amigo mío, a pedir perdón, ya que es algo que, como extranjero, no tenéis por qué conocer —dijo, más sosegado y con tono más amable, Íñigo López de Mendoza—. Pero después de haberlo traído a colación, será lo cortés el explicarlo, y puesto que la historia me atañe, lo haré yo mismo.

»Sabréis, señor Navaggiero, que a la llegada de don Carlos desde Flandes, vino este acompañado de muchos nobles de aquella tierra. Era tanta su insolencia para con nosotros que muchos hubimos de mordernos los puños, pero todo lo hubiéramos soportado como buenos vasallos si no se hubiera pretendido, además, sojuzgar nuestros fueros y libertades. Muchas gentes de toda condición, pero honrados y cabales castellanos, no gustaron de aquellos gobiernos y aquellas artes de gobernar. Aquí, en Guadalajara, como en Segovia, Ávila, y tantas

otras nobles villas castellanas, prendió el descontento. La revuelta se extendió, y se dijo que la reina madre doña Juana estaba con ella. Así que el cinco de junio, plebeyos, artesanos y gentes del común se dirigieron a este palacio para pedirle a mi padre que se uniera a la protesta. El carpintero Pedro de Coca, el albañil Diego de Medina, y un alabardero enorme, apodado el Gigante, los encabezaban. Pero no estuvieron solos. El licenciado Juan de Urbina, el caballero Diego de Esquivel, junto a otros muchos hidalgos, estaban con ellos, y aún más, mi preceptor y presidente de la Audiencia Ducal, don Francisco de Medina y Mendoza, lo estaba también. Y sí, nobles caballeros, lo sabéis todos: yo también lo estuve y por su caudillo me tomaron. Me alcé contra mi padre, y lo peor, no pude contener a las gentes que aquella noche quemaron las casas de Luis de Guzmán y Diego de Guzmán, que como procuradores de la ciudad habían acudido a las cortes de La Coruña y votado los impuestos pedidos por el emperador.

»Mi padre, cuyo corazón bien pudiera latir al lado del mío, tenía la prudencia de la que yo carecía, y sabía que aquello no podía acabar bien. Así que mantuvo su lealtad al emperador, por mucho que el cardenal Adriano de Utrecht destilara luego maldades en su contra en los oídos de Carlos, basadas en que yo, su hijo, apoyaba a los rebeldes. Si el duque hubiera estado en el bando comunero, mal le hubiera ido a Carlos, pero para su fortuna, y ahora para la de todo el Infantado, se mantuvo en las filas del emperador, y su caballería fue decisiva durante la guerra que siguió. Muchos de los aquí presentes sostuvisteis las lanzas que defendieron Alcalá y pusieron en fuga al obispado, Antonio de Acuña. Tú, Pedro González de Mendoza, y tú, Fernando de Mendoza, mandasteis las tropas aquel día. Y tal vez a aquel éxito deba yo que el rey concediera a mi padre mi perdón y el de otros nobles.

»Porque mi padre fue magnánimo conmigo, pero duro con los cabecillas del pueblo. Aquel fatídico cinco de junio mandó prendernos, y por la mañana hizo dar garrote al carpintero Pedro de Coca, mostrando su cadáver en la plaza Mayor. Don Francisco de Medina fue apartado de sus funciones, y a mí me desterró al pueblo de Alcocer. La calma llegó, aunque, larvadas, perseveraron las tensiones, y fueron el doctor Medina, Diego de Esquivel y Juan de Urbina los tres procuradores nombrados que fueron a Tordesillas. Después de Villalar y la decapitación de Padilla, Bravo y Maldonado, ellos serían los únicos considerados comuneros en toda la ciudad, y castigados con la confiscación de sus bienes. Más tarde, ya os he dicho, y tras los sucesos de Alcalá, llegó el perdón. Así fueron los hechos, y yo he querido constatároslos, pues ha de ser la verdad el único espejo en que se mire un caballero, y la hospitalidad que os debo me obliga a enseñaros lo que en él se refleja.

Calló el conde, y el silencio se apoderó de nuevo de la amplia sala

de banquetes. Fue el italiano quien se sintió obligado a romperlo:

—Lo que acabáis de decir os ennoblece aún más a mis ojos, mi señor. Y permitidme otra osadía: ¿habéis visto después al césar Carlos?

Sonrió don Íñigo, con esa sonrisa que le hacía tan cercano, y que rápidamente llevó de nuevo la alegría a todo el salón y a los corazones de sus parientes e invitados.

—Claro que lo he visto. Y he de deciros que no tendrá quejas de la lealtad de este corazón que fue comunero. Pocos años antes que el rey francés, estuvo él en este palacio, y no es mi padre hombre que oculte a sus hijos, y aún menos a su primogénito. Desde luego que no es así el duque —concluyó con otra de sus alegres y sonoras carcajadas.

Se levantaron a su eco otras, y ya toda la mesa se alegró, con historias que se iban mezclando en la cabeza del italiano.

Andrea Navaggiero había asistido en sus meses de estancia en España a muchos banquetes similares, pero quizá en ninguno como en aquel del Infantado se había sentido tan agasajado. Algo más le sorprendía: aquella cincuentena larga de nobles y de damas, jóvenes los más, parecían presos de una extraña fiebre de saber. Querían conocerlo todo, ansiaban buscar ideales de belleza, se apasionaban por las artes, conocían a los pintores, a los constructores y a los poetas de su país, y su admiración era sincera, entusiasta y profunda.

El culto embajador iba de sorpresa en sorpresa.

—Y aún le tengo guardada una mayúscula —le había sonreído pícaramente el conde de Saldaña—, pero no puedo pasar sin presentaros a un hombre que conoce vuestra tierra y ha traído a la nuestra ese renacimiento clásico por el que, como veis, todos nos sentimos atraídos. Mirad, Andrea: este es el constructor Lorenzo Vázquez.

Se encontró el italiano ante un hombre menudo de ojos pequeños y de mirar preciso que lo captaron apreciativamente, antes de saludarlo en un fluido italiano donde apreció con rapidez acentos boloñeses, en el arrastrar lento y cantarino de las sílabas.

—Lorenzo Vázquez es la gloria de estas tierras alcarreñas. Ha construido con ese exquisito y claro gusto nuevo el palacio de mi pariente, Luis de la Cerda y Mendoza, primer duque de Medinaceli, en el pueblo de Cogolludo, y no le ha faltado después el trabajo, pues para mi tío Antonio ha trazado un palacio que podréis ver mañana en esta misma ciudad, y una iglesia para el marqués de Mondéjar, al que ya conocéis, en ese pueblo de su señorío. Ahora anda con paisanos vuestros afanado en el castillo de la Calahorra, que le encargó también mi pariente Rodrigo de Vivar y Mendoza, marqués de Cenete y de Jadraque, muerto no hace mucho, y a cuyo hijo podréis saludar luego, porque también ha querido la suerte, nuestro aviso y vuestra fama que

hoy pudiera encontrarse en esta reunión. Pero seguid la plática ahora con don Lorenzo.

Lo intentaron, pero la algarabía de la mesa no lo hacía fácil. En un momento la vista de ambos vagó en busca de reposo por las paredes de enfrente, y en un acto reflejo los dos miraron al amplio techo de la estancia, vacío, y que ofrecía gran contraste con el del salón de Linajes. Y hubo un rayo de complicidad en las miradas cuando de nuevo se cruzaron.

—Esa desnudez virginal es una provocación para un artista —interpeló Navaggiero.

—Pero no para mí, sino para un pintor de los vuestros.

—Unos frescos serían su mejor ropaje.

—Pues decídselo a don Íñigo, y que mande pintarlos cuando sea duque.

—No lo dudéis, ya lo he oído.

Pero otro diálogo requería de nuevo su atención. Seguía el italiano atento y él, también apasionado, todo quería oírlo, y así de una conversación saltaba a la otra.

Ahora era de nuevo el conde de Tendilla y marqués de Mondéjar quien, levantado y con su vozarrón, se imponía a las otras conversaciones. Rememoraba las recientes hazañas de su padre, y de él mismo y los suyos en la guerra de Granada, en un alarde tan ingenuo que no se podía entender como propio de un fatuo, sino al contrario, de un sencillo corazón. Pero el guerrero, en su intento de impresionar al italiano, se perdía en hondos vericuetos sobre el remoto origen de los Mendoza y su nobleza, y estaba dispuesto a hacerlos descendientes del propio don Pelayo. Se sonrió Andrea, pero mucho se guardó de apostillar lo que a él le parecía leyenda, ya que miró a su entorno y con cincuenta Mendozas rodeándolo no era como para hacer chanzas con sus antepasados.

—En el Guadalete estuvimos. El nieto del más grande de los godos que allí murieron, el duque Arduyzo, salvó su vida y huyó al norte, donde quedó señor de la provincia de Altamira, en la que no penetraron los agarenos. A la Escocia fue a casar, y lo hizo con una infanta, Fregusina; de regreso, en tierras vasconas, nació un primogénito, Fortún López, el infante don Zuría, al que todos los aquí presentes consideramos nuestro antepasado. Y esto es verdad como puede contaros, y debe hacerlo en honor a nuestro huésped, nuestro joven y sabio deudo don Antonio Herrera de las Casonas, que tanto se ha afanado por descubrir los orígenes de nuestro linaje y nuestro entronque con esta tierra de la que él es hijo preclaro. Ilustradnos, don Antonio, que yo me pierdo y me acaloro —concluyó el conde de Tendilla, quien antes de sentarse se llevó al coleto una copa entera de su apreciado caldo mondejano.

Cogió la palabra el erudito, en quien ya había reparado Andrea Navaggiero por su discreta y atenta presencia. Era aún joven y de no mala planta, finas manos y reposada palabra, que no pasaba desapercibido a pesar de su modestia. Y si lo hacía, la hermosa dama que lo acompañaba, de negra y suave cabellera, y muy hermosos ojos almendrados, bastaba para delatarlo.

—Zuría, mi señor conde de Tendilla, significa en vascuence «blanco», y eso le llamaban a don Lope, por ser de tez muy pálida. Fue valiente, y como tengo escrito en mi Historia de Guadalajara, cuando Alfonso el Magno, rey de Asturias, acudió a ellos con intención de anexionarlos, don Zuría le trabó tal batalla en el campo de Padura y tanta sangre derramaron los asturianos que desde entonces tomó aquel lugar el sobrenombre de Arrigorriaga, que en lengua vascona quiere decir «piedras bermejas». Sucedió aquello en el año de gracia del 780, y de sus resultas, vizcaínos, alaveses y guipuzcoanos eligieron por su cabeza a don Zuría, que casó dos veces: la primera con Íñiga, hija de Zenón, el anterior señor de Vizcaya, y la segunda con doña Dalda, hija y heredera del señor de Durango. Nieto de ambos fue Íñigo López, primo carnal del Cid, Ruy Díaz, y que con él compartió destierro —remató frase el cronista, quien, en un descuido de la ilustre concurrencia, le hizo al terminar la frase un guiño pícaro al embajador veneciano, una especie de «vuesa merced comprenda que alguna exageración hay de antepasados y leyendas».

Iba a proseguir, tras una pausa para tragar saliva, cuando la voz del conde de Saldaña, con un supuesto enojo, aunque en tono de falsete, le quebró la marcha.

—Parad ahí, señor cronista, que os he visto cucar el ojo, y habréis de explicar por qué mis primos, los marqueses de Cenete, llevan el nombre de don Rodrigo como sus legítimos herederos y habitan el castillo del Cid en Jadraque.

El azoramiento de don Antonio al verse pillado fue mucho, y el paso no hubiera sido de los buenos de no mediar rápidamente el hábil veneciano, que como diplomático tenía sobradas artes en el oficio.

—¿Y quiénes son tan ilustres señores?

De inmediato se incorporó un hombre muy gallardo, de poco más de treinta años, quien con su alta estatura y buena planta atrajo mucho la atención de las más jóvenes damas. Una cercana a don Andrea susurró:

—Gallardo era su padre, pero el hijo aún le supera.

El joven, sin ningún apuro y con voz clara, relató su historia:

—Mi abuelo fue el gran cardenal don Pedro González de Mendoza, de quien sin duda habréis oído hablar, y que es uno de los hombre más preclaros que España ha dado, y que fue el báculo más firme que los Católicos Reyes, nuestra doña Isabel y el aragonés Fernando,

tuvieron para unir a la España. Con ellos estuvo en Toro, donde se acabaron las pretensiones de la Beltraneja y los portugueses. Fue el cardenal, como capitán de todos los Mendoza, Infantado, Tendilla, Coruña y Torijo, y después de incontables hazañas en las vegas granadinas, quien puso el estandarte en la más alta torre de la Alhambra. Apenas levantaba yo unos palmos del suelo cuando salí de este palacio tras su cadáver, rumbo a Toledo, en el más solemne entierro que la cristiandad ha contemplado. Fue gran cardenal, gran guerrero, gran político y piadoso cristiano. Pero también fue hombre, y supo amar como tal y no ocultarlo. Y entre las que amó hay que recordar a doña Mencía de Lemos y Castro, calificada dama portuguesa de doña Juana, la mujer de Enrique IV. Fue mi padre hijo de ambos, y por nombre y en honor de nuestro glorioso antepasado le puso Rodrigo de Vivar, señor del Cid y primer marqués de Cenete y de Jadraque. Gallardo y valiente fue mi padre, que desde hace dos años el señor tendrá en su gloria, y bien lo demostró en la guerra con los moros granadinos, donde no desmereció en hazañas a ninguno de mis parientes guadalajareños.

»Casó en la propia presencia de los reyes, doña Isabel y don Fernando, con la única hija del duque de Medinaceli, sobrina del Rey Católico y nieta del príncipe de Viana, don Carlos. Tal es mi linaje y tales mis antepasados. Y si en el camino de vuelta hacia Zaragoza, tal y como hicisteis en el de venida, pasáis por Jadraque, no dejéis en esa ocasión de visitarme.

Iba a sentarse el alcarreño, cuando cortó el gesto, y volviéndose a incorporar, como persona que algo ha olvidado, retomó a hablar.

—Pero si no lo hacéis, por prisas o por destino, antes quisiera pediros algo, pues esta noche no se halla aquí un medio primo, y nos falta a muchos de los presentes. Está con vuestro rey Francisco en la Francia, hacia donde os dirigís, y mucho os encarecería que le llevarais nuestro saludo y velarais cerca de vuestro rey para que nada le falte. Diego Hurtado se llama y, como yo, es nieto del cardenal, aunque proviene de otra dama, doña Inés Tovar de Valladolid. Nuestro primo anduvo en los asuntos comuneros, como el conde de Saldaña, pero con peor fortuna, y hubo de emigrar a Francia. Sabemos que don Francisco lo protege, y que le ha dado título y rentas, entre ellos el señorío de Manebille, pero no dejéis vos que le sea adversa la fortuna.

—En lo que en mi mano esté, no lo dudéis. Y en recuerdo de esta noche que, si lo encuentro, le contaré con detalle. Pero perdonadme, señores, si le pido a don Antonio que siga con la crónica de vuestro linaje, allá donde el guiño vino a interrumpirla.

3

El cronista, ya aliviado y sobreaviso de no herir a nadie, que es delicada tarea la de contarle a los propios su historia erizada de lanzas, prosiguió:

—Documentos sobran después para probar que Íñigos y López no se perdieron una contienda. López Íñiquez de Mendoza estuvo con el rey Alfonso cuando se tomó Toledo, e Íñigo de Mendoza en la victoria de Las Navas. Ruy López de Mendoza llegó a almirante de Castilla. Fue durante el reinado de Alfonso XI cuando vinieron a esta tierra, pues González Yáñez de Mendoza, montero mayor del rey, casó con una hija del otro vascongado, Íñigo López de Orozco, por donde entró en los Mendoza el señorío de las villas de Hita y de Buitrago, y el señor de ambos fue su hijo don Pero González de Mendoza, por quien antes de proseguir hemos de levantar todos nuestra copa en su memoria y en recuerdo de su gesta en Aljubarrota.

Fue un clamor el salón del banquete, a los gritos de «¡Don Pero! ¡Don Pero!». Quiso saber más el italiano, y fue el conde de Saldaña quien le relató una jornada aciaga que todos conmemoraban como épica.

—Mi antepasado servía al rey Juan I de Castilla, y aquel día enfrentaron a los portugueses en Aljubarrota. Vio don Pero que el resultado sería funesto para nuestras armas, e intentó persuadir al rey de que no diera aquel día y en aquel terreno batalla, pero al no poder nada contra el irreflexivo arrojo castellano, se dispuso a luchar. Púsose con la gente de Guadalajara en defensa del rey, y viéndola rota y deshecha por los portugueses, y a don Juan desmontado por haberle sido muerto el caballo, bajó del suyo y se lo dio a su rey para que salvase su vida. Don Juan le instó a que montara a su grupa, pero don Pero rehusó diciendo: «No quiera Dios que las mujeres de Guadalajara digan que quedan allá sus hijos y maridos muertos, y que yo vuelvo vivo». A pie cerró contra los portugueses, y allí encontró la muerte de los héroes.

Asintió Andrea Navaggiero, y tras pensárselo un instante y dudar, optó finalmente por decir lo que de la boca se le salía:

—Pues no le hubiera venido mal a mi señor don Francisco un don Pero en Pavía, cuando a gritos ofrecía su reino por un caballo.

Fue celebrada la ocurrencia con grandes risas, sobre todo por los Suárez Figueroa, también de la familia, como se ha dicho, por el matrimonio de su bisabuela, Catalina Suárez de Figueroa, con el

primer marqués de Santillana, que habían estado el veintitrés de febrero junto a los muros de Pavía y luego escoltado a Madrid a Francisco I, quien aquel día no tuvo un don Pero que le acercara un caballo.

Fue el más joven y alegre de los Suárez de Figueroa quien, tras volver a brindar, pidió a voces: «El romance, que se cante el romance». Concedió el Saldaña, tomó el laúd al trovador y cantó, acompañado a coro por todo el salón.

«Si el caballo vos han muerto
sobid Rey en mi caballo, y si no podéis subir
venid, sobiros he en brazos.
Poned un pie en el estribo
y el otro sobre mis manos, mirad que carga el gentío, aunque yo muera, libradvos.
Un poco es blando de boca, bien como a tal sofrenaldo, afirmadvos en la silla, doble rienda y picad largo.
No os adeudo con tal fecho
a que me quedéis mirando, que tal escatima debe
a su Rey el buen vasallo.
Y si es deuda que os la debo
non dirán que non la pago, nin las dueñas de mi tierra
que a sus maridos fidalgos
los dejé en el campo muertos
y vivo del campo salgo.
A Diegote os encomiendo, mirad por él, que es muchacho, sed padre y amparo suyo
y adiós, que va en vuestro amparo».
Dijo el valiente alavés
señor de Hita y Buitrago
al rey don Juan el Primero, Y entrose a morir lidiando.

Calló el músico, hubo tumulto de aprobaciones y gritos, hasta que por fin pudo proseguir el cronista:

—No olvidó a Diegote el rey, y fue don Diego, el fundador del mayorazgo, almirante mayor de Castilla; heredó además de Hita y Buitrago, Colmenar, Torija y Espinosa, y otras muchas villas y aldeas. Casado con Leonor de la Vega, acumuló a ese patrimonio el mucho que esta rica hembra tenía en las Asturias de Santillana, y todo a su muerte pasó al primogénito, Íñigo López de Mendoza, el primer marqués de Santillana. Nació este en Carrión de los Condes, y de esas tierras viene el título de conde de Saldaña que llevan los primogénitos del duque. Casó el marqués con doña Catalina Suárez de Figueroa, y fue capitán general de los ejércitos castellanos, y bien que lo sintieron

navarros y aragoneses en Araviana, en las faldas del Moncayo, y junto a Juan II participó en todas las guerras del reino al lado de este monarca y de Enrique IV. Pero fue además hombre de letras y os sorprenderéis, señor veneciano, que antes que nadie rimó en metros italianos. Seguro que mi señor conde de Saldaña os tiene reservado algo de ello, pues entre estos muros se conserva la biblioteca que formó el marqués con muchos y preciados libros, y los propios escritos suyos. Y no dejéis de ver el retablo que a él y a su mujer pintaron antes de su muerte, y que es digno de admirar.

—Os ruego que nos dejéis esa parte a nosotros y para después, señor cronista, y acabad ya, que hasta a nosotros mismos se nos hace larga nuestra historia.

—Muchos y muy nobles hijos tuvo el marqués. El mayor, Diego, fue el primer duque; don Pedro, el Gran Cardenal; Pedro Hurtado, adelantado de Cazalta; Íñigo, el conde de Tendilla y marqués de Mondéjar; Lorenzo, conde de La Coruña y vizconde de Torija; Pedro Laso de la Vega, señor de Valfermoso; y doña Leonor de la Vega, casada con el conde de Medinaceli. Así como doña Mencía y doña María de Mendoza, mujeres de Fernández Velasco, condestable de Castilla, y de Per Afán de Ribera, adelantado mayor de Andalucía.

—Abreviad, señor cronista, que son tantos nombres que aun yo me mareo, y son mis tíos. O mejor lo hago yo, y acabamos antes, y todos bien. A don Diego, primer duque y casado con una dama, sucedió el segundo Íñigo, que casó con la hija de don Alvaro de Luna, doña María, y ya sabe vuesa merced su triste sino. Tiempos revueltos aquellos. Por fortuna, mi abuelo supo pasarse pronto al partido de Isabel, y la fidelidad de mi familia a los Católicos se consagró en Toro, y luego en las guerras granadinas, donde todos los que tuvieron edad de estar estuvieron, y estuvieron bien, hasta el doncel Seguntino Vázquez de Arce, que no quería ir y acabó allí muriendo. Debéis ver su estatua en Sigüenza. Pero antes bebed, que estaréis harto de historia y desearéis que acabe.

4

Bebieron todos de nuevo. Y ya se llevaba mucho bebido, tanto que micer Andrea osó preguntar por quien deseaba hacerlo desde que entró al palacio: por el señor duque. Se hizo otro silencio, pero este menos hosco que aquel de los comuneros. Una vez más las miradas se volvieron al primogénito, que otra vez abrió el gesto en buena sonrisa.

—Pues a la vejez, viruelas, señor mío. No contento con su gota, se nos ha enamorado de la hija del aguador del palacio, María Maldonada, a la que saca medio siglo. Y por nuestra madre nos la ha puesto, pues ha concluido en casarse con ella. Tranquilos estamos hoy, ya que marcharon ayer al pueblo de Lupiana, que si no tendrías que llamar duquesa a la aguadora. Pero no se acaban ahí sus pasiones, que le ha dado también por la mística. No para de oír misas, y quiere hacer del salón de Linajes una gran capilla. Lo malo es que se ha empeñado en comprar reliquias, y tenemos llena la casa de osamentas de todos los santos de la cristiandad, y de algunos que, si lo fueron, no los conoce nadie, pero mi padre los compra a quien primero se los brinda, y luego se dedica a trasladarlos a palacio, montando procesiones y misereres por los pasillos, patios y corredores. Menos mal que la casa es grande y hay huecos por los que huirle. Pero hoy es noche alegre y quiero que empiece el baile.

Sonaron laúdes y, sin dudarlo un instante, muchos se lanzaron a danzar al gran salón, entre risas y bullicio.

Andrea Navaggiero permaneció en su sitio, observando con cuidado de no entrometerse en algunas miradas apasionadas que veía cruzarse, aunque no pudo evitar admirar de soslayo a la hermosa dama del cronista. Pero ella no le devolvió ninguna de sus miradas.

Quienes acaparaban muchas eran tres jóvenes y para él todavía desconocidos caballeros que se habían convertido en el centro del baile, y a los que se disputaban, con no mucho recato, las damas.

Así que preguntó al cronista.

—Son los héroes de moda en Guadalajara. De uno os he hablado, don Alfonso de Mendoza, el primogénito del conde de La Coruña y vizconde de Torija; el otro que se le asemeja es el segundo de la familia, su hermano Juan, y el tercero, don Francisco Beltrán de la Peña. Y los tres, emulando a los caballeros andantes, decidieron guardar y defender por treinta días el paso del valle de Torija, habiéndolo hecho pregonar antes por todo el reino. Allí tenían una casa de recreo, y en ella una torre con su campana, para que la

tañesen los caballeros que acudían a lidiar. Dos tiendas flanqueaban la torre, y por turno, día y noche, un caballero armado estaba siempre de guardia y presto para la lid. Ahora son la envidia de todos, como veis, aunque para mí tengo que su mayor fortuna es no haber acabado sin huesos, pues podéis apreciar que no han salido del todo malparados, y tan solo don Juan conserva un brazo en cabestrillo, aunque los otros dos también hubieron de andar doliéndose de las costaladas. Pero dejemos eso, y ahora acompañadme, que ya es hora de descubriros vuestra sorpresa, y a quien lleva todo el día aguardando para veros.

Y dicho esto, el conde hizo una seña de que le siguiera y, antes de salir, volvió a hacer un gesto similar a otros dos caballeros. Cogió un hachón y, acompañado por el veneciano, atravesó las galerías iluminadas bajo una gran luna llena que alumbraba el patio de los Leones, hacia la biblioteca. A veinte pasos le siguieron los dos hombres que habían salido tras ellos. Al fondo se oía la música y los gritos y risas de los danzantes.

—Sabed, mi señor Andrea, que lo que ahora quiero mostraros tiene para mí más valor que todas las tierras de las Asturias de Santillana, que los condados de Saldaña, que los pueblos y villas de Guadalajara, y que los inmensos feudos de Granada y de toda la Andalucía, y que los virreinos de vuestra Italia entregados a mi familia por todos los reyes de España, desde un godo hasta los mismos Católicos y un nieto del emperador. Más vale para mí lo que vais a conocer que los cincuenta mil ducados de renta de los Infantado. Pero, antes, quiero que saludéis a alguien que sin duda será la mejor compañía para ello y para lo que nos resta de velada. ¡Salid de las sombras y acercaos!

Los dos caballeros que habían seguido al conde y al veneciano se adelantaron.

—Conocéis a mi hermano, Diego Hurtado. Ya sabéis de su gusto por las crónicas, la historia y la poesía. A quien vais a conocer es a alguien que ya os debe mucho, y que os trae efusivos saludos de un gran amigo vuestro. Es Garcilaso de la Vega, caballero y poeta, pariente mío y amigo de alguien que os estima y os admira, Juan Boscán.

Se adelantó el esbelto Garcilaso; apretó con fuerza la mano del italiano, y con emoción no contenida.

—Mi amigo y el vuestro me encarece el saludo y el recuerdo del afecto. Lo he dejado en Granada, donde vos lo conocisteis, y donde vuestras palabras y recomendación han cambiado no solo nuestra existencia, sino hasta la manera de sentir y de expresar ese sentir en palabras. Ha sido una luz, y a Diego y a mí habéis de unirnos a esa nueva claridad. Es más, el conde, aunque no lo diga, no solo nos contempla con agrado, sino que él mismo, aunque no lo muestre, escribe también y alienta todo aquello que en las letras, las artes, la

ciencia y los saberes está renaciendo.

Se quedó atónito Andrea Navaggiero, los ojos se le humedecieron al curtido veneciano ante el entusiasmo de aquellos jóvenes, y con el recuerdo de los encuentros con Boscán en Granada, meses antes, y aquel compromiso del español de «probar en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas usadas en Italia».

—Señor, vengo yo ahora de Granada, de las bodas del emperador. He dejado al césar alegre, con su esposa doña Isabel de Portugal.

—Y vos con el corazón herido por una dama del emperador, Garcilaso. Bien os vendrá el itálico modo de trovar para glosar vuestro amor —replicó el conde de Saldaña.

—Cierto es que Amor me ha herido, y que ante su flecha he caído tan solo a un año de mis esponsales. Imposible es mi deseo, pero no por ello habré de renunciar a mi sentimiento. Sin embargo, no he de hablar ahora de mis cuitas, sino mostraros las hermosas palabras que Boscán ha encadenado en un soneto, y que me ha pedido que os entregue, y aquí lo tenéis.

Le tendió Garcilaso el pergamino, pero antes de que pudiera leerlo, el conde de Saldaña los arrastró a todos hacia la biblioteca.

—Estaremos allí mejor, y quiero que se lea en presencia de mi más querido antepasado.

Penetraron en el recinto. Libros, cuadros, retablos, armaduras, espadas y otras armas, así como los más extraños artilugios, mapas y grabados, inundaban el recinto. Todo ello presidido por el impresionante retablo que ahora les mostraba don Íñigo.

—Este es el marqués de Santillana. Un bravo guerrero, pero ahí lo veis, se hizo retratar junto a su esposa, doña Catalina Suárez de Figueroa. Ambos tienen ante ellos un libro de horas, pero mirad que, junto al marqués, cuelga una cartela con versos a la Virgen, Nuestra Señora, y son versos del propio marqués:

Por los quales gozos doze
doncella de sol vestida
e por tu gloria infinita
faz tú, señora, que goze
de los gozos e plazeres
otorgados
a los bien aventurados
bendita entre las mujeres.

—Son, como veis, doce los ángeles que aparecen sobre los marqueses y la señora, y en las manos de los ángeles figuran versos, gozos a la Virgen, escritos por quien me cedió sangre y nombre. Don Íñigo y yo os decimos, señores, que aun admirando mucho vuestros

versos, para mí tengo que los que aquí guardo no los desmerecen. Y aún más, sin haberos conocido, en ello presiento este renacer de las letras que ahora vosotros anunciáis.

Mientras así hablaba, iba don Íñigo mostrándoles lo que para él eran los grandes tesoros: el Proemio, las Serranillas, los Decires, el Doctrinal de privados, o Qué dicen las viejas tras el fuego, y el énfasis de don Íñigo era mayor.

—Observad estos, La comedieta de Ponza, y ante todo este, cien años antes que Boscán y vos, Garcilaso, Sonetos hechos al itálico modo. Leed:

En el próspero tiempo las serenas
plañen e lloran recelando el mal;
en el adverso, ledas cantinelas
cantan e atienden el buen temporal.

Mas ¿qué será de mí, que las mis penas, cuitas, trabajos e langor mortal
jamás alternan ni son punto ajenas, sea destino o curso fatal?

Mas emprentadas el ánimo mío
las tiene, como piedra la figura, fixas, estables, sin algún reposo.

El cuerdo acuerda, mas non el sandío;
la muerte veo e non me do cura:
¡tal es la llaga del dardo amoroso!

Asombrado miraba el italiano la biblioteca del marqués. «La más valiosa de las Españas, y que otra cosa no he de hacer sino engrandecerla», añadía orgulloso el heredero de los Infantados.

—Y sin duda lo haréis, primo, pero dejad a micer Andrea que lea lo que sin duda habrá de tener un lugar destacado entre esos libros. Dejad que lea lo que ha escrito Boscán.

Leyó el italiano, y según lo hacía, iba entendiendo cuán hondo había calado la semilla de sus palabras granadinas.

Quien dice que la ausencia causa olvido
merece ser de todos olvidado.
El verdadero y firme enamorado
está, cuando está ausente, más perdido.
Aviva la memoria su sentido, la soledad levanta su cuidado;
hallarse de su bien tan apartado
hace su desear más encendido.

No sanan las heridas en él dadas, aunque cese el mirar que las causó, si quedan en el alma confirmadas.

Que si uno está con muchas cuchilladas, porque huya de quien lo acuchilló, no por eso serán mejor curadas.

—Señores —se exaltó el veneciano—, aquí hay un Petrarca.

—No, micer. Aquí hay dos, y he de deciros que Garcilaso, aunque nada diga, a mi juicio supera a Boscán. Es él nuestro Petrarca. Él es el espejo de todos nosotros, el prototipo de soldado y de poeta, el hombre que cree en el hombre y en el amor, y si Petrarca tiene a Leonor, Garcilaso ha encontrado en doña Isabel Freire su musa. No os mostréis tímido y leednos. Sea que no queráis publicar vuestro poemas, pero no podéis negaros a compartirlos con vuestros amigos.

No pudo resistirse Garcilaso, y con temple elevó la voz joven que estremeció a todos.

Escrito está en mi alma vuestro gesto
y cuanto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo escribisteis, yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo, de tanto bien lo que no entiendo creo, tomando ya la fe por presupuesto.
Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero;

cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida, por vos he de morir y por vos muero.

Calló Garcilaso y se hizo el silencio. Un escalofrío recorrió al veneciano, como un presentimiento. La gloria estaba sin duda posada en la frente de aquel hombre; pero la gloria, meditó Andrea, es avara con los que elige, y se los lleva jóvenes. Había algo predestinado en aquellos ojos. Siempre habrían de mirar jóvenes. Pero aunque solo escribiera cuatro mil versos, aunque solo tuviera aquel soneto, bastaría para subirle al paraíso.

—Debéis venir a Italia. Nada más deseo que podáis visitarme. Venid.

—Iré. No lo dudéis.

Ambos se miraron. La promesa era firme, el poeta iba a cumplirla,

como cumpliría con la fidelidad a su amor platónico e imposible, más allá del matrimonio de doña Isabel, y como cumpliría su sino cayendo herido de muerte en las murallas provenzales de Muy, no mucho después de visitar en Aviñón la tumba de Leonor, la amada de Petrarca.

—Llevadle el soneto a vuestro amigo Boscán, os lo ruego. Le llenará de alegría —concluyó el italiano.

Contemplaba todo ello risueño el hermano del conde de Saldaña. Reparó este en su actitud e intervino.

—Siempre Diego tan discreto. Vos siempre pareciendo que no estáis, y estáis en todo. Es mi hermano más guerrero que ninguno de nosotros, más diplomático que micer Andrea, quizá no tan poeta como sus amigos Boscán y Garcilaso, pero su prosa de Guerra de Granada no puede dejar de leerla quien quiera saber lo acaecido y sus razones. Aunque a Diego, tan zumbón, lo que le gusta es escandalizar con sus textos satíricos, y algunos lo logran hasta conmigo, que soy complaciente, porque resultan en verdad obscenos. Es tan pillo que hay quien dice que fue él quien escribió el Lazarillo. Y se engaña, aunque nada me hubiese enorgullecido más que verdad fuese. Yo me tengo que conformar con mi alcahueta:

Dipsas dicen que se llama
y es vieja, que holgaréis de conocella.
De los lazos y telas que ata y trama
le vino el nombre, que tan bien le viene, de alcahueta y hechicera fama.

—Mucho zaherir a la Celestina, don Diego, ¿no será que la conocéis muy bien y algunos tratos habéis tenido con ella? Que vos no sois como Garcilaso, dado a los imposibles amores, y tenéis favores posibles de conseguir.

—Por eso quizá se me da mejor la prosa, hermano.

Saltó la risa entre los cuatro. El heredero del duque, feliz, no quería dar por terminada la velada.

—Mañana, y todo el tiempo que queráis, tenéis a vuestra disposición la biblioteca, donde he de recomendaros que busquéis un libro de un tal Juan Ruiz, arcipreste que fue de Hita, llamado Del buen amor, y que aunque nos gustaría, he de deciros que no es de la familia, ni fue deudo nuestro, ya que cuando él vivió allí, los Mendoza andaban dándose mandobles por Vizcaya, aunque no había de tardar el marqués de Santillana en ser señor de Hita. Pero vayamos ahora junto al fuego, que hace frío, y calentémonos con unas jarras de vino y vuestra conversación, Andrea, que todos hemos contado algo, y algo ahora deberéis contar vos.

5

Junto a una gran chimenea del salón de los Cazadores, donde llegaban apagados los ecos de la música que aún continuaba alegrando la velada en el Infantado, se acomodaron don Íñigo, su hermano don Diego, Garcilaso y el embajador. Poca luz había en la estancia: un par de hachones y el resplandor del fuego que chisporroteaba alegre con abundante leña.

—Esta madera de roble arde bien y calienta mejor. Acercaos, don Andrea, que la noche refría. Bebed y contadnos.

Había más quietud. Las llamas sacaban hermosos reflejos en los jubones, y hacían juegos malabares con los calzos y las sombras. Los terciopelos rojos predominaban en la vestimenta del conde y su hermano, el azul en Garcilaso, y una elegante mezcla de verdes y negros en la del italiano. La alta y bien plantada silueta del poeta toledano se recortaba contra el fuego, pues era el único que permanecía en pie, vuelto de espaldas a la chimenea, mientras los otros se habían acomodado en altas sillas de aún más altos respaldos. El italiano había preferido un escabel al borde mismo de las brasas.

—Pues bien, señores. Yo también tengo algo que contaros. Y os aseguro que, si no fuera por la magia de la noche y de vuestra compañía, jamás hubiera osado hacerlo por temor a que me tomaseis por loco. Y aun así tengo mis dudas de que por loco me toméis cuando acabe mi relato, y más cuando además comprobéis que tales maravillas no me han sucedido en lejanos países, sino que el suceso más extraordinario que en viaje alguno me ha ocurrido acaeció precisamente en vuestras propias tierras.

—Viajero sois, sin duda, pero no os pongáis vendas antes de que nadie os hiera, y no nos deis más excusa para comenzar vuestro relato, que estamos más en ascuas que ese roble, señor Navaggiero.

—Pues han de saber vuestras mercedes que este es el más extraño suceso que he vivido, y que ni siquiera me he atrevido a consignar en el relato de mi viaje por España. Al contrario, un observador atento podrá advertir que he camuflado aquel día de marras, y bien se observa, pues mis jornadas solían ser de seis a siete leguas, y en dos de ellas no llegué a hacer tres leguas siquiera.

»Vos sabéis cuál era mi misión desde que el rey Francisco cayó en febrero en Pavía: promover su libertad. Así que el día dos de junio del año 1525, cuando llegué a Sigüenza, pensaba acercarme rápidamente aquí, y presto dirigirme a Madrid, y luego a Toledo, donde se hallaba

el césar. De mi estancia en vuestro palacio, y de vuestro talante liberal y de los excelentes músicos, he dejado buena nota, igual que de mi breve paso por Madrid, y de mi larga estancia en Toledo, desde el once de ese mes hasta el veintinueve de febrero del año siguiente, que son más de ocho meses. Habiendo ya puesto el césar en libertad al rey cristianísimo, y hechos los tratados de paz en Madrid, partió hacia Sevilla y Granada, y yo acompañé a su corte. Eso también lo conocéis, al igual que mi encuentro con vuestro amigo Boscán. Pero de lo que no he querido dejar memoria apenas es de lo ocurrido desde los días primeros de junio hasta mi llegada a vuestro palacio. Tan solo en mi diario anoté el itinerario, de Sigüenza a Rebollosa, a Jirueque, y a Jadraque, de allí a Padilla, luego a Hita, y hasta aquí, tres jornadas, pero realidad fueron cuatro, porque en el camino de Rebollosa a Jirueque me extravié. Habíamos salido muy de mañana, mi guía y yo en dos buenas mulas, y llegado sin novedad al molino de Rebollosa, cuando a mi entender mi guía trucó un sendero por el que no era, y nos adentramos profundamente en un bosque. Dije que volviéramos atrás, pero él insistió en que saldríamos rápidamente a mejor senda y a lugar conocido, lo que no hizo más que perdernos definitivamente, hasta que ya no hubo otro camino que el que hacíamos nosotros. Entonces el rústico que me acompañaba me propuso que descansáramos un poco, mientras que él subía a un altozano que se divisaba y orientaba nuestra marcha. Mal hice, pero bastante molido preferí descabalgar y reposar mis huesos a la sombra. Comí algo de queso que pasé con vino, y me adormecí, junto al tronco de una gran encina. Desperté, no sé cuánto después, pero sí sé que aterido, rodeado de nieblas, y tan solo que ni siquiera acerté a hallar mi caballería. Di voces, y no obtuve contestación alguna. Al fin, opté por regresar por la ruta que yo creía haber seguido. Queriendo salir de allí, profundicé en aquel bosque que comenzaba a aterrorizarme. Caminé largo tiempo y cada vez más desorientado. No dudo que di vueltas y revueltas, y por fin llegué a un riachuelo. Hubiera sido lo prudente caminar aguas abajo, cuando descubrí claramente marcadas unas huellas de una o dos personas y un animal: un perro, supuse, que los acompañaba. Me parecieron tan recientes que decidí seguirlas. Lo hice durante tal vez una hora entre la bruma, arroyo arriba, y cuando ya comenzaba a desesperar, me encontré con la más increíble aparición que han visto mis ojos. Ante una cueva se encontraba un anciano de larguísima barba, un árabe, sin duda, por sus ropas. El animal debía estar en la gruta, pero no puedo hoy asegurar otra cosa que sus ojos brillaban en la oscuridad como brasas; sin embargo, no era eso lo que atraía mi atención, sino que en un cilanco del arroyo, totalmente desnuda aunque cubiertos sus pechos y casi toda su piel por una larguísima cabellera, que caía en cascada sobre su cuerpo,

había una hermosísima mujer. Estaba sentada en la ribera, con los pies dentro del agua, y se ocupaba en peinar con cuidado y esmero aquel pelo suyo tan claro, que sus hebras semejaban hilos de plata. No grité siquiera, y seguiría aún mudo si no hubiese sido ella quien me hubiera hablado. Y diríase que parecía esperarme.

»—No temas. De mí ningún mal te llegará, ni tampoco de mis animales. Yo te he perdido, pero yo te retornaré, porque no es tu extravío eterno, ni tienes ninguna necesidad de huir: tú aún tienes destino. Te he visto en el bosque, y he querido saber quién eras, pues hace mucho tiempo que nadie ha llegado hasta aquí desde tierras lejanas, y yo sé que tu patria no es esta.

»—Soy veneciano, señora, de una ciudad de la Italia —contesté, e inexplicablemente tranquilo me encontré impulsado por una fuerza oculta, relatándole que si algo caracterizaba Venecia y la diferenciaba de todas las ciudades del mundo era el estar construida sobre las aguas y entre canales.

»—¡Ah! Era eso, entonces: el agua —dijo como para sí misma—. ¿Y está tu tierra lejos del país de los francos?

»—No demasiado. Es necesario atravesar la más alta cordillera de la tierra, los Alpes. Pero yo sirvo a su rey Francisco, y ese es el objeto de mi viaje. Está aquí, prisionero en España.

»—Debéis librarlo. Yo tengo en estima a los francos.

»—Y veo que también a los árabes. Pero ¿por qué él no habla siquiera?

»—Porque él no os ve. Yo no quiero que os vea. Pero no os mováis mucho porque, a pesar de mi poder, el lobo, aunque tampoco puede veros, sí os presiente.

»Debía habérseme erizado hasta el último cabello, pero lo extraño es que yo no tenía miedo alguno. Todo aquello, en tal momento, me parecía la cosa más natural del mundo. Así que pregunté:

»—¿Y quién era el caballero franco que conocisteis?

»—Carlos Maynet se llamaba, y era hijo del rey Pipino. Su ciudad, me dijo que Burdeos.

»—¿Y como llegó hasta aquí?

»—No llegó solo: venía huyendo por los montes, acompañado de su amante, la más hermosa mujer que podáis haber visto y de la misma raza que ese anciano.

»—¿Una árabe?

»—Sí. De Toledo. Una princesa, hija del rey Galafre. El franco me contó que había llegado en busca de aventura a esa ciudad, y se hizo con el favor de Galafre, al que ayudó en sus luchas contra el sultán de Córdoba. Pero también perdió su corazón en los ojos negros como pozos de Galiana.

»—¿Y hubo de huir con ella?

»—Fue más tarde. Resultó que ante los muros de Toledo se presentó con un ejército el rey Bramante, moro también, de Guadalajara, dispuesto a casarse con Galiana, más por fuerza que por cortesía. Y tuvo sitiada la ciudad cuarenta días. Durante ellos usó tanto de la fuerza de sus tropas como del regalo para intentar doblegar o ganar la voluntad de la princesa y, entre otros presentes, le envió un magnífico caballo llamado Brunchete, y una espada muy nombrada llamada Guiossa. Esos dos regalos iban a ser su perdición, pues Galiana había entregado su amor al franco y este decidió presentar combate personal a Bramante. Galiana le hizo entonces entrega de la espada y del caballo árabe, y con ellos salió al Val Salenorcial. Con el alma rota, al ver la montura y el arma de su oponente, aceptó Bramante la lid a sabiendas de que moriría en ella. Murió, pero Galafre no aprobó la conducta de su hija y menos aún el ejército venido de Guadalajara, así que Carlos y Galiana hubieron de huir por sendas montuosas con la caballería árabe de Toledo y Guadalajara en sus talones, hasta que llegaron desesperados hasta mí, que les di cobijo.

»—¿Y están aquí, señora?

»—No. Hace ocho siglos que partieron. Ellos tenían donde ir. Y vos también, y cuanto antes mejor, pues oigo un rumor en la parte más alta del arroyo, y sé quién es, y que no le gustan mucho los francos, y me temo que tampoco los venecianos. Carlos hizo bien en marcharse y vos debéis hacerlo. Él podría tomaros por un rival o por un francés.

»Sonrió aquella extraordinaria mujer, y llamadme orate, pero os juro que me pareció que había picardía y seducción en sus ojos, tan azules y claros como nunca los he visto.

»—Sí. Hizo bien el franco en irse —susurró luego—, y fue también mejor para Galiana. Porque era hermoso aquel Carlos. También era hermosa ella, y yo envidié aquel pelo suyo tan negro y sedoso. Pero idos, que él ya llega. Fiad en mí. Dad la vuelta. Regresad aprisa. Se os abrirá el camino.

»Oí un fuerte rumor en las aguas río arriba y no esperé más. Todo el miedo que no había sentido se apoderó de mí y salí en estampida aguas abajo. Y me creeréis si os digo que al poco levantó la niebla, di con un sendero y, tras seguirlo, iluminado primero por la última luz del crepúsculo, y luego por una hermosa luna, acabé por llegar, la media noche ya pasada, al molino de Rebollosa, del que por la mañana había partido y en el que se encontraba, desolado por mi pérdida, el guía.

Calló micer Andrea. Callaban todos. Llenó don Diego los vasos de vino. Bebieron. Y una vez más abrió la noche la risa clara del conde de Saldaña.

—La historia es cierta. Y doy fe. En la biblioteca que hemos

visitado podréis encontrar los testimonios. La cuentan los cronistas antiguos, y la he visto en los anales de Guadalajara. Si mañana le preguntáis por ella a don Antonio Herrera, seguro que os llenará de detalles. Pero yo puedo deciros que acaeció en el año 760. El sangriento combate entre Carlos y Bramante tuvo lugar entre Olías y Cabañas. Es más, en Toledo queda memoria de la princesa y en la llamada Huerta del Rey, junto al Tajo, podíais haber visitado una torre con estanque que llaman los Palacios de la Galiana. Aquí, en Guadalajara, aún perdura el recuerdo del rey moro que cayó en la lid. A una de las puertas de la muralla que habéis cruzado, fuertemente defendida con rastrillos, torcederos y baluartes, aún se la conoce por su nombre. Y ante todo, las sendas que a través de los montes cruzan las Alcarrias y llevan rumbo al norte llevan por nombre «galianas», y así son conocidas por el común de las gentes. Y es bien cierto que la Galiana fue hacia el norte, y que los amantes llegaron a Burdeos, donde Carlos le edificó palacios a la mora.

Languidecía el fuego. Pensativo, lo agitó Garcilaso. Andrea Navaggiero dio un sorbo de vino y dijo:

—Bien. Pero ¿y la extraordinaria mujer que vive en el agua?

—Señor italiano, ¿no sabéis que en estas tierras todos tenemos tratos con alguna lamia? —contestó el poeta.

Y quedaron los cuatro en silencio. Hacia naciente, las estrellas empezaban a perder brillo, presagiando el alba.

Cuarta parte

La curandera del Bornova

1

Atardece en Gascueña de Bornova. La luz del sol huye por debajo de sombrías nubes de tormenta.

«¡Los saberes de la molinera son obra de Satán! Hizo morir a su marido y ahora está haciendo perecer a vuestras bestias. Sus artes, sus ungüentos, sus preparados le han sido transmitidos por el malvado. Aquí, no hace tanto, habitaron los árabes infieles, los moros impíos que combatieron contra Cristo y dominaron España. Suyos eran los castillos de Atienza, Galve y Castejón. Fueron derrotados, pero no todos volvieron a su África. ¡Aún perviven sus descendientes y rinden culto a Mahoma! ¡Aún perseveran en su impiedad y cometen pecados de hechicería! Hechicerías con las que lograr grandes tesoros para comprar las almas cristianas, encantamientos que se transmiten de generación en generación. Ellos son el vehículo del perverso.

»¿Veis esas tierras yermas, requemadas? Ellos las asolaron en una guerra crudelísima; ellos incendiaron los bosques, los sembrados, todo aquello que podía hacer hermosa la creación de Nuestro Señor. En cada uno de sus castillos y palacios corrompieron a multitud de doncellas, porque la lujuria era uno de sus peores vicios. En sus mazmorras se pudrieron los guerreros de la cruz, los soldados de Dios. Luego, cuando las armas de la fe los dispersaron y la cristiandad resplandeció con la luz de la verdad, ellos se ocultaron en la tiniebla. Satán estaba herido, pero no había muerto.

»Ahí, en las espesuras, en el fondo de cuevas tenebrosas, restañaron sus heridas y siguieron maquinando perdiciones y engaños contra el rebaño del Señor. Prepararon sus ensalmos, urdieron sus conjuros, aderezaron venenos y redomas, esparcieron sortilegios y espíritus inmundos.

»Todo es obra de Belcebú: alquimias para transformar el desperdicio en gemas, el plomo en oro, filtros para corromper la virtud. Todo lo utiliza: la codicia del oro, el deseo de la carne, la ambición desmedida, la duda en la fe.

»Aquí, en estas tierras —bien lo sabéis por vuestros mayores—, vivió un gran hechicero. Un moro, que bajo una apariencia miserable y revestido de falsa humildad —todo para conseguir vuestra benevolencia y el favor de vuestras almas sencillas— ocultaba los designios más sombríos y un espíritu terrible. ¿Qué no haría en su guarida, donde se encerraba, cohabitando con bestias inmundas, y en continuo comercio con íncubos, súcubos y criaturas todas del averno,

desprendiendo tal espanto que hasta las peores alimañas le rehuían temerosas? ¿Qué no haría?

»El viejo y poderoso hechicero logró apartar a muchos de vuestros mayores del sendero de Dios. A él acudieron en busca de falsos remedios y alivios. Y ese fue el camino del mal, la ruta segura de su condenación. A través de él penetraron los demonios en sus cuerpos, las pestes y las purulencias. A muchos engañó, y a muchos habrá llevado con él a la perdición eterna. A los propios templarios de Bonaval y Albendiego, poderosos caballeros de la fe, logró atraerlos con sus artes y hechicerías, y conducirlos de nuevo a las tinieblas.

»Esfuerzos y sacrificios costó a la Santa Madre Iglesia apartaros de las enseñanzas de aquel hechicero y devolveros al bien. Ímprobos trabajos hasta arrojar a la purificación del fuego los sacrílegos remedios. Entonces se creyó extinguida en estas tierras la semilla. ¡Pero no! Estaba escondida, agazapada entre vosotros, durante años y hasta siglos. Y ahora, ¡ahí está!, ¡es ella!, rebrotando como una zarza de hondas raíces. ¡Es ella! Y en ella ha anidado de nuevo el espíritu impuro. Su misma falsa humildad, su bondad mentirosa, su aire desvalido y miserable.

»Esa mujer es igual que aquel: las mismas artes, los mismos manejos. Pero al malvado se le descubre siempre. Os ofrece remedios para vuestras enfermedades, busca vuestra amistad, y el inspiraros compasión y confianza. ¡Solo para apoderarse de vuestras almas! ¡Solo para convertirse en vuestro dueño!

»¡El malvado ha de ser descubierto! La verdad ha de abriros los ojos antes de que sea tarde, antes de estar perdidos para siempre, antes de que vuestra condenación sea irreparable: habréis de extirpar el mal, arrancarlo de cuajo y arrojarlo fuera de vosotros, desterrarlo definitivamente de estos lugares.

»El arrepentimiento no le llega a esa mujer. Persiste en seguir con sus prácticas ocultas, a pesar de todas las recomendaciones hechas con cristiana caridad. Hoy están muriendo vuestros animales. Mañana morirán vuestros hijos. No queda otro camino. ¡Debéis purificar, hasta por cristiana compasión de su alma, aquella covacha del mal, aquel nido del pecado, aquel aposento de Satanás!

»Gascueña de Bornova es un zumbido de rumores, un sisear de cuchicheos. Han muerto tres vacas, hinchadas como odres. Ha llegado un santo padre del monasterio de Bonaval. El mismo que purificó Hita y convirtió a tantos judíos y moriscos. Aún suenan sus palabras en las cabezas de los aldeanos, que se alejan y pierden en grupos por las oscuridades de las esquinas.

»Esta es una tierra pecadora. Aquí vivió el hechicero y su huella permanece. Bien cerca está también el castillo de la mora bruja de Galve. Todos estos campos están inyectados con el aliento del

perverso. La molinera, lo mismo que el árabe, que la mora bruja de Galve, son solo un vehículo de sus designios. Ella, igual que todos sus antecesores, camufla su alma condenada con la apariencia de la virtud y la belleza».

2

Bajó al río, joven, traída por aquel hombre, algo mayor, algo bruto y algo bueno. Aquel hombre que le hizo cinco hijos, de los que solo dos, varones, le viven.

La única chica y un chico no pasaron de niños, y al mayor lo mató una guerra lejana. Por Cristo y por el rey, le dijeron, combatiendo a los herejes protestantes, supo, pero no entendió dónde. Se acuerda del mayor y más aún de su hombre junto a la rueda del molino, entre las harinas.

Vivió allí, en la orilla del Bornova, con la casa limpia, cuidando sus bichos de corral, bastante alegre entre sus gallinas, sus colmenas hechas con troncos huecos y colocadas al resguardo del norte, removiendo hijos, sacos y pucheros. Allí, lejos de los pueblos y cerca de su río, siempre presente, sonándole incansable en el oído, aprendió a sentir su calma, a presentir sus avenidas, a escuchar las estaciones en su corriente. Lo supo siempre un amigo, la mano que daba de comer a su familia, y ella le cantó con la voz más dulce que tenía.

Su hombre no se metió nunca en su trato especial con el río. Sabía que su mujer era quizá algo joven, algo hermosa y algo delicada para él, pero le gustaba verla así, y le consentía aficiones inexplicables y fuera de su alcance. Además, su habilidad para extraerle al río truchas y cangrejos los sacó más de una vez de un apuro, supliendo carencias en el puchero. Y los bulbos, raíces y hierbas que ella descubría en sus orillas curaron muchas toses malas: él no prestaba atención, y solo se asombraba de los resultados cuando hacían sanar las heridas, limpiaban de malos humores el cuerpo o aflojaban el vientre cuando iba espeso.

A él, aquella mujer, que casi no se marchitaba a pesar de los cinco hijos que había parido, le pareció que era buena y alegre, y solo de tarde en tarde sintió algún puntazo de pena por ser él algo tosco y un poco bruto.

Fueron años y más años en la ribera del río, lejos de los pueblos, rodeada de picachos, laderas, jaras, rocas, mimbreras, hojas, retamas, chaparros y animales. Años y más años, con su hombre al lado, cerca de la gran rueda de piedra, entre las harinas. Luego fueron malos días, y ella no tuvo remedios aquella vez. Murió su hombre.

Quedaron los dos chicos, los medianos, casi unos mozos. Se hicieron con el trabajo y la vida pareció continuar, pero ella fue dejándolos a todos como solos, y quedándose cada vez más en la única

compañía de su río, enfrascándose en la naturaleza de las cosas, buscando los secretos ocultos.

Era un río fuerte y duro el Bornova. Difícil de sujetar y presto a demoler. No daba respiro ni tregua. Chocaba en turbonadas contra los farallones de pizarra que, en escalones, descendían desde los montes. La piedra lisa y el río en combate se comían las veredas y desterraban las orillas.

Tenía aguas rubias, como sus truchas, con un tinte verdoso, como sus musgos. Tenía también, a veces, un corazón violento. Había destrozado arboledas, anegado prados, deshecho molinos. Era río de pocos remansos, era más de escalones, de remolinos y rápidos. Contra cualquier obstáculo puesto por las fuerzas primitivas o por los hombres, se encrespaba, se enfurecía y chocaba, roía y limaba hasta lograr, no importaba en qué siglo, su destrucción.

Pero era también hermoso el Bornova. Cierto que borraba caminos, tiraba puentes y desparramaba piedras de vadeo. Pero era hermoso. Movía, potente como nadie, las ruedas de los molinos, marcando un son fuerte y vigoroso. Por ese vigor todo le era perdonado y, así, se reabrían las sendas, se rehabilitaban los pasos y las orillas volvían a tener las marcas de las herraduras, cruzando y recruzando, para que bajaran en largos costales el trigo, la cebada, el mijo, la avena y el centeno hasta la piedra de moler. Venían de Prádena, Robledo de Corpes, Villares, Gascueña, Albendiego, Hiendelaencina, venían de todos los pueblos que se asomaban al largo cañón abierto por las aguas.

El río cobraba fuerza en los inviernos e intentaba la rebelión en primavera, pero, cada vez, era de nuevo domeñado por la mano humana, y entonces él hacía girar con cadencia las grandes ruedas de piedra, y durante un tiempo se resignaba a cantar en las construcciones de los hombres.

Pero la molinera no fue nunca habladora y ahora, tras la desaparición de su marido, lo era menos. Era, eso sí, una presencia amable, escuchando siempre el hablar de los hombres, sus penas de trigos, sequías y pechadas, sus alegrías de corderos, lluvias y vinos. Hablaba lo mínimo, para pasar desapercibida, para quedarse allí, como escondida, en la penumbra, a la sombra primero de su hombre y luego de sus hijos. Pero era a ella, en realidad, a quien se dirigían las miradas, a quien se pedía el mudo asentimiento, y cuya sonrisa se buscaba por encima de cualquier otro agradecimiento en las reuniones del molino.

Porque los hombres la querían. No se supo bien ni cómo ni por qué. Y no solo fue porque un día le dio a este una infusión para aliviarle el estómago después de un atracón de carne de cabra, y a otro le puso un emplasto en una herida fea, o porque, al día siguiente,

alguno de los que llegaban senda abajo ya le estaba pidiendo algo contra el dolor de riñones o contra la calentura. Había algo más en aquella mujer que unos remedios: aquellos hombres lo intuían y, toscamente, lo apreciaban. Se volvían mansos en su presencia, les avergonzaba una brutalidad de la que fuera de su presencia alardeaban, y aunque cohibidos, se sentían bien a su lado, como si ella los protegiera, y como recordaban en sus memorias que un día lejano les había protegido su madre, la única persona que posiblemente les hubiera hecho una caricia en toda su vida.

Ella no supo nunca negarse a ayudarlos. Era, al contrario, feliz descubriendo que sus hierbas o sus raíces podían aliviar a aquellos hombres que habían compartido el trabajo, el grano y el río, primero con su hombre, y ahora con sus hijos.

Bajaban los hombres de Gascueña o de Villares con los costales de grano y los encargos. «Para mi mujer, que tiene un retortijón». «Para el hijo de mi hermano, que se le han montado los tendones del pie». «Para mí, a ver si se me van estas verrugas». Y ella buscaba, probaba y acababa por dar con cualquier cosa. A veces valía el remedio, otras no, pero la esperanza de las gentes en sanar no se perdía.

Claro que además de las hierbas había recetas, fórmulas y consejas. «Te das en las verrugas el jugo de la lechinterna, y luego coges tantos agallones de un chaparro como verrugas tengas. Los escondes una noche de luna llena bajo una piedra en el monte. Cuida de no olvidar el lugar, porque cuando la luna vaya otra vez de crecida, vuelves al sitio, los desentierras y los tiras todo lo lejos que puedas. Entonces se te pueden ir las verrugas».

Claro que había misterio, porque sin él no existe fe en nada. Las raíces había que recubrirlas de leyendas y de ritos, porque las raíces solas, sin que la gente creyera en ellas, no sanaban.

Las gentes son agradecidas, sí, pero temen lo que desconocen. Y quienes más comenzaron a temerla fueron las mujeres de los pueblos ribereños. Al molino únicamente bajaban los hombres, y ellas se quedaban junto a los fogones, cuchicheando con las comadres y las abuelas regañonas presagios y murmuraciones. Eso no quitaba para que hicieran luego el encargo al labrador que aquel día le tocaba acercarse hasta el molino.

—Oye, ya que bajas al molino, le podías pedir a ella que te diera alguna cosa para mi chico, que le han salido unos granos por todo el cuerpo. Dile que yo sabré agradecérselo.

Y el hombre, por la noche, además de la molienda, subía algún tarrillo de ungüento o una receta aprendida de memoria:

—Lo primero, que se lave bien todo el cuerpo, que a lo mejor solo viene por la suciedad; pero por si tiene algo sucia la sangre, que le prepares una cocción a base de ortiga real, y que se la des de beber

todos los días, al levantarse y antes de dormir.

Cuando aún vivía el molinero, hasta el mismísimo corregidor de Hita, máxima autoridad de los contornos, requirió sus servicios. Era este un renombrado bebedor, aunque él no reconocía su vicio. Y no solo era el vino el objeto de sus ansias, sino que el hombre andaba en diarios tientos con aguardientes que acabaron por estragarle el cuerpo. Sin costal de trigo que bajar a moler, pero con los hígados molidos, un día decidió bajarse hasta la ribera del río, a ver si le reparaban los interiores, que ya los exteriores poco arreglo tenían.

Después de mucho cumplido, excusa y razonamiento, por ser hombre de autoridad y solvencia, concluyó también en solicitar remedio para su crónica enfermedad, de la que era pregonero adelantado su propio aliento. Como fuera personaje importante, estimó más procedente el parlamentar con el marido, para que este tramitara a su cónyuge la petición y le trasladara de vuelta la receta.

—Dice el corregidor que tiene unos malos temblores y un mal cuerpo que ni tenerse puede, y me pregunta si sabrás tú de algún remedio que pudiera aliviarle.

—Lo que de verdad le aliviaría sería el no pasarse con el vino, ni principar con el aguardiente, que bien a las claras están los orígenes de su mal. Pero como no vas a decirle al corregidor que es un borracho, lo único que se puede hacer es intentar limpiarle un poco los hígados. Así que, todas las mañanas, en ayunas, se exprima el jugo de dos limones, que como es hombre pudiente sabrá cómo mercarlos, y el de un rábano negro, que crece en cualquier huerto, y se lo tome caliente en un tazón de agua hervida, endulzado con miel virgen, que será de más efecto, y porque aun así ha de saberle a rayos. Por la noche que se haga una infusión de esta mezcla que lleva boldo, alcachofera y cardo mariano a partes iguales. Amarga pero remedia.

Con los recados y la bolsita del preparado regresó el molinero junto al corregidor, que andaba por el portal despidiéndose, como si ya no tuviera nada que allí le entretuviera, y como si no fuera con él mandado alguno. Su actitud displicente no dejó de molestar al hombre del molino, que aunque tosco no era tonto y, tras haber transmitido con exactitud lo recetado y en voz baja, pues estaba curtido en tales asuntos, no pudo evitar hacer en voz algo más alta la apostilla que su mujer había querido evitar.

—Pero también me ha dicho que no sería malo, sino el mejor remedio de todos para vuestra merced, que moderara usía su afición por los vinos sin aguar.

Pareció que el molinero lo decía con voz muy quieta, pero algo subió en su tono que no hubo labrador de los que transitaban por el zaguán que no oyera la recomendación, ni que todos pudieran reprimir la risa. O eso, al menos, le pareció al corregidor de Hita, que

montó presuroso en su mula y, con la cara del mismo color que su nariz, cruzó aprisa el vado, creyendo sentir las carcajadas clavadas en sus costillas, aunque quizá solo fuera el ruido de los cascos de su caballería chapoteando en el agua.

Con todo consiguió un barril de limones, y se hizo preparar su pócima nocturna del amargo preparado. Cuando se le acabó, envió a pedir más, aun cuando a veces le subía el granate al rostro recordando las risas. Por ello, tal vez, a los tres viajes pidió que le trajeran completa la receta para no tener que causar más molestias. Se la subieron medio escrita en un papel y medio aprendida, y se la recitaron ante su mesa: «Se hace la mezcla, a partes iguales de las tres plantas: el boldo, la alcachofera y el cardo mariano. Se pican y se dejan secar. Se hierve agua y cuando principia a cocer, se retira del fuego y se le vierte dentro una cucharada sopera de la mezcla. Se deja reposar lo que se tarda en rezar dos credos y se filtra. Se bebe tibia».

El corregidor mandó dar las gracias con una olla mediana de chorizos, y como era hombre práctico, pensó que era mejor mandar a por una bolsa cada mes con un regalo que andar escardando plantas, que de errar en la elección tal vez lo envenenaran, y se guardó, eso sí, la receta en un arcón. Él en persona no regresó jamás por el molino, avergonzado por el desdoro que se había hecho a su persona, pero no faltó a su puerta, puntual cada mes, un recadero, y sus sentimientos con respecto a la mujer del molino tuvieron las mismas palpitaciones que su hígado. El corregidor estaba agradecido por los remedios, sobre todo por el de la mañana, al que acabó por aficionarse, pero el sabor a mismísimo rejalgar que al paladar le llevaban el rábano y el boldo le traían el mal regusto de su visita al molino.

A sus hígados les pasaba tres cuartas partes de lo mismo. Agradecían las limpiezas, pero el vino y el aguardiente seguían llamando todos los días a su puerta, o incluso entrando sin llamar. Pero, con todo, no les dio tiempo a los hígados del alguacil a que se vengaran definitivamente de su salud, porque ya cuando lo tenían bien a tiro se les adelantó un licor de cerezas. Una tarde, al volver de Valverde de los Arroyos, un pueblo serrano donde lo fabricaban con esmero, donde se lo ofrecieron con generosidad, y donde lo aceptó con gran contento, llevado por la euforia, cogió con su mula un enriscado atajo para llegar a hacer noche en Las Minas, y donde la hizo, con el cuello roto, fue en el desfiladero del Congosto.

Las gentes sabían de los recados del corregidor, y si persona tan principal permitía y usaba tales remedios, más aún podían hacer uso los habitantes de las aldeas. Los escrúpulos de fogón sobraban cuando llegaba la enfermedad y se cebaba en los seres queridos. Entonces todo eran prisas. Sobre todo cuando los niños cogían una tos que no se les iba y que les hacía sonar los pechos como fuelles viejos de una fragua.

Si el emplasto a base de arcilla resultaba y la tos desaparecía, sobraban parabienes durante unos días para la sanadora, pero no tardaba la salud recuperada en llevar rápidamente la enfermedad al olvido. Si, por contra, el mal no tenía remedio, no faltaba la ira contra quien no había podido curarlo. Pero había más aprecio que maledicencia, más respeto que temor, y en los labradores asiduos del molino no faltaba una admiración tan cariñosa, tan cercana al amor, que les hacía demorarse allí aunque estuvieran más que listos para cargar los costales.

—Aquí se le pasa a uno el tiempo volando —se comentaban al subir a sus pueblos por los caminos de herradura.

—La verdad es que da gusto bajar y se le hace luego a uno costoso el arrancarse de allí.

—Tiene suerte el molinero con ella.

—Mucha suerte, sí. Él es como nosotros, pero ella es otra cosa. Es diferente.

Ella era simplemente ella. Sabían a quién se referían, y quizá muchos de ellos ni supieran su nombre. No les hacía falta para reconocerla, y en su interior, sin decírselo a nadie, hasta quererla. Todo lo más se le hacía al compañero de reata una confidencia.

—Es como si no envejeciera. Sigue teniendo cara de niña.

Nada más. Ninguna otra sensación. Nada carnal. Solo un sueño, un extraño sueño que algunos soñaban evocando aquel cabello rubio y no podían por menos que comparar con el de sus renegridas mujeres.

Pero ninguno de aquellos hombres sintió la tentación de dar un paso hacia el deseo. Eran tentaciones diferentes las que les hacían retrasarse cuando bajaban a moler, y que encolerizaban a sus mujeres, quienes intuían la admiración de sus hombres hacia la otra, reflejada en incómodas miradas de comparación en los regresos.

Y aquello era algo que no se perdonaba junto a los fogones.

Pero no pasó otra cosa en largos años. Nunca una mala palabra cuando vivió su hombre. Al revés. Los labradores siempre venían con algo. Unos huevos, vino, cerezas o una frasca de aceite. No es que lo pidiera, no. Ellos lo traían como agradecimiento, y ella se resistía a cogerlo, pero los otros se empeñaban. Era como si de esta manera devolvieran el favor, y así no estuvieran obligados para siempre. Nadie tuvo nunca malas palabras para ella, hasta que llegó aquel fraile predicador, cuando le faltaba ya su hombre.

El clérigo venía de Hita, de bautizar a judíos y moriscos. Venía lleno de alcahueterías, historias de brujas, de viejas trotaconventos y de ritos profanos. En los pueblos del Bornova, a falta de impurezas en la sangre de los cristianos viejos, cogió el runrún de las artes de la molinera y la tomó con la brujería, las leyendas de los hechiceros moros, de sus saberes transmitidos por el diablo y que, nadie sabía

cómo, habían pasado a la mujer que vivía allá, abajo, a la orilla del agua.

Las gentes, a pesar del respeto al predicador, un respeto que todos sabían que era peligroso negarle, no hicieron excesivo caso al principio. Él fue subiendo el tono y las acusaciones, pero la vida siguió igual, con el frío del invierno dándole paso a la primavera. Los hombres, desde luego, hicieron oídos sordos. Las mujeres, que rara vez bajaban al molino, y eran más dadas a la iglesia, prestaron más atención y murmuraron a la salida del rosario, o por las noches se asustaron unas a otras en torno a algún fogón. Alguna abuela cuchicheó rencillas antiguas, dando a entender cosas que las mujeres dan a entender de otra mujer que vive aislada y sola.

Desde luego, ni en Villares, ni en Robledo, ni en Hiendelaencina sucedió nada. Lo que pasó, pasó en Gascueña, y si pasó fue porque se murieron tres vacas, que aparecieron con la tripa a punto de reventar, y reventadas ellas mismas por dentro. Lo que pasó, pasó en Gascueña, donde murieron dos niños gemelos a poco de nacer y se les puso la piel amarilla como si los hubieran pintado con purpurina. Lo que pasó, pasó en Gascueña, donde aquel año un extraño viento que no había tocado apenas otros términos hizo helarse las cosechas. Lo que pasó, pasó en Gascueña, donde aquel año la leva de los mozos había dejado faltas de brazos muchas casas. Además, si pasó, fue porque era Semana Santa, y fue en el curato de Gascueña donde se instaló el predicador de Hita.

Los mozos de la molinera, que tenían edad de subir al pueblo, se dieron cuenta y quisieron prevenirla.

—Madre, déjese usted de hierbas, que dicen por Gascueña que es bruja, y el predicador que viene de Hita está revolviendo mucho.

—Hijo, si yo solo les doy, como he hecho siempre, algún remedio que me piden.

—Más vale que se deje de remedios, no sea que vayamos a tener algún disgusto.

—Pero ¿qué voy a hacer si me lo piden?

—Pues les dice que no tiene y ya está.

Los mozos sabían que la murmuración crecía y empezaban a tener miedo. Le prohibieron seguir con las recetas, y ella pareció aceptar. Pero no. Ahora lo hacía a escondidas. Notaba, eso sí, que las gentes de Gascueña bajaban cada vez menos por el molino.

Sus hijos, en las subidas hasta el pueblo, notaron la telaraña de malas miradas que se tejía a su alrededor. Primero fueron los más cercanos en edad, con los que solían hacer cuadrilla, que rehuyeron su compañía; luego una moza, con la que el mayor de los hermanos hablaba, le avisó de que su padre le había prohibido que siguieran hablando, y que ni soñara con entrar en casa. Un anochecer, al

encaminarse ambos para coger la senda de bajada al molino, la chiquillería, encorajinada por el número, los despidió a gritos desde las esquinas de las corralizas:

—¡Hijos de bruja! ¡Hijos de bruja!

Uno más valentón hasta cogió una piedra y la lanzó hacia ellos.

Los dos mozos se volvieron y los críos huyeron un trecho, solo para reemprender el griterío cuando los hermanos, comprendiendo lo inútil de la persecución, reiniciaron el camino.

No quisieron preocupar a su madre, relatándole lo sucedido, pero sí le hicieron una seria advertencia:

—Madre, haga el favor de no andarse más con redomas. Que el predicador es del Santo Oficio, y no sabe lo revueltos que están por el pueblo. Él dice que es usted una hechicera, y ya lo repiten todos en Gascueña.

—Haré lo que queráis, pero no puede negarse alivio a quien lo necesita. Por los de Gascueña no van a quedar sin remedio quienes sufran. Eso no lo haré. Durante toda mi vida y la de vuestro padre muchas de esas gentes han sido nuestros amigos y no pasará nada.

—Pero, madre, que dicen que ha echado usted mal de ojo a todo su pueblo.

—¡Mal de ojo! El negro de las sotanas es lo que tienen metido en el ojo. Solo tienen miedo. Nada más que miedo, y ahora lo que más miedo les da es el predicador. Pero no preocupaos. Él se irá, y cuando a alguno le coja una tos que no se le arranque del pecho, vendrán de nuevo a moler aquí, y a pedir una infusión que se la alivie.

—Es que les van muy mal las cosas. Se les muere el ganado, se les han perdido las cosechas, un mozo ha regresado ya lisiado de la guerra y cuenta que otros no regresarán. Dos recién nacidos han muerto también.

—De las cosechas responderá el cielo, del lisiado, el rey que lo mandó a la guerra, y de las criaturas, Dios; pero en cuanto a las vacas, quizá les iría bien limpiar los abrevaderos, que los tienen como pocilgas.

—Puede que tenga usted razón, madre, pero algo deberíamos hacer nosotros.

—Nada hay que hacer, hijos. Nada que pueda cambiar lo que va a pasar. Lo que tenga que suceder, sucederá, y sería lo mismo que si quisiéramos detener el agua del Bornova. El agua, por muchos diques y azudes que le pongamos, tiene su destino, y allí tiene que llegar. Todas las cosas, desde una libélula a un hombre, lo tienen. Los hombres, a veces, les ponemos presas o les buscamos senderos nuevos a nuestras vidas, pero el destino es el mismo para todos los seres.

—No se ponga usted así, madre. Si las cosas empeoran, aún estamos nosotros aquí para defenderla.

—El miedo, no os avergüence luego, hijos, está en todos los corazones.

Los mozos iban a recordar muy pronto esa frase: sin ir más lejos, al día siguiente, cuando ya no fue el griterío de los chiquillos quien los cercó, sino un numeroso grupo de hombres del pueblo que los rodeó en la plaza.

—Vuestro padre era de aquí, pero vosotros también lleváis la sangre de ella. Con vosotros cuentas pendientes no tenemos, pero tampoco queremos tratos. No sois bien recibidos. Se os ha dicho de todas las formas posibles, pero os hacéis los sordos y seguís subiendo.

—Como hemos hecho siempre, y a nadie le había parecido mal.

—Mal es el que hace vuestra madre. Y además, no tenemos por qué daros explicaciones. Si antes se consentía, ahora ya no se consiente, y sanseacabó. Se os dio confianza, y la habéis pagado con veneno.

Subió el sonido de las voces, se espesó el corro, se avanzaron los cuerpos. De atrás salió una voz:

—Y tú no vuelvas a rondar la esquina de mi casa. Nadie quiere verte por allí. ¿Te enteras? Nadie.

—Ni nadie os servirá un vaso de vino, ni os dará yesca para un caldo. Lo mejor que podéis hacer es desaparecer, abandonar el molino, y trasponer donde no os conozca nadie. Pero antes, pegadle fuego a las calderas de la bruja, o si no, se lo pegaremos nosotros.

El mayor de los hermanos se revolvió entonces. Reculando, pero se revolvió.

—El que levante una mano contra nuestra casa nos encontrará a nosotros. El Miércoles de Ceniza hay confesión, y mi hermano y yo subiremos a cumplir con la Iglesia. Eso no se lo podéis impedir a un cristiano.

La apelación a la Iglesia acalló muchas voces, y permitió que ambos pudieran romper el corro y retirarse. Pero cuando ya se perdían, un grito los alcanzó:

—¡Eh! Pero ella no subirá. ¿A que ella no subirá? Será mejor que ella no suba. Aunque, a lo mejor, seremos nosotros los que bajemos; a lo mejor, seremos nosotros los que bajemos a sacar de su cubil a la loba.

3

Miércoles de Ceniza. Los hombres han dejado las labores antes del almuerzo. Se han ido juntando, más silenciosos, renegreando sus penas, más oscurecidos los ojos. Han hecho corros ante la iglesia, por la plazuela y, uno a uno, han ido entrando a confesarse. Luego ha llamado el campanillo de la ermita a los oficios. Esa mañana han muerto cinco vacas más y se ha recibido la noticia de que otro mozo ha caído sirviendo al rey.

Han salido, aún más callados y más negros, envueltos, cercados por corros de mujeres.

El predicador ha abierto los abismos del miedo bajo sus pies. Han brotado los terrores del infierno, las llamaradas y los azufres de las mismas paredes encaladas de la iglesia y, por la puerta del templo, el viento parecía traer los ayes de los condenados.

«Tiene trato con las bestias inmundas, comercio con los seres satánicos. El espíritu de un lobo cojo es su guardián. Y vosotros, todos vosotros, habéis pecado con ella. Mortal y colectivamente, habéis pecado. Y nadie puede absolveros si no la arrancáis de vuestra alma y vuestra cercanía. Sois culpables. Habéis caído en sus redes, vuelto la espalda a la fe y el temor de Dios, y como filisteos os habéis entregado a la superstición y al becerro. Vosotros sois como los adoradores del becerro del oro. Todos estáis en pecado».

Algunos llevan todavía restos de ceniza en sus cabezas. Nadie se mueve de la plazuela. Todos saben que hay que hacerlo, pero nadie se atreve a alzar su voz el primero, a dar el grito, a echar mano a la hoz o a la horca de hierro. Pero todos saben que hay que hacerlo.

Los hombres callan. El susurro líquido y salivoso de las mujeres va subiendo hasta moscardonear el aire. Va alzándose cada vez más. Al final, un hombre cualquiera que no puede aguantar más alza una voz ronca:

—Bueno, vamos.

No hay gritos. Hay largas zancadas hasta los zaguanes de las casas. Vuelven rápidos. En la nueva reunión en la plaza, al contraluz de la atardecida, se perfilan guadañas y brilla alguna antorcha.

—A los mozos, no tocadlos.

—Si no la defienden, no. Pero ¿y si hacen cara por su madre?

—Habrá que sujetarlos. Y de ella lo único que a nosotros nos concierne es prenderla y meterle fuego a sus pócimas. Hay que traérsela al fraile y que él disponga.

—Seguro que los chicos han avisado ya a la bruja. Seguro que no la cogemos.

Los dos mozos han estado en la iglesia. Han aguantado con la cabeza gacha el sermón del fraile y las miradas, todas las miradas. Han salido pegados uno a otro, y se han escabullido por las esquinas, campo afuera. Los dos han sabido, han presentido en la piel la amenaza. Entre unas corralizas, la salida del camino que baja al río, se han achantado, mudos, esperando.

Cae la noche cuando en el descampado comienzan a parpadear las teas.

—¡Ya vienen!

Se han escurrido entre las cercas de pizarra, buscando el monte. Mirando atrás, el brillo de las luces, sin querer mirar hacia abajo, hacia el Bornova, mirando solo al monte, a la espesura, para dejar lejos aquellos resplandores.

—¡Vámonos! ¡Vámonos de aquí!

—¡Y madre! Hay que avisarla.

—¿Quién anda ahí? —se oye gritar una voz, a la que sigue un coro casi de aullidos—. ¡Son los mozos! ¡Son ellos! Aún está aquí arriba. ¡Que no escapen! ¡Cortad el camino al río! ¡Que no avisen!

Oyen el tropel que se viene sobre ellos. Las teas alumbran buscándolos.

—¡Hay que avisar a madre!

—Pero ¿no oyes? —dice el mayor—. Van a cortar el camino. Madre ya habrá visto las luminarias. Ella sabe de sobra a lo que bajan.

—Pero ¿y si nos espera? —intenta resistirse el menor, que se acuerda de las palabras de su madre y le avergüenza el miedo.

Pero el mayor, el que solo anteayer plantaba cara, que hablaba con la hija de un labrador y que bebía con los mozos del pueblo, le arrastra con él hacia la espesura de matas.

—¡Calla! ¡Cállate, y vámonos de aquí, y lejos! Cuanto antes, mejor.

Y se han zambullido los dos entre las matas, buscando noche, alturas, oscuridad.

—Pero ¿hacia dónde vamos?

—Ya saldremos por alguna parte.

La procesión baja, parpadeando, buscando el cauce del agua, serpenteando por la ladera.

Ella hace rato que la ha visto. Ella no ha subido a la iglesia esta Semana Santa. Los chicos no la han dejado. Y ahora, los chicos, que tenían que estar ya en casa, no vuelven, y sí está bajando, hacia el molino, esa marcha amenazadora de brillos.

Ella espera. Espera a los hijos, aunque sabe que no vendrán. Pero la comitiva está a menos de media legua, apenas más allá del vado del río. Entonces sabe que los hijos no volverán junto a ella, que no van a

bajar al molino. Al molino bajan otros hombres y no quiere pensar, para no hacerse más daño, en sus dos hijos, los que le quedan de los cinco y su hombre, el que ya no está allí, entre los costales, a su lado.

Coge cuatro cosas, las envuelve en un hatillo y, cuando las primeras antorchas están cruzando el río, sale por atrás, por el huerto, entre las colmenas, buscando el senderillo que va bordeando la corriente, aguas arriba.

Y llegan.

—Aquí no hay nadie.

—Buscad bien. Mirad abajo, entre los sacos, y otros arriba, en las habitaciones, en los atrojes. Otros al huerto de atrás y al corral de las gallinas. En un molino hay muchos sitios donde esconderse. Mirad, el fuego está encendido, y el puchero arrimado a la lumbre. Lejos no puede estar.

Los hombres buscan, rincón a rincón, entre los trastos del molino, los sacos, la rueda, arriba en los desvanes, en el huerto y entre las gallinas. Nada.

—Nos ha visto venir.

—Se ha escapado. Ya dije que la habían avisado los mozos. Ya dije que había que cortarles el camino.

—Esos no han bajado. Han corrido como galgos.

—Pues a quemar el molino.

—¿Para qué? Aquí molemos todos. Hasta hay centeno mío. ¿Por qué vamos a quemar algo nuestro, a ver, por qué?

—Los frascos y las redomas. Eso sí. Todo al fuego. Prended lumbre ahí fuera, en la puerta. Venga con todo.

—Pero ¿y qué hacemos para dar con ella, con la bruja?

—Lejos no debe de estar. Es vieja, y mucho no puede andar. Lo más seguro es que hasta vuelva. Y si no, mañana con la luz será más fácil el buscarla. ¿Dónde va a ir? De día la alcanzamos en un momento. Si ya no le pueden dar las piernas.

—Pero es una bruja, y quién sabe lo que puede hacer. Hasta puede irse por los aires.

—Pues ahora, de noche, menos la vas a encontrar. Aunque no fuera bruja, ahora, con esta oscuridad, se mete detrás de una sabina, y a tres pasos no hay quien la vea.

Uno asoma por la puerta.

—Venga, traed los venenos y todo lo que sea, que ya ha prendido la lumbre.

Los hijos han huido a monte traviesa. No saben hacia dónde. Quizá hacia Villares. El pequeño va volviendo la cara. Ve brotar la llamarada allá en el Bornova y siente otra vez la vergüenza de su miedo. Y esta vez no se deja arrastrar. No llama a su hermano. Simplemente le deja que se aleje, mientras él se escurre buscando el camino de vuelta. Su

hermano tarda en percatarse de que ya no está a su lado, hasta que la distancia es excesiva para la voz. El mayor no da la vuelta. Sigue tropezando monte adelante. El pequeño conoce bien las sendas, y a veces la luna se asoma entre las nubes. Quiere volver y se siente reconfortado a cada paso. No dejará sola a su madre entre esos hombres, aunque no pueda hacer nada por ella. No la dejará sola. Le angustia pensar que tal vez le hayan dado muerte, pero le ha oído decir al predicador que debían prenderla viva. Sin embargo, las llamas de su casa le llenan de pánico.

Ella también ha visto llamas. Huye por una minúscula vereda, río arriba. El camino es difícil ya por el día, y diríase que intransitable en la oscuridad, pero pareciera que hasta las afiladas lajas de la pizarra y los acerados pinchos de las aliagas quisieran respetar su carne. Ella conoce bien su río, los senderillos, los vados, los pasillos entre las rocas, pero casi es la propia tierra quien le va abriendo camino a sus pasos. Cuando ha de cruzar el cauce para recuperar el camino al otro lado, el agua parece acariciar sus pies y su rumor resuena como una canción de bienvenida.

Llega a una gran nariz de roca con que la montaña se adentra en la corriente. En ese momento las nubes dejan brevemente asomarse una débil luna, en cuarto menguante. Apenas un rayo de claridad, pero lo justo para sacar un brillo en la gran poza que el río ha ido ahondando durante siglos bajo el farallón. Ella mira, mientras descansa un instante, los brillos plateados del agua y siente en ellos una irresistible llamada. Piensa en toda su vida junto al río. Ahora ya no tiene nada. Ni su hombre, ni sus hijos, y aquellos que antes la necesitaban ahora la persiguen con fuego.

No tiene lugar alguno donde refugiarse. Solo le queda el propio río, la joven alma del río con la que ella siempre se ha sentido tan unida. Un alma eterna, pero fresca, de mujer, que algunos amaneceres ha creído presentir a su lado, tan a su alcance que casi habría podido palparla. Una mano de mujer que ha guiado su mano cuando dudaba entre una raíz y otra, entre una semilla y una baya casi idéntica. Ella se ha sentido siempre unida, cómplice de ese espíritu de mujer, que ha querido compartir con ella sus secretos para trasladarlos a los hombres. Y ahora los hombres la persiguen con el fuego, allí en la propia orilla de su propio río.

Piensa que sería amable el abrazo del agua del cilanco, que sería como reencontrar un lugar seguro donde la llama no podría alcanzarla. Lo medita y está a punto de tomar esa decisión, cuando un aire leve se levanta de la misma superficie del río y le susurra que debe proseguir su marcha, que no es ese el lugar, y que tiene que continuar aguas arriba. Pero no le hará falta ningún equipaje. Por eso, antes de comenzar a caminar de nuevo, arroja el pequeño hato al otra

vez oscurecido remolino.

La luna se ha vuelto a poner negros velos de nubes, pero ella ya sabe dónde ir, donde no la alcanzarán nunca sus perseguidores, ni habrá de temer nunca la mordedura del fuego. Una mano coge su mano y su paso se hace ligero hacia donde le parece oír el borbotón del agua naciente.

4

Empieza a clarear. Están hambrientos, adormilados. Han cabezeado en medio de cuentos y miedos. El sueño viene ahora fuerte, con la primera luz.

—¡Venga, venga! ¡Levantaos, que hay que dar con ella!

Lo dice una voz y casi todos se restriegan ideas y ojos. Ha pasado la noche, y no hay ruido de mujeres, ni ecos de predicadores. Están aquí, junto al río, cansados, sin casi haber dormido. ¿Y para qué? ¿Qué hacen acechando a la vieja molinera? Ya no son un grupo, una turba de gentes innominadas, ahora son visibles, individuo a individuo, y ahora se reconocen uno a uno, y eso no les gusta.

—¿Y si nos volvemos?

—Pues, hombre…

—No, sí… Pero ¿qué les decimos a las mujeres?

—¿Y al cura?

—Podía haber bajado él mismo, en vez de quedarse aguardando a que la subiéramos.

—Una vuelta habrá que dar por si la encontramos. Yo digo que muy lejos no ha de estar.

—¡Venga, venga, vamos! —dice la voz que los despertó—. Unos, orilla arriba, hacia Albendiego; y los otros hacia abajo. Por lo menos habrá que justificarse.

Se ponen en marcha. El grupo que busca remontando la corriente no tiene que andar demasiado, apenas media legua.

—Mirad lo que hay aquí —exclama uno, señalando.

Es el hatillo. Está al borde mismo de una nariz de la montaña de pizarra, colgada sobre una gran poza del río donde el camino que bordea se estrecha, hasta apenas dejar pasar a una persona. La poza tiene reflejos profundos y oscuros en su centro, junto a la roca, y duros remolinos de salida.

—Aquí ha caído. Esa mujer se ahogó anoche al escaparse.

Miran hacia lo hondo. Pero allí solo hay sombras en el agua, serpenteos de ova, giros de la corriente hacia las profundidades.

—Habría que bajar.

—Pues baja tú. Menuda hondura tiene. No hay quien pueda ver el fondo, y si te metes, hace sifón el remolino, te sorbe hacia abajo y adiós. De ahí no hay quien salga. Si se ahogó, ya soltará el río el cuerpo.

—¿Y si es bruja de verdad?

—Pues si es bruja de verdad, Dios sabe, o el diablo sabrá, lo que ha pasado y dónde ha ido a parar. Yo, por lo menos, me vuelvo al pueblo, y que diga el fraile lo que quiera. Ya hemos hecho bastante.

—A lo mejor, más de lo que había que hacer.

El menor de los hijos ha pasado la noche entera en vela y al acecho. Llegó junto al molino cuando la hoguera donde se quemaban los muebles de su casa, las ropas de su cama y los enseres de su cocina eran tan solo un rescoldo. Buscó a su madre, pero no la vio. Pensó que quizá la tuvieran atada en el interior del molino, y se acercó sigilosamente, para intentar entrar por la puerta trasera, pero entonces escuchó la conversación de los hombres y comprendió que su madre había huido. Aquello le llenó de esperanza, y emprendió él también la búsqueda. Primero lo hizo río abajo, y tuvo que evitar a un grupo de perseguidores que regresaban de su acecho frustrado. Sintió alivio en su corazón, pero tampoco él obtuvo ningún resultado después. Regresó junto a su hogar, y ante él se habían congregado todos sus enemigos. Habían reavivado la hoguera quemando camas, sillas y hasta el viejo arcón que presidía la cocina. Estaban sentados en círculo, apretados unos contra otros, y el sonido de sus voces era ahora mucho más quedo, soterrado, casi plomizo.

Sin que lo vieran, los dejó en sus conciliábulos y prosiguió su empeño, río arriba. Avanzó con no excesivas dificultades, a pesar de la oscuridad, hasta el gran pozo en el Bornova, pero cada vez le resultaba más difícil proseguir. Pareciera como si matorrales, rocas y árboles se juramentaran para impedirle avanzar. Magullado, lleno de rozaduras, cortes y arañazos y con la ropa deshecha, volvía de nuevo al molino con las primeras luces, cuando se tropezó con una nueva patrulla de rastreadores que, de nuevo, aprovechando la claridad, intentaba dar caza a su madre. Decidió entonces seguirlos, y así asistió, oculto tras las jaras de la ladera, al descubrimiento del hatillo que uno de ellos encontró en la orilla del río. Lo reconoció al instante como perteneciente a ella, y brotó a campo abierto, ya sin miedo alguno, lleno de odio hacia ellos y de tristeza al comprender el fin de su madre.

—¡Asesinos! Vosotros la habéis matado.

Nadie, a pesar del número, levantó entonces una sola mano amenazante, ni siquiera hicieron ademán de defenderse cuando el joven se abalanzó sobre el pequeño lío empapado y se lo arrebató violentamente a quien lo había recogido.

—La habéis matado. Y ella solo os había hecho bien a vosotros y a vuestros hijos. ¿Qué mal os hemos traído? Habéis asaltado nuestra casa y quemado nuestras pobres cosas. ¡Miserables! ¡Solo sois unos miserables sin entrañas!

Nadie se atrevía a responderle. Retrocedieron senda abajo. Todos

querían ocultarse tras la espalda del vecino, y no ser la última en ofrecerse al que los insultaba. Del grupo salió, al fin, una voz:

—No la encontramos. Ha desaparecido. Solo hemos dado con esto que flotaba en medio del remolino. Nosotros no íbamos a hacerle nada: solo llevársela al predicador. No queríamos matarla.

Se iban retirando, temerosos y encogidos. Todos deseaban estar lejos de allí. Apresuraron el paso, se juntaron con los que aguardaban en el molino. Bastaron unas palabras apenas murmuradas, y todos vadearon la corriente y emprendieron la subida por la cuesta, hacia Gascueña.

—¡Malditos, malditos seáis! —les persiguió la voz del hijo desde la puerta del molino, ante la que aún humeaban algunos tizones carbonizados en las hogueras.

El hijo esperó junto al molino varios días, recorriendo sin cesar las orillas, pero no encontró señal del paso de su madre, ni el Bornova devolvió cuerpo alguno. Registró los vados, las mimbreras donde se estancaban los despojos que arrojaba la corriente, las solapas y las secas del río, pero no obtuvo ningún fruto.

Tampoco regresó su hermano mayor. El Sábado Santo, a mediodía, el pequeño abandonó su búsqueda y emprendió un camino que le llevara lo más lejos posible de aquellos lugares.

Y la noche del Sábado Santo, se nubló la sierra. Se puso oscuro como solo se pone oscuro en las montañas. El agua cayó en tromba sobre el desfiladero. El río se levantó de su cauce. Pero se levantó aún más de lo que la propia agua le hacía levantarse naturalmente. Se arremolinó con voluntad propia, feroz, espeso, gris, como nunca lo habían visto los ribereños.

Se fue hinchando desde el nacimiento y, cuando llegó al molino, se descargó contra la obra de los hombres. Destrozó las compuertas, rompió los diques, anegó las acequias. Entró embravecido, desguazando los sacos de grano contra las paredes, haciendo girar aperos y utensilios en una enloquecida danza, asaltando cada rincón hasta que con toda su fuerza desencajó la gran piedra de moler. Jugó con las harinas, que bailaron frenéticas, hasta flotar blancas, salpicadas de islas de cacharros y muebles. Luego se fueron hundiendo haciendo grandes grumos. El barro y las piedras de la avenida lo anegaron, por fin, todo. El amanecer descubrió el molino como un viejo barco, caído de costado, desarbolado, náufrago entre el légamo y medio sepultado entre brozas, ramas y troncos de árboles desgajados.

Por fin, el río se fue calmando, se apaciguó su furia de joven herido, y en toda su largura volvió a fluir redondo y sonoro hasta la llanura. Pero hubo un tramo donde conservó para siempre su ira. En el antiguo vado, vecino al molino por donde cruzaba el camino de Gascueña, hizo un profundo escalón, engañoso y traidor, donde se

revuelve sobre sí mismo y acecha a bestias y hombres, enredándoseles furioso entre sus piernas hasta hacerlos caer y engullirlos con ansia de fiera salvaje.

Quinta parte

El lobo de tres patas

1

—No hay fiera más salvaje, hijo, que el lobo. Y hemos entrado en su tierra. Ya estamos a punto de llegar a Atienza. ¿Ves aquel castillo? ¿Lo ves encima de aquel roquedal de enfrente? Pues debajo está Atienza. Fue villa importante desde siempre. De moros o de cristianos, pero grande. Ahora, sin embargo, está medio deshecha. La incendió el general francés de Soria —un tal Hugo, le llamaban, que siempre viajaba con su hijo pequeño—, ahora hará cuarenta años, cuando la guerra de Napoleón. Tú no habías nacido entonces. Ni conociste al Empecinado, el guerrillero. Yo sí. Dos veces llegué a verlo. Corría estos campos, asaltando los destacamentos franceses, y, cuando eran muchas las tropas que lo perseguían, se refugiaba aquí, en Atienza. Por eso la mandó incendiar el francés, e hizo que su hijo Víctor contemplara el fuego. Por eso y porque, según dicen, aquí tuvimos preso los españoles a un rey suyo que se llamaba Francisco. Voló con pólvora las barbacanas, los muros y el castillo, prendió fuego a la villa por los cuatro costados y se cebó con las iglesias. Ya nunca fue la misma Atienza. En pie solo quedaron los tristes muros de piedra y aquel torreón del castillo.

»Los de Atienza se vinieron abajo, aunque sigan siendo la gente más orgullosa de estos contornos. Casa que queda en pie, casa que tiene escudo. Eso que no falte. Y hay que verlos en su fiesta, montados a caballo y con sus capas negras bordadas. La Caballada, la llaman. La celebran en recuerdo de un rey que salvaron de niño. Lo habían cercado los leoneses, y como las fuerzas de los defensores iban aflojando, los del pueblo urdieron una treta para salvarlo. Estas gentes de Atienza siempre tuvieron fama de buenos tratantes, y de mejores reateros. Comerciaban por toda Castilla y siempre andaban transportando mercancías de un sitio a otro. Así que hicieron como que una gran reata salía de la villa y al niño rey lo disfrazaron de arriero. El leonés los dejó partir. Al fin y al cabo, tendría menos hombres que se le opusieran dentro de las murallas. Pero luego entró en sospechas y mandó hombres de armas tras ellos. Los arrieros los vieron llegar, y entonces dijeron a un grupo, mayormente compuesto de mujeres, que montaran acampada y los esperaran. Eso hicieron cerca de una ermita que llaman de la Estrella. Alcanzaron a esa retaguardia los soldados, y lo que se lio fue una gran zambra. Vino y baile, baile y vino y, mientras, el grueso de la reata ganó leguas, cogió distancia, y en siete días llegaron al cobijo de las murallas de Ávila.

»Con el paso de los años, aquel rey niño se hizo muy poderoso, y favoreció mucho a los de Atienza. Les dio privilegios para que sus reatas no tuvieran que pagar peajes ni pontazgos en sus correrías y acarreos de mercancías. Eso los hizo ricos, aunque no creas que le gustó nada a otros, sobre todo a los de Cifuentes, que por esa causa de pagar o no pagar anduvieron, y aún andan, en pleitos con ellos. Pero los de Atienza le guardan mucha ley a aquel rey que hasta les dio bandera y pendón propios, y celebran el acontecimiento todos los años. Yo estuve una vez, y es digno de verse. Bajan los cofrades a la ermita, y allí se comen siete tortillas, una por cada jornada del camino a Ávila; luego regresan hacia el castillo y hacen carreras a caballo en las campas que hay delante. Por fin, que es lo que a mí más me gustó, suben en fila hasta la iglesia mayor, y el manda de la cofradía hace trepar su montura por las escalinatas hasta la puerta, da en ella tres golpes con el puño y el abad ha de salir y ofrecerle un trago de limonada fresca: me gustó a mí eso, ya ves.

»Y es que los de Atienza son gente orgullosa, y mucho, de su historia. Pero pocos se quieren acordar de los franceses que les arruinaron el pueblo, ni del pobre Empecinado.

»Ya te digo que yo lo conocí de zagal, como tú. Dos veces lo vi. Una en el campo, con su guerrilla, y la otra camino de la muerte, que mala muerte tuvo, y no a manos de los franceses, no. Esos se marcharon y volvió el rey español. Mucho había hecho Juan Martín para que volviera, y mal pago le dio. Lo mandó prender y lo enjauló como a una bestia. Él, antes de que lo llevaran al patíbulo para ahorcarlo, prefirió morir tirándose contra las bayonetas. Eso dicen que hizo, antes de dejarse ahorcar. Fiero era el hombre, de tierras de Valladolid, aunque con familia en Soria, que bien cerca está de aquí, a un tiro de piedra, como quien dice, apenas unas leguas. Pero no, nosotros no vamos para Soria, nosotros tiramos a la izquierda, hacia aquella sierra del fondo. Allí está Ayllón y el camino hacia Riaza. Allí empezará lo duro, porque en la sierra está la tierra del lobo. Hoy descansaremos, después de pasar Atienza, junto al río Bornova. Allí haremos noche, y más allá ya estaremos en el terreno del lobo. De ahí para adelante, habrá que vigilar sin tregua. El lobo espera allí nuestro ganado.

—El Bornova… ¿No es ese el río donde han encontrado plata?

—Él es. La plata está por un pueblo que llaman Hiendelaencina. A lo mejor, a la vuelta, si lo hacemos por la cañada de Bastares en vez de por esta, pasamos por allí. Pero mira, Atienza ya se ve. Y fíjate en el castillo. Menuda fortaleza fue. Los moros lo levantaron y en él se defendieron durante siglos.

2

—El lobo… Muchos animales hay en el monte, muchos, pero el lobo es uno. Ya lo verás, hijo. Se te erizarán los pelos del cogote al sentirlo. Es más pequeño que uno de esos mastines, pero solo tienes que sentir sus ojos esquinados, fijos en ti, para darte cuenta de lo que es. Guárdate, pero no le tiembles. Si le tiemblas, por la sudorina fría del cuerpo, te notará el miedo y estarás perdido. No hay peor bestia, ni más fiera ni más salvaje, ni con mayor peligro, porque el lobo es fuerte, valiente, listo como el mismo diablo. No sabes nunca cuándo atacará ni de qué forma. Un día lo hará en manada, otro solo, y uno más tarde en pareja. Un día estará al acecho para llevarse un cordero, y otra noche asaltará en grupo el redil para hacer una masacre.

Parpadea la fogata en la puerta de la cabaña de piedras. El ganado se remueve cerca con toses y balidos. Más lejos está el río. El pastor cuenta al zagal sobre el único animal que se ha ganado el masculino singular entre los enemigos del hombre. Es una guerra de siglos. El rival es odiado, pero admirado al mismo tiempo y con igual intensidad.

—Odia al perro como traidor a su raza. Y el perro a él. El uno se amansó y vino al lado del hombre. El otro eligió el salvajismo y vivir libre por los riscos. Cuando los dos se encuentran, no hay cuartel.

—¿No estamos aún muy bajos para que nos los tropecemos por estos andurriales?

—No te fíes. En esta época, las lobas están criando y necesitan más carne para sacar adelante a los cachorros. No es que sea el peor tiempo, porque ahora encuentran bastante caza en el monte, pero la oveja es muy golosa. Es un animal torpón y tonto, y el lobo lo sabe. Pero, de todas formas, ya te digo, no es la peor época, y nosotros aún estamos bajos. Lo malo será durante el invierno, cuando las nieves los echen a ellos y a sus presas de los altos, cuando escasee la caza. Entonces atacan lo que se pone por delante, sea hombre o sea bestia. Ahora aún se esconden y suelen atacar más por sorpresa, sin ser vistos.

—Pero ¿y nuestros perros?

—Mucho hacen, pero no creas que sirven demasiado con el lobo. Los careas bastante tienen con chillar cuando lo fatean, que para otra cosa no valen. Solo el mastín puede con ellos, y no siempre. Pero es que el mastín es otra cosa. El mastín ni siquiera piensa que es un perro: cree que es una oveja.

—¡Bah! Eso es un cuento.

—Es la verdad pura. Mira, cuando nacen los perrillos, nada más salir del vientre de la madre, se los limpia bien y se los envuelve en piel de oveja, para que se empapen de su olor. ¿Ves dónde viajan los cuatro cachorros que traemos con nosotros? Pues en los cabujones de las alforjas. ¿Y de qué están forrados los cabujones? Pues de pieles de oveja. ¿Y ves dónde se echan a descansar los grandes? Pues siempre entre el rebaño, al lado de ellas. Míralos. Ni las ovejas se asustan, ni extrañan el tenerlos al lado porque huelen a ellas. Para un hombre, para ti, es ver, pero para un animal, para un perro, es oler. Y mastines y ovejas huelen a lo mismo. Echan el mismo tufo a sirle.

—¿Y usted cree que atacará el lobo en este viaje? ¿Está usted seguro de que lo veremos?

—Si no es hoy, será mañana, si no cuando estemos arriba, y si no a la vuelta, pero ellos cobrarán su tributo. Cruzamos su tierra y el lobo cobra peaje.

Parpadea la fogata cerca del Bornova. El campo está tranquilo y huele a nuevo, a hierba recién nacida. Hay dos rumores en el aire: el murmullo del agua y el removerse del ganado que tose, se agita y, a veces, bala.

—Mañana pacerán mejor. La hierba, de aquí para arriba, ya es más fresca —afirma el viejo.

—Y decía usted que río abajo hay un pueblo donde han encontrado plata —recuerda el zagal, que no se quiere dormir todavía y prefiere soñar con un tesoro, como los que han traído algunos de las Indias.

El Bornova sigue, como siempre, sonando. Suena redondo y verde.

Es el primer año que el zagal ha subido a la sierra con las merinas. Se ajustó por la comida suya y algún real para sus padres allá abajo, pasados los puentes de Villarta, que cruzan el Guadiana y dan entrada a la Extremadura. Ha aprendido muchas cosas en este viaje, y ha visto y oído tanto como nunca soñó que fuera a ver y oír en la raña natal, las cabañas en descampado donde viven los criados y pastores de algún gran propietario extremeño que cuidan los ganados y tierras alejados del cortijo.

Salieron de las tierras bajas cuando el calor comenzaba a apretar y han seguido al rebaño montes de Toledo arriba, por Cabañeros, Alcoba, Porzuna y Ventas con Peña Aguilera, donde logró en trueque una navaja con cachas de pata de venado a cambio de un chiflo de hueso. Luego entró por Pulgar y Casasbuenas al mismísimo Toledo, el lugar más grande, hermoso y extraordinario que él haya visto construir a los hombres. Allí pudo entrever, un día que subió con el mayoral a comprar el pan, mujeres de inaudita blancura, que parecían todas la mismísima reina de las Españas. El camino lo prosiguió por Mocejón, Torrejón de Velasco y Pinto, pero solo pudo ver Madrid de lejos, que ya los ganados no lo pasaban, sino que torcían por el pueblo

de Vallecas hacia San Fernando, para, metiéndose en Guadalajara por Fuentelahiguera, alcanzar el destino serrano por Malaguilla y Tamajón.

En Tamajón es donde se habían separado los hatos, y ellos habían abandonado el grueso del rebaño que aún cruzaría la sierra para alcanzar pastos segovianos. El viejo pastor y él habían puesto rumbo hacia las majadas que tenían los amos de aquella punta por los pueblos de los Condemios, Albendiego, Galve y Cantalojas, a rape mismo del enorme hayedo de la Tejera Negra.

El zagal tiene un habla diferente a los hombres de la sierra, y es de risa más pronta que los adustos jóvenes de los contornos. En los pueblos alguna moza le ha sonreído curiosa, y él tiene todo el derecho a soñar esta noche junto al Bornova, que suena redondo y verde, como suena inquieta y bulliciosa la propia corriente de su sangre.

Ahora las jornadas son más cortas, y algo mejor la comida. Algún día, además de las sopas de pastor o de las migas, hasta hay patatas con bacalao e, incluso, como se desgració una oveja, se fríe con manteca algún trozo de las mazas. El zagal hecha en falta el aceite, y eso le hace acordarse de vez en cuando de su tierra.

El pastor le ha dicho que se quedarán en las altas hasta finales de octubre o incluso hasta pasado Todos los Santos, dependiendo de las nieves. Pero que para esas fechas se rejuntarán de nuevo todos los hatos en el lugar convenido y regresarán hacia el sur, huyendo esta vez del hielo y la nieve, al igual que antes huyeron de la hierba agostada y el sofoco.

El chavalejo sueña cada noche con el regreso, y al mismo tiempo con la aventura de los meses que va a pasar en aquellas sierras, y en estos pueblos desconocidos. Sueña con la fiesta de Campisábalos, que, aunque no sea Toledo, tiene más de quinientas almas, y adonde el pastor le ha prometido dejarlo bajar una noche. El zagal aprendió en el camino una canción y está preparando un silbo nuevo para acompañarla.

Solo con ver las merinas
siento en el pecho una espina.
Mi amor más hermoso, tierno como un tallo, fue con los pastores
que tornan en mayo.
No todos volvieron, uno es malogrado.
Los de Calatrava
su cuerpo tomaron.
Solo de ver la majada
siento en mi pecho una espada.

El viejo pastor se la ha oído ensayar a su ayudante. Sabe por qué.

Él también hizo chiflos y quería bajar a los pueblos. Ahora ya no le importa, porque sabe cómo dan de lado a los pastores. Pero no quiere que el muchacho se amohíne, y piensa cumplir su promesa de dejarlo bajar a Campisábalos. El chico es recto y no se queja de la flojedad de la comida a base de sopas y más sopas, que dejan siempre hambrientos a los cuerpos jóvenes que están creciendo.

El pastor, aunque no sueña, sí le gusta que el chico no pierda la ilusión, y piensa enseñarle otras coplas para que se luzca en la fiesta.

Estando por agua
en la fuente fría
vi al zagalejo
que bien me quería.
Pidiome un besico, se lo di atrevida.
Tirome un pellizco
do no me dolía.
Pidiome la prenda
de mi soltería
le dije que none, que era bien nacida.
Tomome la cinta
que al pelo traía, dijo: «Esta es la prenda
que yo te pedía».
Se fue bien contento
y yo divertida
en ca de mi amante
me puse otra cinta.

Al acabar de canturrearla, el pastor se da cuenta de que la aprendió de oír cantar a las mujeres, y que era más bien para hacerle burla a los zagales. Así que antes de dormirse piensa que no, que no se la enseñará al chico. Que ya se la cantarán quienes quieran hacerlo.

El pastor, viejo, tiene el oído puesto en el crepitar del fuego y el ojo en el ganado. No oye el río, aunque este suene redondo y verde.

Los dos hombres se duermen en la orilla del Bornova, pero son dos sueños diferentes los que los acunan.

3

Va el ganado cañada abajo, va a buen paso en el atardecer. A su espalda, el Ocejón ya tiene pintada de blanco la punta por las primeras nieves, que cubren el pico bajando hasta el escalón de sierra Bernarda. El aire también baja, frío y áspero. Los pastores se arropan con mantas pesadas y parduzcas. En las laderas, los mastines, enormes, con los pelajes revueltos, vigilan bamboleando las grandes cabezotas. Los ladridos agudos de los careas y los silbidos de los hombres mantienen compacto el rebaño.

—En dos días más de marcha, estamos en tierras llanas.

—Ya tengo ganas, ya, de dejar estos andurriales.

—Toma, este. ¿Y las mozas de las fiestas de Campisábalos?

—Las mozas no están para zagales. Caminata en balde, pies fríos y cabeza caliente. Las mozas de Campisábalos eran como el lobo, que tanto mentaba usted, y al que aún no le hemos visto el pelo.

—Verlo no, pero sentirlo, sí lo hemos sentido. Acuérdate de la oveja que nos quitaron arriba, aquella tarde. Estoy seguro de que fueron lobos. Los perros estuvieron ladrando, sin parar, hacia el campo de centeno que teníamos al lado.

—Pero no lo vimos.

—El lobo estaba allí, seguro, acostado entre el cereal, y por eso los careas andaban como locos, sin parar de ladrar. Luego, ¿te fijaste?, faltó la borrega de la ovalada. Seguro que en un descuido se hizo con ella y, como la mies estaba alta, se la llevó sin que pudiéramos ni ponerle el ojo encima.

—Si usted lo dice, puede. Y puede también que la borrega se perdiera. Pero yo lo que creo es que a los lobos no los vemos ya en este viaje.

—Dios te oiga, pero aún quedan dos días para llanear y mira cómo ha ido bajando la nieve por las faldas de los montes.

—¡Bah! Con los mastines no se atreven.

El ganado llega, por fin, al cobijo de las paredes de un aprisco. El corral está medio hundido por algunas partes. Se enciende la hoguera. Se preparan gachas de harina de almortas. Los mastines han descendido de los altos y, después de coger su ración, han ido, como siempre, a acostarse entre las ovejas, como una res más. Los careas aguantan cerca del fuego y los pastores, luego de cenar, se meten en el chozo. El chozo, que se mantiene en pie, los resguardará, al menos, de los golpes de viento. Las dos caballerías se quedan fuera, pero los

cuatro cachorrillos de mastín aún tienen un sitio junto a los hombres.

Y aquella noche vino el lobo.

Fue el ladrido de los perros, alborotados de alarmas, el rebullir del ganado, nervioso, apretujándose.

Fue el mismo aire que, en el escalofrío de una ráfaga, trajo el primer aullido.

Salieron los pastores de la choza y la linde del monte estaba llena de ojos como tizones.

—Métete dentro, hijo, ¡adentro! Son las lobas. Vamos a echar toda la madera que hay cerca a la lumbre y para dentro. Son las lobas las que guían. Venga, venga, antes de que ataquen. ¡Adentro!

Los pastores vieron aquella noche al lobo.

Por las rendijas de la puerta, apuntalada con piedras, vieron pasar al lobo. Y a la loba, flaca, vieja y rabiosa, que guio el asalto, llegar cerca, muy cerca, tan solo a dos metros de la hoguera. Luego, poco más vieron, y solo los aullidos, el ladrar, los ruidos, los roces, los balidos les dijeron lo que estaba sucediendo. Ello y el presentimiento del peligro, la certeza de que su vida también podía estar en juego y el vello levantado por toda la piel les contó, les habló de la cercanía del lobo.

Los careas les hicieron frente. Son perros pequeños pero valientes, los lanillas, y plantaron cara a su enemigo. Pero la loba era sabia y supo cómo burlarlos. Atrajo su atención, simulando un ataque solitario, y luego huyó. Los perros la siguieron, y ella les hizo cruzar la linde del monte. Entonces, una vez entrados en bravío, se revolvió echando espuma por las fauces. El carea más ligero de patas solo tuvo tiempo de un gemido antes de que le abriera la garganta de un colmillazo. Los otros fueron presa fácil para los lobos más jóvenes, que acechaban.

Los mastines aún no se habían separado del ganado. Se mantenían entre él, intentando sujetarlo, pero el rebaño se arremolinaba en un tumulto de balidos contra la esquina más lejana de la paridera.

Después de haber acabado con la oposición de los careas, los lobos iniciaron el verdadero ataque. Aún intentó antes la loba la misma maniobra, pero los mastines no cayeron en la trampa. Se quedaron quietos, esperando. Entonces la manada se lanzó en tropel, por todos los costados, contra ellos.

Los pastores, desde el chozo, oyeron los gruñidos sordos de los lobos, el balar desesperado y agónico de las ovejas, el entrechocar de los colmillos, el tono profundo de los mastines. Aullidos secos, ladridos cortados, diente contra diente o contra hierro, y el gemido del animal que moría.

Tardó en apagarse al aullido del lobo. Luego se apagó la hoguera, la luna se apagó más tarde, y el amanecer llegó al fin, cuando los

pastores salieron del chozo.

Más de una veintena de ovejas había desaparecido, perdidas por el monte o muertas por los lobos. Otras dos docenas, asfixiadas, estaban en un montón en el redil, y nueve más, desjarretadas, hubieron de ser sacrificadas. De los seis mastines quedaban la mitad vivos. Uno de ellos estaba plagado de heridas y apenas podía levantarse. Los otros dos parecían un poco más enteros.

Cerca de la pared del aprisco, encontraron los cadáveres de un mastín y un lobo. Otro rastro de sangre se alejaba hacia la espesura. En la misma linde del monte dieron con el cuerpo de una loba joven con el hocico hundido bajo la presión de unas quijadas poderosas, que le habían reventado la cavidad nasal.

Un poco más lejos había rastros de otro encuentro, pero solo hallaron un reguero de sangre y ramas rotas que se perdía entre las matas. Al regresar, en un portillo hundido del muro, como queriendo todavía taponar la entrada, estaba el cuerpo tieso, desviscerado, del segundo mastín. Faltaba el tercer perro, el más fuerte, el Jaro.

Curaron como pudieron a los tres supervivientes. Incluso el peor librado se fue poco a poco reponiendo. El collar de púas le había salvado la vida, protegiendo su yugular de las tarascadas. Al que faltaba lo llamaron infructuosamente desde el borde del bosque. Luego, y después de recogido lo que fue posible del rebaño, se alejaron rumbo al llano.

Los cuatro pequeños mastines comenzaron ya aquel día, con sus pocos meses, el trabajo. Tras los grandes, que renqueaban, comenzaron a seguir al ganado por los cerros de los costados.

—Ya te dije que veríamos al lobo, hijo. Son sus tierras, y ellos cobran tributo por el paso.

A los dos días llegaron al río Bornova, y por la tarde estaban subiendo la larga cuesta hacia Hiendelaencina. En las eras del pueblo tuvieron descanso aquella noche, y en ellas encontraron otros ganados y otros pastores que dejaban también las tierras altas de la sierra.

—¿Es aquí donde las minas de plata?

—Aquí es.

—Pues si a usted no le parece mal y se puede contratar otro zagal, yo me quedo a probar suerte. Dicen que hay trabajo para todo el que quiera y pagan bien. Mejor que la sierra, las sopas y los lobos, será, digo yo.

—Tú eres joven. Dicen que la mina es muy dura, pero tú sabrás lo que haces.

—Dígale a mis padres que estoy con salud y que ya sabrán de mí. Encárguese de llevarles mi jornal.

A los dos meses, en una carbonera abandonada, unos leñadores dieron con los huesos mondos de dos animales. Supieron que eran de

un mastín y un lobo, porque uno llevaba un collar de púas lleno de orín, y conocían también la historia del encuentro que por encima de Villares habían tenido aquel año los pastores. El lobo estaba en el mismo centro del calvero, y el perro casi al borde de los chaparros.

Los leñadores remiraron bien las osamentas, y entonces se dieron cuenta de que, aunque el lobo tenía la suya completa, el perro apretaba entre sus quijadas el hueso chascado de otra pata. La pata de un segundo lobo que no apareció por ninguna parte.

Los leñadores bajaron a Hiendelaencina porque era Navidad, y los niños empezaron a saber de la leyenda del lobo de tres patas que se acercaba a los pueblos a reclamar la que había perdido. Fue una Navidad de nieve y hielo la de aquel año.

4

Era un lobo joven. No tendría los dos años. Le faltaba media pata delantera. Ayer mismo cantaba a sus montañas y se asomaba a las cortaduras para repasar la vida y el rebullir de las presas en sus valles. Anoche atacaron un ganado. Faltó, en las praderías altas, carne a la manada, y hubo que buscar alimento más abajo. Encontraron ovejas.

Anoche había que matar: matar todo lo que se pusiera al alcance del colmillo. Algo atávico obligaba a la matanza, a hacer una despensa con la pila de cuerpos muertos, con todo lo que pudiera abatirse de aquel rebaño. Hacer igual que los antepasados del Gran Norte, que la dejan entre el hielo para volver todos los días. Aquí no hay grandes hielos, hace una era que se retiraron de nuevo hacia los polos, pero el mandato de matar sigue impreso en las cabezas de los lobos.

Se podía morir también. Allí estaba el viejo, el eterno enemigo, el poderoso ser de las dos patas. Lo olieron agazapados tras las piedras. Y estaba también el hermano traidor y odiado, defendiéndolo: el perro.

El lobo joven había combatido bien, en compañía de un hermano de camada. Ambos habían trabado un particular combate con un viejo mastín. Por dos veces sus colmillos se estrellaron contra las púas de hierro, cuando tenía la yugular del perro a su alcance. El perro y los lobos se habían ido metiendo, hechos un revoltijo de pelos erizados, entre jaras, retamas, aligas, gamonales y carrascas, rompiendo el monte con aullidos y revolcones, hasta aquel claro, abierto por los carboneros, aún con rastros de madera quemada y de oscuro carbón. Allí el lobo, por fin, había logrado desjarretar al perro, con una dentellada precisa en la ingle, y allí había desgarrado el vientre del odiado enemigo hasta hacer brotar los intestinos. El mastín no podía hacer presa en él con su poderosa quijada porque la tenía ocupada en aplastar la cabeza del otro lobo, el que una vez nació a su lado en la misma lobera del mismo barranco. Y el mastín también sabía matar con furia, solo quería matar. También.

El lobo joven se disponía a soltar su presa victorioso, cuando el perro, medio muerto, acabó de destrozar la cabeza de su hermano, se revolvió y pudo agarrarle la pata delantera entre sus molares. El perro se iba muriendo, desventrado, pero su presión no cedió. Al mismo tiempo que comenzaban sus estertores de agonía, un golpe de sus mandíbulas, seco, como de una sierra, chascó el hueso de la pata atrapada, a la que acabó por desprender del resto del cuerpo, ayudado por un tirón del lobo para escapar. El perro se quedó con su trofeo

póstumo en el cepo de su boca, entre las convulsiones de la muerte, en la raya del claro, sucio de carbonilla y sangre.

Y ahora el lobo huía, desangrándose. Había buscado el río y subía, orilla arriba, metiéndose de vez en cuando en la corriente para refrescarse las heridas. Cuando entraba en el agua, esta se teñía un instante, y en su color verduzco aparecían reflejos rojizos.

El lobo joven seguía Bornova arriba, sin descansar apenas, desangrándose, porque algo allá, en lo alto de las aguas, le estaba llamando con fuerza, ahora en el amanecer, tanto como en la noche le había llamado el grito de la matanza. Caminaba hacia la llamada, cada vez más débil, más desesperado. Hubo de parar su andadura renqueante un par de veces, y en una de ellas, incluso, se tumbó. Al levantarse, la sangre se le había resecado en las heridas y un cuajarón colgaba de la pata perdida. Le subió el dolor por el cuerpo envarado y entró para aliviarse en la corriente del río. Entonces sintió, más fuerte que nunca, la llamada urgente, cercana, que lo reclamaba río arriba. Tuvo fuerzas aún para un aullido de respuesta y siguió.

Llegó a la laguna cuando la claridad ya estaba a punto de reventar en día. Justo a tiempo. Allí, todavía medio en sombras, se levantaron siluetas grises que también lo alentaban a unírseles. Pero solo tuvo la mirada, la esquinada y triangular mirada de los ojos de los de su raza, fija en ella. Irguió la decaída cabeza, atusó hacia atrás las orejas y su rabo se enderezó, como hacen los machos dominantes. Se le erizó el pelo del espinazo y el lobo joven entró despacio, recto, removiendo la quietud de la laguna, de aquel agua tan quieta, hacia ella.

Cuando clareó completamente el día, unas ondas estaban llegando desde el centro hasta la orilla, alterando levemente la superficie líquida.

Son tantas cosas un río…

Sexta parte

Los buscadores de plata

1

Brotaban de la nada. Venían, como muchos, cruzando desde Madrid la sierra, por el camino del río. Corría el año de gracia de 1898. Hiendelaencina tenía quince mil habitantes. Guadalajara la envidiaba y hasta la misma Alcalá de Henares albergaba menos almas que el poblacho serrano. ¡Qué días aquellos del Bornova! ¡Qué trasiego de hombres, bestias, máquinas y dineros!

—¿Cómo se llama el pueblo?

—Ni lo sé. Yo también soy forastero. Le llamamos todos Las Minas.

—Buscamos trabajo.

—Pues id hasta la plaza. Allí, preguntad por los capataces. Sois jóvenes y se os ve fuertes, no tendréis problemas para ajustaros.

La plaza era simétrica, rectangular, perfecta. Había sido construida hacía muy poco, y antes la habían dibujado sobre un papel, no como las otras plazas de pueblo, que habían nacido espontáneamente alrededor de un árbol o una fuente. En aquellas, las casas se amontonaban en los huecos libres, a su capricho, formando rinconadas, pórticos y salientes. En esta no era así: aquí los edificios habían sido ordenadamente dispuestos en fila, guardando la línea y cada cual cumpliendo una misión precisa: «Tú, bar; tú, iglesia; tú, Ayuntamiento». Eran construcciones cuadradas, sin adornos, sin heridas, y también sin personalidad ni historia en sus paredes. Pero había una historia de plata bajo sus cimientos.

La noticia de la plata en el Bornova corrió como la pólvora por aquella España empobrecida, débil, derrotada y sin esperanzas. El nombre del río tenía un sonido de toque de campana que llamaba a rebato a muchos hombres que huían de la guerra, de la miseria o de ellos mismos. El nombre del pueblo de la plata, Hiendelaencina, un pueblo de cabreros y labradores, había perdido su sentido y hasta la razón de ser. Y fue, simplemente, Las Minas.

—¿De dónde sois vosotros?

—Del norte, de Santander.

—¿Habéis trabajado antes en la minería?

—Nunca. Pero tenemos buenos brazos.

—Hay tajo en el pozo Claridad.

Los pozos se llamaban por nombres de santos. El primero en abrirse de todos, Santa Lucía; luego San Martín, San Emilio, San Juan, San Mateo y San Manolito. Otros llevaban nombres de esperanzados: Suerte, Fortuna, La Fuerza, La Chispa, Caridad. Solo había uno con

nombre de mal agüero, El Fallo.

En pleno cañón del río estaba la madre de todas las minas: la fundición, el gran lavadero, la enorme tripa donde todo acababa por cocerse. Se llamaba, expresando una voluntad y un deseo, La Constante. Era una enorme mole de ladrillos rojos, en el centro de la corriente, de donde extraía la energía para mover sus ruedas y engranajes.

La Constante, allá abajo, en medio del camino del agua, coronada por su chimenea, alta como un desafío, era la reina a la que todos debían alimentar. Unos pozos se cerraban, agotados, pero otros se abrían inmediatamente, y el mineral seguía bajando hasta su panza, insaciable, por sendas de tierras apisonadas para que ella siguiera respirando por su chimenea entre las paredes cortadas del río. Arriba, en la paramera solitaria, desierta de árboles, áspera, rota por las excavaciones, en medio del invierno hostil y frío, se afanaban los hombres.

Alrededor de la plaza caía la tarde y había un rebullir de miles de gentes. Casi todos eran hombres. Iban a abrir las tres salas de baile y los garitos. Se llenarían los bares, algunas mujeres asomarían a las puertas de los tugurios, y la noche, más aún si había sido de paga, se llenaría de gritos, risotadas, borracheras, peleas, robos y hasta sangre. Que también corría la sangre los días de paga, en Las Minas.

—Aquí lo que faltan son mujeres. Del pueblo no hay tres, y esas se esconden. Las otras, pocas, y de pago. Pero faltan y, cuando las mujeres faltan y los hombres beben, se desatan los malos vinos.

—Pero hay dinero.

—Sí. Hay dinero, pero no creas. Aquí no se hace uno con una fortuna. Aquí se trabaja a jornal. El que más y el que menos, hemos venido para una temporada, para ahorrar algo y marcharnos. La plata es para los amos de las minas. Nosotros, el poco dinero que sacamos, hay que saber mantenerlo, y os digo, si sois nuevos, que andéis con ojo.

España estaba pobre en 1898, débil y vencida en una guerra lejana, en Cuba. En Hiendelaencina, a partir de entonces llamada Las Minas, había quince mil hombres jóvenes en medio de la paramera bronca y enemiga, buscando pelos de plata en las entrañas de la tierra. Dos acababan de llegar del norte, de Santander. Hacía ya muchos días que habían salido de sus casas, huyendo. Huían de esa guerra que había en Cuba, a la que no querían ir a morir. Por el camino, les contaron que en un pueblo la plata estaba a flor de tierra, que la roca, al golpearla con el mazo, con la cantidad de mineral que contenía, cedía de puro blanda. Habían llegado esa tarde a la plaza simétrica. Eran jóvenes e iban solos, pero no buscaban la conversación de los otros.

2

Eran dos hombres parcos de palabra, cumplidores y esforzados en el trabajo, serios, pero buenos compañeros. Los dos norteños, picadores en el pozo Caridad, se ganaron pronto muchas confianzas. Apenas si se los veía entrar en un bar y nunca en cualquiera de las casas donde las mujeres recibían. Frecuentaron algún que otro sábado los bailes, pero no alternaron, siempre prudentes, siempre comedidos y juntos; buscaron, todo lo más, la compañía de algún minero de su misma cuerda, algún hombre con familia que quería el ahorro y huía de discusiones y peleas.

—Tú y yo tenemos que aguantar aquí unos meses y hacernos con dinero. Tenemos que aguantar, y con la boca cerrada.

—¿Pero tú crees que alguien nos busca?

—Tanto como eso, no. Pero no podemos olvidar que somos prófugos, y si se nos va alguna palabra más alta que otra, cualquiera puede pegar la oreja y marcharse con el cuento.

—Si hubiéramos podido pagar un sustituto…

—Pero no podíamos. Y ya sabes, si no pagas, te embarcan para la guerra. Así que no nos quedó otro remedio. Ahora está hecho, y no está saliendo mal. Aquí nadie hace preguntas, y seguro que más de tres están a las mismas. La guerra de Cuba no puede durar siempre, y cuando acabe, ya veremos. Y si las cosas nos van bien, igual nos dará a nosotros que dure hasta el fin del mundo. Yo, por mi parte, lo que me ronda por la cabeza es juntar lo que podamos y marcharme lejos, a las Américas, pero no a que me maten, no. Con dinero, seguro que podríamos conseguir pasaje. Así que ahora lo importante es seguir callados, sin hacernos notar y sin meternos en ningún lío.

Eran dos jóvenes serios y cumplidores. Buenos compañeros, los santanderinos. Siempre dispuestos a echar una hora más o quedarse una guardia.

—Lo único que hacéis es trabajar y dormir. Y eso sí, guardar y guardar. Todo lo que ganáis al bote. ¿Lo mandáis a la familia u os lo guardáis aquí?

—Esa clase de preguntas están de más en un sitio como este.

—No te ofendas, hombre. Cómo vas a pensar que yo… Ah, bueno. Lo que pasa es que hay novia de por medio, y se guarda para la boda.

—Algo habrá.

—Pues nada, hombre, nada. Muy bien. Yo solo lo hacía por charlar. Como no se os ve frecuentar los sitios, y casi no tenéis

sociedad con nadie…

El instinto les hacía ser precavidos, y no daban pie a los muchos que siempre querían saber y contar. Aunque a veces el mismo instinto y el cuerpo tiraban hacia otra parte. Estaban en edad y salud para que tirara, pero unas veces uno, y otras el otro, estaba allí para frenar el impulso del compañero.

—Déjate. Vamos a dormir que mañana será duro.

—Hombre, un vaso…

—Un vaso, sí, pero solos. Que esos empiezan con uno y acaban, como todas las noches, en casa de la Chata.

—Y qué, si un día nosotros vamos a la Chata.

—Pues que no, que con las mujeres uno se pone a contar lo que no debe. Ya lo hemos hablado muchas veces. ¿Qué pasaría si se enterara la ley de que somos prófugos? Pues que a los dos días se presentarían aquí desde la capital, nos echarían mano, nos meterían en un barco, y estaríamos a la vuelta de nada vestidos de soldados en Cuba. ¿Y en Cuba, qué? Pues a morir como chinches, sin uso ni beneficio.

—¿Y no has pensado ni en mandar algo a la familia? ¿Qué pensarán en casa?

—Pues se imaginarán lo que pasa. En cuanto mandáramos algo, una seña o un dinero, allí se enteraban rápido los de la leva. Ya daremos señales de vida cuando podamos. Ahora hay que dejarse de esas cosas y aguantar.

Parecía no acabar nunca el invierno. Los hielos, mañana a mañana, encogían y acartonaban la tierra. Los quince mil hombres jóvenes seguían perseverando contra la paramera. Y un día llegó la Navidad.

3

El día veinticuatro de diciembre, Nochebuena, se juntó a cenar una numerosa cuadrilla de mineros. En una fecha tan señalada nadie pudo negarse, y también estuvieron presentes los jóvenes norteños. Aunque no solía descansarse en los campamentos, siempre hubo quienes podían tener un tiempo libre para visitar familiares, y los que se quedaron en el pozo Caridad organizaron una gran fiesta a base de cabrito asado y vino.

El cabrito fue de la tierra, y el vino lo trajo por encargo un minero aragonés de Borja. Un vino espeso y fuerte que se pegaba a los vasos. Cabrito y vino fueron pasando a los estómagos en grandes cantidades. El aguardiente cerró aquella parte de la noche de donde el grupo salió, alegre, vociferante y amoscado, rumbo a cualquier sitio donde se viera una luz encendida, se oyera sonar una música o se bailara un paso.

Pocos sitios encontraron abiertos. La noche de Navidad solo corrían la calle los hombres solos. Hasta las prostitutas tenían con quien celebrarla, y los mineros solo pudieron encontrar un miserable garito donde servían alcohol, quedaba alguna puta vieja y en un par de mesas se jugaba a las cartas.

Los santanderinos, como todos, bebieron, y como eran muchos para las pocas mujeres, se acercaron, primero de mirones, y luego a echar una mano de naipes en una de la mesas.

—Venga, hombre, que un día es un día, y hoy es Navidad. Por unas rondas que echéis, no va a pasar nada. Bastante os lo habéis ganado vosotros dos, que solo vivís para trabajar. ¡Venga, tú! Pon aquí de beber a estos dos.

Salió la vena, la vieja vena guardada. Se consultaron con la mirada, y se dijeron que bueno.

—¡Pero vosotros, qué os habéis creído! En mi tierra, cuando nos metemos en juerga, nos metemos. Os vamos a dejar hechos leña a todos. Que no valís ni para trabajar, ni para las mujeres, ni para beber. Solo para gallear de picos.

—Pues a demostrarlo.

—Pues a eso.

Se sentaron a jugar a las doce y media largas, y cerca de las dos habían ganado una pequeña fortuna. A las tres entraron dos jugadores nuevos, desconocidos. A las cuatro, uno de los cántabros intentó dejarlo, pero los otros y su propio compañero no se lo permitieron.

—Pero cómo te vas a rajar ahora, si hasta vas ganando.

—No me puedes dejar mal a mí, ni a nuestra tierra. Venga, échate otro trago y tira para adelante, que la noche es nuestra.

A las cinco apenas si se veían unos a otros entre el humo y el vidrio alcohólico en los ojos, y a las seis y media lo habían perdido todo y debían hasta el sueldo de dos meses. Amanecía cuando se encontraron de nuevo solos y juntos en la plaza desierta de Hiendelaencina. Estaban meando contra una pared, y sujetándose el uno al otro cuando empezaron a darse cuenta.

—Oye, ¿qué es lo que les contabas de nosotros?

—¿Quién? ¿Yo? Yo, nada.

—Pues yo he oído que hablabas con el aragonés que habíamos huido del servicio.

—Yo, no. Ha sido él, que me ha comentado. Por lo visto, tú algo le habías dicho.

Era el amanecer del día veinticinco y, cuando el frío les fue despejando, poco tuvieron que recordar para darse cuenta de que, aparte del dinero, habían perdido la tranquilidad.

—Esos lo cuentan.

—Los nuestros, no sé. Pero los dos que llegaron, y que no conocíamos de nada, vete tú a saber. Lo mejor que podemos hacer es irnos de aquí cuanto antes.

—Ahora no sé cómo. No tenemos un real.

—Pues andando o como sea, pero de aquí hay que salir y sin aguardar un día.

Lo cierto es que su alarma no estaba justificada, pero el miedo todo lo aumentaba. Sus compañeros de juerga, tan aturdidos por el alcohol como ellos, apenas si recordaban nada en claro, a excepción de que dos tahúres, pues eso resultaron ser los dos desconocidos, habían acabado con su dinero, al igual que con el de los dos santanderinos. Y los desconocidos, demasiada historia tenían a sus espaldas, y otras mucho más oscuras conocían, como para andar a vueltas con la de dos pobres prófugos, que abundaban más que los terrones.

Pero el miedo atenazaba la razón de los norteños, que a cada momento veían aparecer a los guardias para detenerlos, y que imaginaban que para esa hora su historia habría corrido como un reguero de pólvora por el campamento. Estaban ya decidiendo con desesperación el camino que iban a tomar cuando se les presentó lo que creyeron la fortuna, y la inmensa oportunidad de borrar su pista de una vez por todas y alejarse definitivamente de España.

Faustino era un minero maduro, hombre de confianza de la empresa, capataz y guardián jefe de muchos de los envíos de plata que periódicamente llegaban a los bancos de la capital. Para ello utilizaban diversas rutas y, para garantizar aún más la seguridad, distintos medios. No era raro que muchas veces la plata viajara a

lomos de caballería, y que el carro en que realmente debía viajar fuera de vacío.

El capataz se había fijado en el buen talante de los jóvenes y su reconocida seriedad. Estaban ellos rechazando vías de escape cuando se presentó ante su vivienda.

—Las vacaciones me han dejado sin ayudantes. Solo tengo un hombre, y mañana tiene que salir a la fuerza un cargamento. Si no estuvieran las carreteras como están, cortadas por la nieve, los dos nos hubiéramos valido para acercar el metal en un carro, pero así, hay que llevarlo en caballería. Necesito alguien que haga un extra y nos ayude a custodiarlo. Habría, desde luego, buenos cuartos, si os decidís a hacerlo, y me alegraría de que vinierais vosotros, que sois hombres formales y de bien.

Los dos se miraron, y vieron ahí su primera posibilidad de huir. Una vez en la capital, ya encontrarían por dónde salir. Aceptaron al momento.

—Pues muy bien, y mucho me alegro. Id a ver a mi ayudante, que os entregará el arma a cada uno. Hoy no vayáis al tajo, para que estéis bien frescos mañana, que ya me imagino que esta noche, al ser Navidad, no habréis dormido mucho. Saldremos mañana, antes del amanecer.

Marcharon los dos inmediatamente detrás de Faustino, y al poco estaban de vuelta con fusil y munición. Y fue al tener el arma en las manos cuando la idea comenzó a dar vueltas en sus cabezas. Al principio casi en broma, pero cuando llegó la tarde ambos habían pergeñado un plan.

—Ya de perdidos, lo mejor es escapar con todo por delante. Nos hacemos con el cargamento, eso sí, sin hacer daño a nadie. Los dejamos bien atados para que tarden en dar la alarma, y ya que nos persiguen, que nos persigan por algo. Si nos hacemos con la plata y podemos huir al extranjero, ahí habrán acabado todas nuestras miserias.

—Pero no hay que herir a nadie. Eso, no.

—No hará falta.

4

Salieron al alba. Cuatro hombres a caballo, dos acémilas y raciones para dos días de camino. En las mulas, ciento cincuenta kilos de plata. Se pusieron en marcha río abajo, y a la hora de comer estaban ya en el Congosto. Se sentaron los cuatro, y fue entonces cuando los dos santanderinos se decidieron a actuar, viendo a los otros dos más indefensos.

Se llevaron las armas a la cara, les apuntaron y los conminaron a rendirse y a entregárselo todo. No habían contado con el coraje del viejo capataz. Este se abalanzó contra el más cercano, bramando insultos. El santanderino reaccionó, casi sin querer, y apretó el gatillo. Faustino se fue para atrás con un boquete en el pecho. Pero no había sido en balde el ataque. El ayudante había podido reaccionar, y antes que el otro norteño acabara también con él, había conseguido disparar y meterle una bala en la pierna.

—¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?

—¡Y qué querías que hiciéramos! ¿Que nos dejáramos matar? No ha quedado otro remedio. Hasta es mejor. De esta manera no hay testigos.

—Pero yo estoy herido…

Sí. Lo malo era la pierna. No era grave porque no había chascado ningún hueso, pero retardaba el camino. Así que pensaron en la forma de engañar a sus posibles perseguidores. Cargaron los muertos en los caballos y tiraron de la reata, después de limpiar y ocultar cuidadosamente todos los rastros que indicaran algún acto de violencia en el campamento.

—Lo mejor es que crean que aquí no ha pasado nada: que hemos comido tranquilamente y hemos continuado el camino.

Siguieron varios kilómetros río abajo, y por fin llegaron a un desfiladero profundo. Allí pusieron en práctica el resto del plan.

Despeñaron caballos, cadáveres, y hasta parte de sus pertenencias y ropas que los identificaban. Montaron en las dos mulas y, en vez de seguir, dieron la vuelta y se dirigieron hacia la cabecera.

—Primero buscarán río abajo. Pensarán que nos han matado a los cuatro unos bandoleros; por eso, mejor ha sido acabar con los cuatro caballos y, en cuanto tengamos posibilidad, también será cuestión de deshacerse de estas dos malditas acémilas. Ahora no podemos, porque con tu pierna no vales nada, que si no… Y mientras ellos buscan a unos bandidos en aquella dirección, nosotros atravesamos por debajo

de las minas, y en un sentir podemos estar en la cabecera del río. Desde allí, por la cañada del ganado, hacia Riaza, de Riaza a Madrid, que entre mucha gente se esconde uno mejor, y luego, ya veremos.

El plan era arriesgado, pero a pesar de haber sido descubiertos los cadáveres por un ribereño antes de lo previsto, y perder con ello un día de los al menos cuatro de ventaja que suponían, hubiera podido salir bien. Aquella noche, vadeando unas veces, utilizando caminos a media cuesta, habían logrado dejar atrás las luces de los campamentos mineros, y llegado a un lugar donde el Bornova tomaba agua de un arroyo. En Las Juntas se detuvieron a descansar, las pocas horas que les quedaban hasta la nueva luz. No oyeron los avisos del río, si es que el río quiso avisarlos aquella noche. Pues antes de que la luz llegara, los alcanzó la tempestad.

Aquella noche se desató el Bornova. La tormenta estalló justo sobre los picos que ordenaban el manantial del río. Agotados, no se dieron cuenta de la impetuosa crecida del joven río, un río que se embraveció oscuro y cetrino contra aquellos foramontanos rubios del norte.

Aquella crecida del Bornova fue extraordinaria. En Las Juntas, cuando las aguas por fin se retiraron, apareció, en una pequeña isleta de brozas, árboles destrozados y tierra de aluvión, el cadáver hinchado de una mula, atada por el ramal de esparto a un gran tocón de olmo. La otra caballería la devolvió el río, ahogada también, en un vado. Ninguna de las dos llevaba encima una sola onza de plata.

La historia de los dos santanderinos, y su condición de prófugos, se fue sabiendo después. Empezaron ahí muchas cábalas, y las sospechas de que ellos pudieran ser los ladrones se abrieron paso. Nunca pudo confirmarse. Ni su suerte tampoco. Nunca se hallaron sus huesos, ni se tuvo noticia de los ciento cincuenta kilos de plata. De su paradero, solo el río podía dar noticia: ni ellos mismos hubieran podido contarlo.

Séptima parte

El maestro rojo

1

No tengo a nadie a quien contárselo. Soy maestro de escuela, y ayer noche vinieron por mí. Intenté escapar, pero me dieron caza. Hasta el viento, que me golpeaba la nuca y me aullaba en los oídos, parecía anoche mi enemigo.

Hui carretera adelante y me alcanzaron. No tengo nadie a quien contarle que soy maestro de escuela, que era republicano y que me van a fusilar al amanecer.

Me van a fusilar solo. Toda la noche han buscado a otros, pero ellos han logrado ocultarse. Fueron pueblo por pueblo y no encontraron otras víctimas. La camioneta se ha detenido al fin, y en un lugar desconocido del que solo sé que está cerca de un río al que oigo sonar. Un río al que han llamado «Bornova».

Me gustaría contar quién soy, pero me van a matar dentro de muy poco y no tengo a quién. Mis verdugos, los únicos presentes, no merecen la palabra, ni tampoco quieren escucharla.

No tengo a nadie a quien poder contarle sobre mí, antes de que amanezca, y me pongan junto a ese río que siento ahí tan cerca, para dispararme. Odio el tener que morir así, sin poder ni siquiera contar quién soy.

Pero sé quién soy, y también que estos parajes junto al Bornova me son extrañamente familiares, aunque nunca haya estado en ellos. Sé que aquí vivieron mis antepasados.

Fue mi abuelo quien me contó cómo uno de ellos hubo de huir de estos lugares perseguido por la Inquisición, que acusaba a su madre de bruja. La imagen de esa mujer, que debió morir ahogada cuando la perseguían, aunque su cuerpo no apareció nunca, ha estado siempre presente en mi familia. Su memoria nos ha guiado generación tras generación.

Debió ser una mujer maravillosa, extrañamente hermosa, de piel y ojos claros, decía mi abuelo, a quien el suyo le hablaba continuamente de ella.

Era sabia y buena, conocía los secretos de las plantas, y el abuelo de mi abuelo recordaba algunas recetas suyas, aunque dicen que se lamentó siempre de no haber prestado la suficiente atención, y solo recordaba a medias los preparados de su madre. Una recetas que aún seguirán en la alacena de mi casa, pues mi abuelo las puso por escrito cuando aprendió a escribir.

Fue el primero de mi familia que lo hizo. Y aquel fue siempre su

máximo orgullo. Mi abuelo me transmitió el sentimiento de que la mayor riqueza son la cultura y el conocimiento. La ciencia y la sabiduría nos prevalecerán, aunque ahora estos hombres me maten y quieran matar en mí el progreso y la razón. Mi abuelo era pobre. Mi familia lo ha sido siempre. Aprendió a escribir en una Casa del Pueblo en Madrid, donde trabajaba como ayudante en el horno de una panadería. Conoció a Pablo Iglesias, y también a los viejos anarquistas.

Mi abuelo tenía muchos amigos anarquistas con los que hablaba del mundo de hermandad que había que construir, pero él se acabó afiliando a la UGT, porque ellos le enseñaron a leer y escribir en la Casa del Pueblo de Cuatro Caminos.

Fue mi abuelo quien me llevó a la fiesta del 1.° de mayo en el Retiro, después de una manifestación que llenó de obreros el centro de Madrid, y quien me enseñó a cantar La Internacional.

A mi madre, su hija, no la conocí, porque murió al darme a luz, y mi padre se desentendió bastante de mi suerte. Me dejó al cuidado del abuelo, y él se marchó a trabajar a una fábrica de Barcelona. Nos mandaba de vez en cuando algún dinero, pero casi no tengo recuerdos suyos. Era un hombre de aspecto duro, con un pronto muy fuerte, que solía discutir con el abuelo. Se hizo de la FAI en Cataluña, y él y mi abuelo se enzarzaban en interminables disputas las pocas veces que aparecía por Madrid.

Mi padre acusaba al abuelo y a sus amigos de blandos, y decía que los burgueses y los reaccionarios solo entendían el lenguaje de la violencia, y que había que combatirlos con sus mismas armas. Una vez le vi guardar una pistola y, cuando se lo dije al abuelo, tuvieron una pelea terrible. Sus visitas se fueron espaciando cada vez más, y de uno de sus largos períodos de ausencia no regresó jamás.

Una tarde, el abuelo trajo un periódico de los anarquistas, Solidaridad Obrera, en el que venía la noticia de su muerte. Lo habían matado unos pistoleros de la patronal. «Tu padre era un buen hombre: un proletario que murió por los suyos. Aunque yo no estaba de acuerdo con sus métodos, sí lo estaba con sus objetivos», me dijo el abuelo.

Trabajé en el gremio de los panaderos y estudié por las noches. Mi abuelo se enorgullecía de verme leer todos los libros que caían en mis manos, y no le importó que yo fuera físicamente un hombre débil y tímido, que apenas tenía sociedad con mis compañeros ni participaba en sus reuniones. El estudio absorbía mi tiempo libre, y cuando en plena dictadura de Primo de Rivera, el abuelo murió, yo aún me ensimismé más en mis lecturas. Por ello, tal vez nunca pensé en buscar una compañera.

2

Con la proclamación de la República sentí una gran alegría. Pero el día más feliz de mi vida fue cuando me dieron el título de maestro. Al ser destinado a un pueblo de Soria bendije mi suerte, y pensé que había llegado la hora de compartir todo lo que había aprendido con las gentes, de conseguir que el saber y la cultura los hicieran libres.

No me afilié nunca a ningún partido, aunque mis ideas siempre fueron de izquierdas y voté a los socialistas en las elecciones.

En aquel pueblo soriano, cerca del límite con Guadalajara, comencé una nueva vida, los días más fructíferos de mi existencia. Y eso que, al principio, el trato no fue fácil con los campesinos.

La mayoría de ellos se aferraban a su ignorancia como si fuera su don más preciado; alardeaban de su brutalidad, y despreciaban cualquier signo de sensibilidad. Confundían la bondad con la estupidez, la zorrería con la inteligencia, el miedo con la prudencia, la sinceridad con la bestialidad.

Para seguir ahondando en su propia fosa de miseria, ignorancia y superstición, a muchos ni siquiera les era necesaria la negra presencia de aquel triángulo de autoridad, compuesto por el cura, el cabo de la Guardia Civil y un terrateniente de medio pelo, pero que allí adoptaba aires de duque de Alba entre los miserables labriegos.

Mis enseñanzas y métodos no tardaron en chocar con las fuerzas vivas del pueblo, y estas comenzaron su labor para echarme encima al vecindario entero. Pero tan solo lo lograron a medias.

Ya habían intentado, en un principio, atraerme hacia su círculo, pero chocaron con mi cortés pero firme negativa a formar parte de aquel entramado de relaciones donde mi antecesor había sido una pieza clave. Los conciliábulos del cura y sus dos acompañantes, a quienes a veces se unía algún otro labrador de la comarca, o el boticario del pueblo vecino, y que tenía su prolongación en la caterva de viudas, beatas y murmuradoras, unas mujeres llamadas Hijas de María, no solo no contaron jamás con mi presencia, sino que marqué severas distancias desde el primer momento.

Ellos comenzaron su campaña, pero yo no tardé en contrarrestarla con la mía; a sus acusaciones de rojo, ateo y masón, envueltas en el mismo paquete y demostradas contundentemente por el hecho de mi inasistencia a la misa dominical, opuse mi acercamiento a los labradores más pobres a través de sus hijos, quienes antes de que les empezara a apuntar el vello ya tenían que ser capaces de saber llevar

una yunta de mulas y arar un día entero de sol a sol. Y como yo era consciente de su necesidad, no reprochaba frontalmente a los padres su actitud de retirarlos de la escuela en las épocas de siembra o recogida, sino que me ofrecía a paliar en sus propias casas sus ausencias.

Así, al mismo tiempo que los ayudaba, lograba la confianza de sus padres, que veían en mí a alguien cercano, en verdad interesado por sus problemas, que no dudaba en preguntar y escuchar también sus explicaciones sobre sus labores y el cultivo de sus cereales, tubérculos y hortalizas.

La campaña de mis rivales logró sus frutos, sobre todo por sus alusiones religiosas, pero en muchos de los campesinos hizo también mella mi actitud.

—Ese hombre está envenenando a nuestros hijos.

—El maestro no irá a misa, pero es mucho mejor persona que otros que van.

—Solo quiere meterles política en la cabeza. A los chicos y a nosotros.

—Pues yo, lo único que sé es que se preocupa de cómo van, y no le importa el gastar su tiempo libre en echarles una mano si se retrasan.

—Lo que busca es ganarse la confianza de las casas. Ya verás tú luego, ya.

—Lo que sí veo es que al otro no le importaban nada los chavales, ni nosotros, ni el pueblo.

—Demasiado le importa a este. A ver. ¿Por qué tiene que estar un maestro preguntando por cosechas y sementeras? ¿A él qué le va? Yo, lo que digo, es que este es comunista, y ahora se está enterando para que luego nos quiten los pedazos.

—Pues no sé qué te van a quitar a ti los comunistas, desgraciao.

Con detractores y con aliados fue transcurriendo la vida de aquellos años primeros de la República. Luego ganó la CEDA y las cosas empeoraron, pero, mal que bien, pude aguantar en el pueblo. Eso sí, con las fuerzas vivas amenazantes y estrechando cada vez más el cerco. Creo que incluso se dirigieron a la capital de provincia y al propio ministerio en Madrid, pero era aquel un pueblo tan insignificante que no se les hizo caso.

3

Además, he de reconocer que para aliviarme los sinsabores en aquel bienio llamado negro fue cuando a mí me llegó mi propia primavera. Me sucedió lo que nunca me había sucedido en mi vida: me enamoré.

La vieja maestra que enseñaba a las niñas se jubiló y se marchó del pueblo. En su lugar, hasta que enviaran a la nueva propietaria de la plaza, llegó una joven interina. Una chica delicada, aparentemente muy poquita cosa, pero que iba a ser la única mujer de mi vida.

Mari Paz llegó al pueblo, su primer destino, como asustada. Era una chica delgadita y con gafas, de voz muy tenue, con el pelo recogido y la piel blanquecina, cuyo único objetivo parecía ser su propósito de pasar desapercibida. Pero aquello, lo comprobé muy pronto, solo era una fachada, artificialmente construida a lo largo de muchos años de obligada sumisión a unos tíos que la recogieron al quedar huérfana, y que le hicieron pagar durante todos los días de su vida por aquella hospitalidad.

En los primeros tiempos, ella se dedicó simplemente a observar: atendió cortésmente todas las invitaciones, Hijas de María incluidas, participó en cuantas reuniones fue requerida, y mantuvo un comportamiento ejemplar, a juicio de las fuerzas vivas, en contraposición con el del maestro, o sea, yo.

Sus relaciones conmigo fueron desde el primer momento cordiales. Algo distantes, pero cordiales, y me percaté de que mi actividad, digamos extraescolar, no le pasaba nada desapercibida. Desde su llegada, y durante casi dos meses, no me hizo ni un solo comentario. Luego, una mañana, mientras los chicos estaban en el recreo jugando al pañuelo y chillando, sentados en la barandilla de la plaza, me soltó a bocajarro su conclusión, que ni siquiera podría borrar del recuerdo esta amarga hora de muerte:

—Su labor en este pueblo me parece admirable. Usted también lo es. Usted me gusta mucho, y me he enamorado de usted.

Y se quedó mirándome tan tranquila, desde detrás de sus gafas de concha clara.

Cuando pude reponerme de mi sobresalto, me di cuenta de que me estaba diciendo algo más.

—El que usted no sea creyente, y yo sí, no representa un problema, aunque quizá debiera usted hacer menos alarde de su agnosticismo. Es algo que confunde y hiere a estas gentes, para las que la religión ha

sido el único refugio de sus desgracias. No creo yo que sirva de nada el atacar esas creencias. No es lo importante.

Hoy todavía no me acuerdo de qué contesté, ni cómo acabó aquel recreo, ni siquiera cómo finalizó la mañana. Lo único cierto es que desde aquel día fui suyo. Pero fueron de los dos otras muchas cosas: fueron, especialmente, los paseos por el campo, al acabar las clases, buscando nuestro sol del atardecer.

En el pueblo, los más reaccionarios respondieron a nuestro amor con todo su desdén y con toda su rabia, pero sobre todo descargaron la murmuración contra ella, que les había hecho concebir esperanzas de ser una útil aliada.

—Mira la mosquita muerta…

—Valiente tiparraca, tan ansiosa de hombre que no le ha importado irse con ese enclenque quince años más viejo que ella.

—Como si no hubiera mozos aquí capaces de darle lo único que parece que busca.

Pero nosotros éramos felices, y nos casamos por lo civil en Madrid, el día dieciocho de febrero de 1936, dos días después del triunfo del Frente Popular. No consentí en casarme por la Iglesia, y nos fuimos de viaje de bodas a Barcelona, donde ella había nacido, a pesar de haber vivido desde los cinco años en Zaragoza.

En Barcelona vivimos dos éxtasis: el nuestro y el que se desarrollaba a nuestro alrededor, pero, cuando regresamos al pueblo, comprendimos que se acercaba la tragedia. Las pasiones aún no se había desatado, pero estaban a punto de hacerlo. Había nuevo alcalde, un buen hombre, el herrero del pueblo. Algunos de mis antiguos alumnos lucían pañuelos rojos en las fiestas, y los campesinos más pobres no se recataban ya en sus amenazas a los caciques, entre ellos, al viejo alcalde, que había puesto tierra de por medio y se había marchado a Soria, dejando al bestia de su capataz y a un hijo suyo —un auténtico señorito, sin juicio ni beneficio, que se había hecho falangista— al frente de su hacienda. Ni uno ni otro, en tiempos de la CEDA, se habían privado de amenazar a los de izquierdas, y de las palabras pasaron a los hechos, propinando palizas brutales a sus adversarios políticos y llegando a dejar medio lisiado a uno de los más jóvenes.

La situación se me fue escapando de las manos. Los chavales a los que yo había enseñado me respetaban, sí, pero se reunían en otros pueblos, se organizaban a mis espaldas, y procuraban que yo no me enterara.

—El maestro es bueno, pero demasiado idealista. De esto no avisarlo, porque no lo entendería.

«Esto» fue juramentarse con unos ferroviarios de la UGT, y que los sindicalistas devolvieran visita al hijo del cacique, al capataz y a

algunos amigos de su pandilla.

Se la devolvieron, pero el capataz disparó con su escopeta de caza y malhirió a uno de Burgo de Osma. Al capataz le metieron casi un cargador de pistola en el cuerpo, y se quedó seco en el acto. El señorito se escapó con sus amigos, y el grupo de ugetistas se presentó furioso y vengativo ante el curato.

El cura fue escondido por algún vecino, y se desahogaron rompiendo una hornacina que había en su puerta con una virgen. Quisieron ir a la iglesia, pero ya muchos del pueblo, entre ellos quienes los habían llamado, lograron hacerles desistir.

Mi hijo nació tan solo un mes antes de la sublevación fascista; «antes de tiempo», dijeron algunos con una sonrisa torcida, y por eso el levantamiento nos sorprendió en el pueblo. Nuestra zona, se vio de inmediato, quedó al lado de los franquistas, y yo lo único que pude lograr fue que mi mujer y mi hijo huyeran, ayudados por unos vecinos, hasta la ciudad de Guadalajara, que se mantuvo leal a la República. Yo, después, quise seguirlos, pero mi intento fue inútil.

4

Los jóvenes del pueblo se marcharon buscando cada uno su bando. Yo no quise seguirlos. Lo más terrible se ha desatado, aunque la carnicería no haya hecho más que comenzar.

Una guerra civil es lo más espantoso que puede sucederle a un pueblo, pero ya nadie va a detenerla.

A estos hombres que me han apresado ni siquiera los conozco. Estaba oculto en casa de un labrador amigo cuando se han presentado ante la puerta. Un vecino me había denunciado. Aún hubiera podido escapar por la puerta trasera, pero cuando trasponía las últimas construcciones del pueblo, caí en manos de otro grupo con camisas azules.

—Y este, ¿quién es?

—Es el maestro rojo —contestó una voz conocida, oculta en la oscuridad.

—¿Y aquí no hay más rojos?

—Su mujer, pero se ha escapado, y algunos que este había envenenado y que se han ido al frente. Hay alguno torcidillo, pero el cabecilla es este.

—Subidlo a la camioneta.

Paramos en otros dos pueblos.

Llegué a oír en algún momento el nombre de Casetas, luego el de Atienza, y por fin una parada larga en Albendiego.

En ciertos momentos escuché disparos. Mis captores estaban furiosos. Otros se les habían adelantado o sus víctimas habían logrado escapar. Ya solo me tenían a mí, y yo sabía, por fin, que este iba a ser mi último viaje.

—Vamos hasta Somolinos, a ver si cazamos alguno más.

—Rápido, que está amaneciendo.

Somolinos está despierto. Un hombre levanta el brazo saludando y grita:

—Esta noche ha pasado una fuerza en dirección a los Condemios.

—¿Y los rojos de aquí?

—Aquí ya no hay.

Arrancamos, pero instantes después la camioneta vuelve a parar.

—Tú, baja.

Me da igual que me maten de frente o por la espalda. Tengo las manos atadas, pero mis pies siguen libres. Cuando me hacen saltar del camión, tropiezo y caigo al suelo, pero inmediatamente me levanto y

aprieto a correr. No esperan mi reacción, ni tienen totalmente preparadas sus armas. Cuando quedan a mis espaldas y sigo monte adelante, apenas oigo la confusión de sus voces.

—¡Que se escapa!

—¡Tira! ¡Tira!

—¡Joder! ¡Que se nos va!

Suenan los disparos. Sé que alguno me va a matar, seguro, pero la bala tarda en llegar.

Ahora, sí. La bala llega. Me ha alcanzado la pierna, en el muslo, y me hace caer.

—¡Ha caído, ha caído! Le he dado yo.

Pero me levanto. El río está a dos pasos.

—¡Tira! ¡Tira! Remátalo, que se levanta.

Otra bala me alcanza. La siento morderme la carne bajo el hombro, y cómo me brota la sangre también por delante, sobre el pecho y la tetilla derecha.

Pero ya estoy cayendo hacia el río, hacia el abrazo del agua. Solo pienso que no tenía nada que gritarles a mis enemigos, pero no quería recordarme en mi último instante sumiso ante los cañones de sus armas.

—Ha caído por aquí. He oído el ruido al dar en el agua.

—Se ha tirado a la laguna.

—¡Qué se va a tirar! Le han pegado las últimas balas. Ha caído muerto.

—¿Ves? No sale.

—Eso sí. No se le ve, y nadar no debe poder, porque iba con una pierna a rastras y las manos atadas.

—Bueno, mirad por todas partes, no sea que se deje ir hacia una orilla. Pero daos prisa, que ya es de día y hay que volver a la bandera.

Miraron por las orillas, pero no volvieron a dar con mis huellas. Y a mí tampoco me quedan más recuerdos.

Final

Los cabreros del Bornova

Es Viernes Santo en Hiendelaencina. De esa iglesia sin apellidos, de piedras sin historia, sale la procesión. Una Dolorosa rodeada de velones y un sepulcro iluminado en su interior. El pueblo se apiña detrás, y se adentran todos en la oscuridad de la callejas. Se van con el ruido confuso de las gentes al andar, con murmullos apagados. Brota, entre velas temblorosas, el tremor del «perdona a tu pueblo, Señor, perdónalo, Señor», como un lamento, como un gemir colectivo, «no estés eternamente enojado, perdónalo, Señor» como una súplica por innumerables pecados comunes, terribles, inconfesables.

La procesión desemboca en una calle que se abre al campo. Sus clamores se pierden hacia la profundidad del espacio. Hacia adelante: oscuro. Hacia arriba: infinito. Las luces de los velones son acorraladas en las eras por la llanura inmensa que las rodea, tenebrosa. Los niños se remueven y se apretujan inquietos. Los mayores están inmersos en su propia representación y alguna vista se vuelve al cielo, tachonado de estrellas. Sus luces son amables, firmes. La cúpula brilla esplendorosa, viva, acogedora, reconfortante.

Se va marchitando el «perdónalo, Señor, perdona a tu pueblo», cuando se regresa a la plaza. Esa plaza nueva de Hiendelaencina, trazada a escuadra y cartabón, sin recovecos. Las mujeres y los niños son, casi en exclusiva, quienes acompañan las imágenes de regreso al templo. Los hombres, viejos y jóvenes, van desgajándose de la comitiva, haciendo corros y caminando con parsimonia hacia los bares, frente a la iglesia.

Un grupo de pastores bebe limonada. Le llaman así al vino preparado con frutas, algo de licor, azúcar y canela, propio de estas fechas. Los pastores se mantienen en corro aparte, un poco separados de la gente. Son cinco y uno más, un forastero con ropa de ciudad que solo escucha y que no cuenta. El más joven, un cabrero, es un mozo rubio que apenas supera la veintena de años, de pelo y barba ralos, mentón débil y mirada huidiza. Es de Alcorlo, el pueblo que anegaron las aguas.

Esta vez no fue el río desatado: esta vez fueron los hombres y las máquinas los culpables, al tapar la salida para construir un pantano. El nivel fue creciendo y creciendo, tan despacio que parecía que nunca alcanzaría demasiada altura; pero un día las aguas entraron al asalto en Alcorlo, llegaron a las paredes de las corralizas de las afueras, se deslizaron por las calles, fueron cubriendo primero un muro, luego se colaron por una ventana, y reventaron una pared por donde salieron flotando unos cestos, una silla con una pata rota, un colchón viejo y un borbotón de botellas y frascos que se fueron a la deriva, chocando entre sí y contra las esquinas. Por fin, el Bornova alcanzó un tejado, y luego otro, y hubo un derretirse de tejas por los aleros. Solo quedó

sobre las aguas la torre de la iglesia y la veleta del campanario. Luego solo la veleta, después un último remolino, y ya, nada.

—Te has quedado hasta sin pueblo, zagal.

El mozo rubio y ralo es más retraído aún que sus compañeros, pero con la limonada y la canela se anima.

—Pues no creas que no les costó. El río se filtraba por todos sitios, y ellos venga a echar cemento y cemento, y como nada. Es que el Bornova tiene muchas trampas.

—Dicen que apareció una cueva inmensa, en pleno cañón del Congosto, y que, en el fondo, entre la broza y las maderas, estaban los huesos de dos hombres.

—La cueva estaba allí, eso sí, y que la tuvieron que cegar para que no se escapara el agua, también. Se habló de huesos y calaveras, pero yo de eso no sé nada.

—Sí, eran los esqueletos de dos hombres. Esos seguro que tenían que ser los santanderinos que se llevó la riada, aquellos que robaron un quintal de plata y mataron a no sé cuántos vigilantes.

Un buen día, Viernes Santo, para hablar de sucesos, acaecidos, muertes, calaveras y ánimas del purgatorio. También para hacer cábalas de lo que pudo pasar y para recordar el esplendor de Las Minas y los días de la plata. Aunque para eso siempre hay tiempo en el bar, aunque no sea Viernes Santo.

—Pues para mí, que lo que les pasó a esos dos es que los pilló la riada en Las Juntas. Los debió de coger dormidos y, cuando se quisieron dar cuenta, el río se los llevó por delante. Tuvo que ser un agua muy fuerte para bajarlos hasta el Congosto, pero más abajo ha llevado el río alguna oveja ahogada, y una oveja y un hombre no son tan diferentes en peso. Así que allí se atascarían y se pudrirían en la cueva, hasta ahora, que han entrado los ingenieros del pantano.

—Sí, pero ¿y el quintal de plata, el que robaron? Ese no apareció nunca. ¿O es que apareció y os lo quedasteis vosotros, los de las obras? —pregunta y acusa el pastor dirigiéndose al forastero.

—Allí solo había huesos —responde con certeza este, y vuelve a su silencio.

—¡Si va a aparecer! ¡Descuida tú que aparezca! A saber lo que habrá sido de ella. Lo mismo estaba en la cueva, y por eso han hablado tan poco de los esqueletos. Ni tú ni yo vamos a ver un gramo de ella. Eso tenlo por seguro.

—O a los santanderinos, ni se los llevó la riada, ni Cristo que lo fundó, y la plata se la gastaron en América.

—Pues a lo mejor.

—Pues eso.

La conversación se atasca. Piden otra jarra de limonada para que vuelva a brotar de nuevo. La llevan medio bebida cuando el pastor

rubio se decide a intervenir otra vez. Suelta la frase como un perdigonazo, como arrepintiéndose inmediatamente después de pronunciarla.

—Lo que sí hay en el Bornova es una lamia.

Un silencio. Luego unas miradas, y uno pregunta:

—¿Una lamia? ¿Y qué es ese bicho?

—No es bicho. Es una mujer. Pero no una mujer normal. Es un ser que vive allí, en el río, desde siempre. Es como una bruja, pero no es un bruja.

—¡La bilia, por dónde sale el mozo! No te jode ahora, con la lamia.

Los otros corean el sarcasmo.

—Vosotros, los de Alcorlo, siempre con historias del río. Desde que el pantano ha tapado vuestro pueblo no dejáis esas cantinelas. Ahora esa lamia, o como se llame, seguro que se ha refugiado, como poco, en vuestras casas hundidas. Sitios debajo del agua no le han de faltar, no. Tiene el pueblo para ella sola. A lo mejor se ha hecho un palacio en la iglesia.

Por una vez, el muchacho se atreve a responder.

—Yo os digo que el Bornova tiene una lamia, y muchos la han visto. Lo que pasa es que vosotros aquí, en lo alto, ni os asomáis ya al río. El Bornova es un río muy hondo, y Dios sabe qué se esconde por tantos andurriales como tiene. Por muchos sitios hace años y más años que no pasa nadie. Los pastores vamos por arriba y los pescadores a rape de la orilla, pero hay muchos sitios del cañón, muchas rinconadas, que ni se pisan.

—Eso es verdad. Están todos los molinos abandonados, lo menos cuatro, y quién sabe qué habrá dentro.

—Yo he oído contar lo de una bruja que había hace muchos años en uno de ellos, y a la que mataron los de Gascueña, después de que les hiciera mucho mal, a ellos y, por lo visto, a los de todos estos pueblos. Cuentan que menuda la que tuvieron que pasar hasta acabar con ella, y que el cuerpo se lo tragó el río. A lo mejor es su espíritu, la lamia esa. O sea, como un alma en pena.

El mozo resiste e insiste.

—No, esa no es la lamia, ni un alma en pena, ni el espíritu de ninguna bruja vieja. La lamia es mucho más antigua, y dicen que es joven y muy guapa. No es un ser que pueda venir del infierno.

—¿Es que tú la has visto?

—Verla, no la he llegado a ver, pero más de una vez la he sentido cerca. ¡Ya lo creo que la he sentido! Trae como un viento, como un gemido de aire que no es aire. Y el ganao se espanta. No hay quien lo sujete, pero yo no he tenido nunca miedo cuando estaba cerca.

Ponen otra jarra de limonada y se llenan de nuevo los vasos. La conversación se acalla, y los hombres miran al suelo buscando

recuerdos.

—No, si en el Bornova hay sitios que tienen algo, no sé qué, pero algo. En el tercer molino, mismamente, está el escalón aquel del agua: parece ser vado, y, sin embargo, no hay quien lo cruce. Se diría que el río se te enrosca y quisiera tirarte, hacerte daño. O la poza de más arriba. Nadie ha podido ver el fondo. No se llega con la vista y no hay quien pueda capuzarse hasta abajo del todo. Mira el veraneante aquel que nadaba tan bien y se tiró. Lo pilló el remolino y adiós, allí se quedó.

—Y lobos. Dicen que no hay ya lobos y, sin embargo, se ven lobos. Aparecen y desaparecen. Andan por allí durante el invierno. Luego, no quedan rastros, y por mucho que los cazadores y los perros buscan huella, nada. Y sin embargo, el Manolo, el gravero, dice haber visto uno bien cerca, a veinte pasos. Tan cerca estaba que cuenta que era manco el animal, que le faltaba una pata.

Los hombres rebullen y el corro se aprieta. Apuntan las cabezas para oír mejor, y entonces el cabrero vuelve otra vez a hablar.

—Mirad. Yo os puedo decir quién ha visto la lamia. Alguien que está vivo y que conocéis todos. Pero os vais a reír si os lo digo.

—¡Que no, hombre, que no! ¡Qué nos vamos a reír! Tú, dilo. Di quién es.

—El Celedonio.

—¿El Celedonio? ¿El de Prádena?

—Sí, ese.

El coro se esponja. Estallan las risas. Risotadas brutas en las bocas y burla en los ojos. ¡El Celedonio! Se ríen a gusto. Con el nombre, la inquietud se ha ido y la atmósfera de misterio y miedo desaparece. ¡El Celedonio! Qué va a contar el borrachín de Prádena, el más famoso de los borrachos de la comarca. El Celedonio, con sus más de sesenta y cinco años en las costillas y, además, cuatro borracheras a la semana desde hace veinte.

Ahora parece que entre mejor la limonada, que sepa de otra manera. La charla se reabre, menos densa. El chaval de pelo pajizo vuelve a callar, a agachar la cabeza, y a mirar, con ojos huidos, algún lugar del suelo. Las lamias, las apariciones y los sucedidos se han desvanecido y se retorna a lo cotidiano.

—Lo peor para el pastor, la cabra. La oveja se lleva mejor, da menos guerra.

—Pero por esta zona la cabra se cría mejor, y es más útil. La oveja aquí tiene mucho menos pasto. La cabra es más de este terreno.

—No, si lo mejor sería asustarse por la vega y dejar estos breñales.

—Ya, pero por los llanos están quitando todos los rebaños. Dicen que no hay quien pueda llevarlos.

—*Mía tú. Lo que pasa es que no quieren pagar. Antes, por cuatro*

perras, tenían un pastor, pero ahora no quieren pagar, que no pagan todavía nada, y claro, tampoco hay pastores. Así que llevan ellos las ovejas por turno, entre unos cuantos, quitan la punta.

—Bueno, sí. Pero es que también se ha ido mucha gente.

—Eso sí. Aquí quedamos cuatro viejos, y algunos que no tienen luces para ir a ningún sitio.

—¡Y menos que había que quedar!

—¿Y dónde vas a ir tú? A ver ¿adónde? Ni yo, ni este. Lo único que sabemos es guardar ganao. Eso sabemos. Ni sabemos letras, ni tenemos oficio.

—Pues lo del ganao no es poco. Aún da. Ahora que, eso sí, lo que dice ese: mejor, la oveja. La cabra no para, y siempre quiere tirar por el peor sitio. Parece que no está a gusto si no anda por el borde de un despeñadero.

—El otro día me quitó un cabrito la zorra. Con los partos es que las tienes todo el santo día encima. Se me echó una cabra a parir y no me di cuenta. Al contarlas aquí, en el pueblo, caí en lo que había pasado. Al otro día solté hacia el mismo sitio, y la madre salió rápida de entre unas matas a buscar el rebaño. Asustadito venía el animal. Pero del cabrito, ni rastro.

—Pues eso fueron dos zorras: la pareja. Una sola no hubiera podido con la madre. Yo ya les conozco a esas pájaras la operación: verían donde se echaba, y en cuanto cayó la tarde, a por ella. O les dio el tufo del parto, que menudo fato tienen. Luego se liarían a dar vueltas alrededor de la cabra para marearla. Es difícil que les quite el cabrito una zorra sola. Pero si va la pareja, sí se lo quitan. Una vuelta va, una vuelta viene, y cuando la cabra se tira a topar a una, la otra le echa el diente a la cría.

—Pues serían dos, pero sin cabrito sí que me dejaron, sí.

Uno se vuelve hacia el chaval. Siente que está dolido e intenta un ánimo.

—¿Y tú no dices nada, hombre? ¿Te has vuelto mudo o qué? Vamos, hombre, no te enfades, y anímate. Aunque sea Viernes Santo, fiesta es al fin y al cabo. Además, dentro de un día resucita.

—Déjalo. Ya sabes cómo es. Estará pensando en su lamia. A lo mejor, hasta te casas con ella, zagal.

—Venga, dejad al chico. Yo lo que digo es eso de lo que hablabais antes de los lobos. Yo digo que aún tienen que quedar por aquí.

—Alguno quedará, por mucho que digan que los han descatao. Por los montes de arriba seguro que tiene que haber, aunque aquí abajo no creo que lleguen, por lo menos en esta época. Con el frío será otra cosa.

—Pues aún mataron uno no hace tanto. No hace tanto que mataron aquel tan grande en Cantaloyas. Creo que fue por el sesenta y siete.

—Pero lo que yo te decía. Fue más alto. Casi en la linde con Segovia.

—Era temeroso el lobo. Yo de chico aún los he visto. Muertos, pero los he visto. Ya entonces decían que casi no había, pero era temeroso salir por el invierno. Que verlos no los veías, pero los aullidos bien cerca que se sentían.

—Pues yo os digo que, con la espesura que se está dejando echar al monte, seguro que vuelve el lobo a criar por el Bornova, si no cría ya. Que todo eso que contabais de los espantones del ganao y de las ánimas a lo mejor es el lobo, que ha vuelto por la zona. Estamos inventando cuentos, y a lo mejor están los bichos haciendo manda.

—No sé, no sé. Por este río siempre ha habido mucho raro. Que si los moros, que si las hechiceras, y ahora sale este de Alcorlo con lo de una lamia.

Uno de los pastores ha permanecido a lo largo de la noche y de la conversación en silencio. Casi no ha participado en ella. Es un hombre ya mayor, pero que conserva todo su pelo sin apenas canas, y tiene marcadas diferencias físicas con los otros pastores. Es menos tosco en todo su continente, su rostro refleja una mayor inteligencia, y tiene una mirada viva y penetrante. Se nota que sus compañeros le respetan. Le llaman el Calatraveño, como a su abuelo.

Están deseando que hable él también de lobos, pero no saben cómo pedírselo. Uno se decide:

—Tu abuelo, Calatraveño, sí que sabía de lobos. Casi lo mataron a él mismo cuando andaba con las merinas.

Todos conocen la historia de su abuelo. Llegó al pueblo un invierno con los ganados trashumantes, de vuelta hacia el sur, pero él tenía decidido quedarse. Todo su empeño fue ajustarse en la mina, y en las minas logró trabajar durante algunos años. Pero un buen día dejó el tajo y volvió con las ovejas. Aquel zagal que llegó huyendo del oficio de pastor y de los lobos volvió a él al cabo de unos años, y se convirtió en el mayoral más famoso de los hatos de ganado trashumante.

Al Calatraveño le debieron de poner así porque se casó con una muchacha de aquella zona de La Mancha, y en ella tuvo su hogar, aunque su techo fueron casi siempre los cielos rasos, y él acabó siendo una leyenda en los cordeles y cañadas de la Mesta. Año tras año, no dejó nunca de acudir con los rebaños de merinas a la cita, y no falló jamás en su visita a Hiendelaencina. Nadie conocía el monte como él, ni las costumbres de los lobos, ni tenía mejores perros, ni trataba mejor al ganado, ni era más justo con sus ayudantes y sus zagales.

«Yo, todo lo que sé, se lo debo al primer pastor con el que me ajusté. Estando en la mina, me di cuenta de que la vida que me gustaba era la de andar en la paz de los campos junto a los ganados»,

se comenta que afirmaba el abuelo Calatraveño.

Sabía tocar como nadie la dulzaina, y era de carácter alegre, aunque sin resultar vocinglero.

A los lobos, el Calatraveño les tenía mucho respeto. Pero ni los odiaba, ni les tenía miedo.

«El lobo tiene el mismo derecho que nosotros a las sierras. Hay que plantarle cara porque es enemigo de nuestro ganado, pero hay que entenderlo y saber que él también está obligado a plantarnos cara a nosotros, por su supervivencia y la de su manada».

Esto dejaba a otros pastores atónitos, pero era tal el respeto hacia él que nadie le contradecía. Con respeto o no, el Calatraveño había dado cuenta de muchos lobos con sus mastines, y se decía que había matado él mismo más de uno con su cayado de puntera de hierro.

Las andanzas del Calatraveño duraron años. Por fin, una temporada no vino con los ganados, pero cuando todos se echaban cuentas de qué habría sido de él, una tarde se presentó en el pueblo, en un carro cargado de cacharros y muebles hasta los topes, y montados encima su mujer y su hija.

Esta vez sí que iba a quedarse para siempre.

Y el Calatraveño se quedó en Hiendelaencina. Se ajustó en lo que sabía, o sea, de pastor, pero ya no hizo más el largo camino.

El pueblo le recibió con gusto, y allí vivió hasta su muerte, cuando las minas de plata empezaban a flojear y cerrarse, y cuando la trashumancia comenzó a decaer.

Su única hija se casó con un labrador del pueblo, uno de los más ricos, pues la chica manchega fue una real hembra y no había mata de pelo más bonito que el suyo en todo el contorno. Tuvieron cuatro hijos que se criaron en el pueblo, ya metido cada uno en lo suyo: el mayor, agricultor; los dos medianos, chico y chica, emigraron a la capital; pero el más pequeño, ante la sorpresa de todos, y aunque tenía tierras de labor, dijo al volver de la mili:

«Yo lo que quiero es ser pastor, como lo fue mi abuelo».

Y eso hizo. Y los de Hiendelaencina le trasplantaron el apodo de su antepasado.

Esta noche todos quieren que hable de lobos. Pero él está pensando en otra cosa. Está pensando en lo que ha dicho el muchacho de Alcorlo. Y al final el Calatraveño habla:

—Mi abuelo vio más de una vez al lobo de tres patas. Decía que era inmortal, pues debía ser el mismo que había peleado con los mastines en su primer viaje, y que no podía seguir vivo después de tantos años, pero que lo había visto. Siempre al amanecer, siempre en días como de bruma, y siempre en el mismo sitio: en la cabecera del río Bornova. Y mi abuelo decía que aquel lobo escoltaba a alguien, a algún ser, que él notaba que el animal no estaba solo, que tenía una

especie de amo o de ama al que seguía a todas partes, y que ese ser, desde luego, vivía en el agua, en las profundidades del río, en la laguna de Somolinos, vamos, aunque a veces andaba corriente abajo por todo el cañón.

—O sea, que eso podía ser la lamia que decía este.

—De lamias no habló nunca mi abuelo, y yo, desde luego, aunque llevo toda mi vida por esos andurriales con las ovejas, os aseguro que no he visto ninguna. Pero sí he visto otra cosa de la que nunca he hablado ni contado nada a nadie.

Hay un estremecimiento en todo el grupo. Las voces se hacen más quedas, adquieren el tono de los secretos y el susurro de las confidencias. Todos saben que el Calatraveño va a decir algo importante.

—¿Y qué era lo que has visto, Calatraveño?

—Solo una vez en mi vida, pero lo he visto. He visto al mismo lobo que veía mi abuelo hace más de cien años. He visto al lobo que solo tiene tres patas.

Durante unos segundos todos se quedan silenciosos. Es mejor no hablar más. Casi hay miedo en los ojos de los pastores. Se apura con rapidez la última jarra. El coro se desgaja. También el mozo, que dicen que es un poco corto, se va hacia su casa, con sus andares desgarbados. Todo él es ralo y apocado, como su pelo y su barbilla. Vive en las afueras. Antes de irse a dormir, y mientras mea vuelto de espaldas al pueblo, mira hacia adelante, hacia abajo, al oscuro manchón donde se presiente el Bornova y luego sonríe. Sonríe a las estrellas.

Epílogo

«Estoy viendo bailar a los danzantes de Valverde de los Arroyos, como los vi danzar hace miles de años en torno al cuerpo preso de mi amado. Están bailando los danzantes en las campas verdes la vieja danza del prisionero, que no se cansan nunca los hombres de bailar. Han continuado persiguiéndose los unos a los otros como lo han hecho desde que aparecieron sobre la tierra. Desde su primer aliento no han hecho otra cosa que intentar acorralar a otros hombres, que subyugar a los más débiles y aplastar a los pocos bondadosos que nacen entre ellos. No se han concedido un respiro, no se han permitido la paz. No han hecho otra cosa que hollar hasta el último rincón en sus estúpidas persecuciones, en su desaforado intento de poseerse unos a otros, de poseer a su propia madre, la Tierra, cuando es ella la que al fin ha de poseerlos a todos, de poseerme incluso a mí misma, que soy lo imposeíble.

»Porque yo solo soy el refugio de los que no tienen ya otro horizonte en sus ojos que la huida, y solo les queda la esperanza de un definitivo silencio en sus corazones».

Las recetas de la curandera del Bornova

Aunque quizá incurra en algún delito de hechicería, no me resisto a apuntarles algunas de las antiquísimas recetas, cocciones, cocimientos e infusiones que, herencia de la molinera del Bornova, se han transmitido, bien recogidas por el maestro de escuela o por las comadres de los contornos, y que hoy forman parte de la sabiduría popular. Pero como quiera que uno no quiere ser perseguido, ni por la Santa Inquisición, ni por el Colegio de Médicos, tomen la precaución de consultar con los galenos colegiados antes de preparárselas, y no olviden nunca que lo que han leído es una novela.[1]

[1] Podrá observarse que se han conservado las unidades de medida originales de las recetas: un puñado (20-30 g), medio puñado (10-15 g) y una taza (15-20 cl). Además, cada credo rezado devota y lentamente equivale a unos tres minutos.

Infusión para intestinos débiles

Corteza de saúco (segunda capa): un puñado
Ruibarbo: un puñado
Raíz de helecho hembra: medio puñado
Linaza: medio puñado
Agrimonia: medio puñado
Espino: medio puñado

Una cucharada por taza. Déjese que rompa a hervir, apártese del fuego y manténgase en reposo mientras se rezan tres credos.

Se tomará una taza antes de acostarse.

Decocción para estreñimiento pertinaz

Tallo de dulcamara
Corteza de espino
Flores de malvavisco
Hojas de uva espina
Flores de tilo
Raíz de ortigas
Hojas de achicoria silvestre
Ruibarbo (el rizoma)

Bien mezclado todo a partes iguales (salvo el ruibarbo, del que solo se empleará una mitad), se pondrá una cucharada por cada taza.

Déjese hervir un credo y añádanse de seis a ocho hojas de sena silvestre, y déjese reposar mientras se rezan cuatro credos. Deberá tomarse una taza después de la cena.

Decocción para dolores de estómago

Absenta: Hiedra
Albahaca: Hisopo
Escolopendro: Mejorana
Escordio: Salvia
Gaulteria: Verónica

Germandrina

De estos ingredientes, combinados a partes iguales, póngase una cucharada por taza de agua. Déjese hervir el tiempo de rezar un credo y reposar otros tres credos. Tómese entre comidas.

Colitis

Bastará con una cucharada del fruto seco del arándano negro por taza de agua.

Se hervirá mientras se rezan cinco credos, se colará presionando el fruto para extraer su zumo, y se tomarán seis tazas en veinticuatro horas.

La receta más empleada por la curandera se componía de flor de brezo, hojas de mejorana, tomillo, melisa y botones de rosa a partes iguales. Una vez mezcladas, se echaban cuatro cucharadas a cinco o seis tazas de agua hirviendo y se dejaba reposar durante el rezo de tres credos. Tal es la dosis diaria.

Otras plantas que pueden dar buenos resultados en casos de necesidad son las bayas de espino, las hojas de llantén, las de zarzamora o las de acanto, el geranio silvestre (raíz de alumbre), y las raíces y hojas de las fresas, remedios estos que, además de ser eficaces, no producen estreñimiento.

Verrugas

Un corazón de cebolla

Se le pone un poco de sal marina. El zumo salado que se obtenga se aplicará cuatro veces al día en las verrugas.

Varices y almorranas

Corteza de roble: un puñado
Raíz de consuelda: un puñado
Hojas de llantén: medio puñado
Hojas de muérdago: una cucharada

Se cuecen a fuego alto en cinco o seis tazas de agua durante cinco credos.

Al comenzar el tercero, se añade media cucharada de fruta de membrillo seco, y con el quinto credo se añade otra media cucharada de aristoloquia.

Se prepara por la noche, y se deja macerar hasta la mañana siguiente, que es cuando debe aplicarse sobre la parte afectada.

Para limpiar la sangre

Corteza de espino: un puñado
Hierba de San Juan: un puñado
Saponaria: un puñado
Hojas de borraja: medio puñado
Flor de tomillo silvestre: medio puñado
Cola de caballo: medio puñado

Bastarán dos cucharadas de la mezcla por taza de agua. Cuando rompa a hervir, se apaga y se deja reposar tres credos. Se bebe antes de cenar.

Otro remedio para los males de la sangre sucia se puede hacer a base de ortiga mayor, que ha de recolectarse entre los meses de mayo y agosto. Se aprovecha toda la planta en flor, desmenuzada; se pone a remojo en agua y después de doce horas se extrae el jugo. Ese jugo es muy eficaz para limpiar los malos humores de la sangre.

Reuma y piedras en el riñón

Hojas de ortiga: un puñado
Hojas de álamo: medio puñado
Raíz de diente de león con su planta: un puñado
Cola de caballo: medio puñado
Escaramujo con semilla: medio puñado

Por cada tras tazas de agua son necesarias dos cucharadas de esta mezcla. Cuando empieza a hervir, se retira del fuego y se deja reposar durante el rezo de cuatro credos. Se cuela y se beben dos tazas diarias durante ocho semanas. Las tisanas deben tomarse el mismo día de su preparación.

Riñones y vejiga

Hojas de gayuba: dos puñados
Hojas de fresno: un puñado
Hojas de grosella negra: un puñado
Cola de caballo: un puñado
Hojas de menta: un puñado
Espino: medio puñado
Cinco cucharadas por cada seis tazas de agua.
Se hierve durante dos credos y se deja reposar tres más.

Se mejora el remedio bañándose, dos o tres veces al día, con una infusión de hojas de vid, las manos y los pies.

Paperas

El enfermo no debe comer carne, solo verduras, y además habrá que darle baños de caderas, de agua fría, entre dos y cuatro baños al día, dependiendo de la fiebre. Si la fiebre fuera muy alta, debería guardar ayuno absoluto.

Se deben aplicar, además, emplastos de arcilla de un dedo índice de espesor, tres veces al día, y dejarlos puestos dos horas sobre el cuello y también sobre sus partes pudendas.

Anginas

Espino: dos puñados
Hojas de fresno: un puñado
Raíz de grama: un puñado
Cebada sin cáscara: un puñado
Hisopo: un puñado
Raíz de regaliz: un puñado

Se ponen una o dos cucharadas de esta mezcla por taza. Cuando rompa a hervir, se quita del fuego, se deja reposar y se bebe caliente. Se toma antes de dormir.

Durante el día, frótese suavemente la zona del mal con una mezcla

de miel y zumo de limón, y aplíquense emplastos de arcilla varias veces al día.

Tosferina

En seis tazas de agua se pondrá una cabeza de ajo y un puñado de tomillo.

Cuando rompa a hervir, se deja a fuego lento, hasta que el líquido se rebaje a la mitad.

Cada tres horas se le da una cucharadita de la infusión al niño.

Mal aliento

Se administrará a quien lo padezca cinco o seis tazas al día de una tisana a base de hojas de romero y hierbabuena, mezcladas con semillas de hinojo.

Asma

Mejorará con un tazón de tisana hecha con hojas de tomillo, hierbabuena y ajedrea, una vez al día.

Cistitis

El mejor remedio es una tisana a base de flores de brezo, espliego y malva, mezclada con hojas de tomillo y fresno, a las que se añade ortiga real seca.

Ojos inflamados

Aplíquense unas cataplasmas de flor de malva y unos lavados con infusiones de manzanilla.

Moratones, golpes y cardenales

Deberá cocerse un manojo de cabezas de ortiga, que se aplicarán después sobre la contusión.

Hígado

Por la mañana, en ayunas: jugo de dos limones y de rábano negro con miel y agua caliente.

Por la noche: infusión de baldo, alcachofera, cardo mariano y menta.

Ardor de estómago

Mejora notablemente con una tisana, después de las comidas, de semillas de hinojo, raíz de malvavisco, flores de malva y violeta, y hojas de melisa a partes iguales, y el doble de la planta de milenrama, bien mezcladas. Basta con una cucharada de esta mezcla para cada infusión.

Fiebre

Se administrará al enfermo una tisana a base de hojas de hierbaluisa, bayas de escaramujo, corteza de limón y planta de cidronela.

Granos y forúnculos

Se tomarán cinco o seis tazas al día de una infusión de hojas de tomillo y olivo con raíz de bardana.

Dolores de cabeza

El mejor remedio es una tisana a base de flores de espliego y tilo mezclado con hojas de mejorana y hierbabuena.

Por eficacia y gusto, es conveniente endulzar las tisanas e infusiones con miel pura de la Alcarria.

Nota final del autor

Aunque el lector habrá podido observar que el río, el entorno geográfico, e incluso el histórico, son verdaderos, y comprobables si se tiene un cierto espíritu viajero, no pretendan que la leyenda ni los personajes sean otra cosa que fruto de mi imaginación, a no ser que quieran ser tratados de locos por mis paisanos de esas tierras.

Igualmente les pido prudencia con las recetas recopiladas bajo el asesoramiento de una gran experta en hierbas, María del Carmen Maja, mi propia bruja particular, algunas de las cuales, justo es reconocerlo, me han aliviado de algún achaque o me han hecho mantenerme más despejado, mientras intentaba llevar a buen puerto esta novela.

Bornova, viaje al río de la lamia

Rio Bornova

Introducción

Escribí este texto allá por 1983. Era un viaje, pero en él anidaron relatos y leyendas que pusieron el huevo de una novela, de donde tras una larguísima incubación y no pocos intentos hueros, acabó por salir volando de aquel nido El río de la lamia. Este libro se convirtió en la señal de mi vuelta definitiva a la literatura de creación de la que el periodismo y los libros de investigación sociológica, amén de algunos traspiés de los que suele propinar la vida a los escritores jóvenes e ingenuos, me habían separado bastantes años. Al menos en lo que a editar se refiere, porque uno seguía escribiendo.

Como se puede ver con solo restar, aquel parto duró nada menos que quince años y se convirtió en dos proyectos diferentes que corrieron suertes bien dispares. El uno, la novela, salió pollo volantón y se lanzó a correr mundo, con bastante fortuna por cierto, abriéndome no pocas puertas que antes se me habían cerrado. El otro, más tímido, se quedó en el cajón paterno y no quiso o no pudo salir de allí. Pero piaba de vez en cuando y pensó que ya estaba bien de oscuridades y más aún cuando acababa de empezar un siglo. Así que harto de las discretas sombras se decidió a intentar salir a la luz. Y aquí está, en pleno vuelo, empujado por una conversación con mi librero Emilio Cobos y mis compañeros, y sin embargo amigos, Manu Leguineche y Pedro Aguilar.

Para los que gusten de buscar antecedentes encontrarán en estas páginas las raíces y los mimbres con los que luego se tejió la novela. Nada extraño, ya les digo que fue común el nido y que fue antes este huevo que el pollo conocido. Aparecen por entre las hojas del relato viajero como brotes y renuevos que luego iban a tomar inusitada fuerza e independencia hasta convertirse en capítulos de un árbol bien diferente. A quien quiera descubrirlos no creo que le cueste demasiado seguirles la pista, por lo que dejo para ellos sin más indicativos la tarea arqueológica.

En lo que respecta a lo que tienen ahora en las manos, está, como les decía, escrito en 1983 y no oculta el paso del tiempo. No sé si además lo sufre. Lo que sí tengo claro es que es un libro de viajes y de gentes y sería ridículo intentar hacerle cirugía estética. No he querido cambiarle nada ni eliminarle arruga o cicatriz alguna. Lo relatado les sonará a todos a tiempo pasado. A mí también. No es, desde luego, el mismo sonido del presente. No suenan ni siquiera igual los autobuses que van a la sierra. Ni tienen la misma pinta los coches, hoy con tanto

y lujoso todoterreno. Quizá lo único que sea perpetuo sea algún bache y alguna maltrecha y apenas parcheada carretera. También al propio escribano ya le va haciendo falta más que un parche. Tampoco son iguales ni las trazas, ni las pintas ni hasta las voces de las gentes. Los niños de la «fila» serán hombres de destino diverso y tal vez lejano, los adultos ya estarán entrando en muchas canas y algunos viejos reposarán ya para siempre en los pueblos de los que no consiguió arrancarlos nadie.

Otra voz, por el contrario, ha regresado. La del lobo. Su aullido ha vuelto a resonar en la sierra norte. Y su sonido ha sido muy diferentemente recibido en aquellas escabrosidades que en las ciudades de la llanura. Porque si para unos es la más vibrante y pura esencia de lo salvaje, que regresa al lugar de donde fue expulsado, la mejor prueba de la naturaleza recobrada, para otros es la terrible amenaza, que parecía una pesadilla del pasado, y que ahora vuelve a cernirse, emergiendo de las tinieblas de la noche, sobre sus ganados.

Porque fue aquí, en estos andurriales que bordean al Bornova, en concreto en el término de Prádena de Atienza, donde fue exterminado el último ejemplar del que se tiene noticia en Guadalajara. Era un gran macho y fue envenenado en los restos de un potro que había matado y a los que volvió a alimentarse. Han sido estos mismos enclaves los primeros en ser reconquistados por el cánido.

Ha retornado siguiendo la pisada del corzo. Pero también se ceba en los rebaños domésticos de ovejas y de cabras. Así que si unos le admiran, quieren protegerle y se congratulan de su regreso, otros le odian como al viejo enemigo. Todos, hasta los que quisieron su exterminio llevados por el ancestral odio tejido de miedos, le admiran como al más viejo y potente de los mitos, la más extendida leyenda, el romance más sabido y el tótem más antiguo de la humanidad. Y, aunque muchos no lo sepan, el antepasado de nuestro primer, más leal y siempre entregado compañero, ahora nuestra mejor defensa contra su hermano salvaje: el perro.

No había lobos cuando yo hice aquel viaje a la sierra y al Bornova. Solo quedaba entonces su recuerdo, pero este estaba vivo y marcado a fuego en las memorias. Han pasado, desde el día que cogí aquel autobús en la puerta del Jadraqueño, tres lustros. Un tiempo para que haya cerrado el propio mesón, aunque espero verlo cualquier día de nuevo abierto, otro para que los de Jadraque puedan alardear de que en su plaza y de chavalín, vino a torear el mismísimo Juli. Unos años que, a pesar de pesares y abandonos, la sierra ha visto cómo se recuperaba y parecía una romería cada fin de semana, y no digamos ya cuando asoma el buen tiempo y las vacaciones. Los madrileños preguntan por gangas de casa, que ya no hay una, y se abren pequeños establecimientos hoteleros rurales. Pero también un tiempo

donde los de siempre, los que quedan cuando los visitantes se van, son cada vez menos y más viejos.

Ya les reitero. Más viejos, como yo mismo y este libro y muchos de los personajes que por él transitan. Confío en que a todo lo salve la salvaje juventud de un paisaje y una naturaleza que revive y rejuvenece y a la que en cuanto se le ha dado un respiro ha vuelto a demostrarnos que no somos sus dueños, sino sus hijos. A esta madre que es la tierra, mi tierra, y a la que he seguido volviendo durante estos quince años transcurridos y que sigue estando presente en mis viajes y en mis libros.

Cuando el autocar asoma por la curva, alguien da la voz en el mesón Jadraqueño[2] y una recua de chicos se pone en fila.

En el bar se apura la cerveza y la conversación sobre una plaza de toros que han hecho. En tiempos la construían con tablones, troncos y sogas, hasta que un día se les vino abajo con el bicho dentro, que menudo susto se llevó el tío Amador, que en paz descanse, el abarquero. Un señor este que no tenía por qué asustarse estando, como estaba, en un balcón de su casa, justo encima de su tienda. Claro que a lo mejor se asustaba por las abarcas, que las sacaba por Ferias en un gran montón a la acera para que las vieran y se las mercaran todos los labradores de la comarca. A él, desde luego, la plaza no le cayó encima, porque veía los toros bien seguro, como digo, y era más que famoso por sus recomendaciones a maletas, novilleros y torerillos de medio pelo: «¡Desgraciao, que no sabes, que te va a coger!». Y luego: «¡Pero ves! Si te lo tenía dicho. ¡Si no vales pa que sales!».

El tío Amador, y todos, se llevaron un susto de miedo aquella tarde de septiembre, que dio para contar toda la sementera y hasta llegar a Pascua. Muertos no llegó a haber. Heridos graves, graves, tampoco, el toro no aprovechó la coyuntura y se quedó clavado en el sitio, aterrado del estruendo. Lo que sí hubo fue el más memorable griterío que se recuerda.

Los de Jadraque, después de aquello, no se arriesgaron a más trabajos de artesanía y alquilaron, cada año, una plaza desmontable, metálica y más segura. Pero no veían en ello solución al problema. El pueblo de más fuste y mejores fiestas, tres carteles de toros, encierros, reina y quince peñas, no podía conformarse con algo de alquiler y a pesar de los tres, que siempre los hay, de las pegas, se lanzaron a construirse su plaza de buen cemento y buena piedra. Les costó los cuartos, se tiraron los hombres un par de años sacando fondos y llevando carretillas, aguantaron chanzas, discutieron, montaron fiestas, rifas, verbenas; uno dio madera, el otro hizo portes, estos cal, y los de allá, arena, unos trabajaron más y otros menos, pero se hicieron la plaza, se la hicieron entre todos y ahora ya no hay mala risa que se escape en la comarca. Así que si en Fuenteovejuna mataron a un comendador, en Jadraque se hicieron una plaza. De esto, digo, se hablaba en el mesón Jadraqueño cuando el coche del Juanín asomó por la curva y la recua de chicos de la sierra salió a hacer la fila.

La recua de chicos, que estudian por tierras bajas y se van el viernes a los montes, se pone tan ordenadita y a las órdenes del conductor, que va señalando en qué coche tiene que subir cada uno, que hay mucho personal y paquetería para acarrear.

Si el viajero fuera nuevo subiría también, pero al no serlo se limita a efectuar acto de presencia ante el Juanín, lo saluda y se vuelve a

meter al bar con él, a por otra cerveza y preguntarle cómo va todo y si están bien. «Gracias, ¿y vosotros?». «Bien».

A las seis menos veinte se hace el despeje y nos vamos. El viaje comienza entre temblores. Uno el del autobús y otro en el pecho por un verde que le han despertado las lluvias de primavera a los campos. Es la llamada muda de la tierra, llevada en la entraña como si de una mujer que nos amó y amamos se tratara, a la que volvemos mordidos por su ausencia. Y no se quiere ser de otro sitio y este es el más hermoso.

Va el autocar entre tumbos, conversaciones alborotadas, removerse de gente en estrechuras. La chiquillería serrana no es muy ruidosa y está bajo control, pero empiezan las vacaciones de Semana Santa y hay mocetes que bullen y rebullen, guiñan y no paran, ahora a la rubita, después al «colega». «Pero mira, tío, si es de Azuqueca, de las "doscientas", de mi barrio, tío, y hace que ni me conoce, tío». Bueno, no importa, otras querrán conocerlo, por ejemplo esas, que se han fijado en su pañuelo negro y su toque de camperas. Qué importa si le comen las galletas que se llevaba, una caja enterita, para toda la acampada. Qué importa, si ahora también le mira la rubia de las «doscientas»; ¿eh?, tío, ¿qué passsa?

Hay entre los grupos un trasiego de cantimploras, macutos, un cuchillo de monte, mantas que enrollan y desenrollan, cañas de pescar, una máquina de fotos, dos botas bailando solas, colgadas por los cordones del estante.

—Vamos a Gascueña.

—Nosotros a Villares.

—Pues esta noche quedamos. A la una estamos en la plaza.

—Sí, hombre. No tenemos otra cosa que hacer. Y se lo dices tú a mi padre.

—Pues se lo digo. Si es por eso…

No irán esta noche, pero mañana, seguro. Y no habrá pesca y sí muchas horas de plaza.

—Pues en Cantalojas, cuando fuimos los de Formación Profesional, el año pasado, nos saltamos por la noche, desde la escuela donde nos tenían durmiendo, y nos encontramos con dos que estaban allí veraneando —cuchichean por el asiento de atrás

— ¿Y qué hicisteis?

—Jiu, jiu. Qué vamos a hacer. Pareces un pardillo.

—Sí, pero, bueno, ¿cómo os lo hicisteis?

—Pues ya te digo, nos saltamos por la ventana de la escuela.

Delante, en los primeros asientos, va una pareja de viejos, de más viejos que setenta.

—Oye, Juanín, ¿qué, nos dirás si los de la sierra tenemos que cambiar luego?

—Estese usted tranquilo. Luego veremos más arriba. Ya se los avisará a su tiempo.

La vieja se ríe. No se sabe de qué. A lo mejor solo por cumplir. Y en estas se llega a La Toba.

Y casi también en estas se sale, porque el coche para poco, lo justo para el descenso de cinco o seis viajeros, que como son jóvenes bajan deprisa.

De La Toba a Congostrina apenas tres kilómetros de curvas y un paisaje árido. Además mira poco hacia fuera, hay más que ver dentro del vehículo.

Treinta pueblos van en este autocar. El tren sube la Vega arriba, lejos de estas aldeas medio desiertas, andurriales envejecidos, senderos cancerados de matojos. ¿A quién importan ocho ovejas y tres viejos? De Madrid vienen algunos que quieren huir y huirse, pero les huyen a ellos los hielos y las soledades, cuando baja el invierno y se les come las tardes a las gentes idílicas.

Treinta pueblos van en un autocar. Niños y viejos, ¿qué otra cosa queda? El cuadro pastoril se destroza con la primera cellisca de granizo, a los quijotes les haría falta un cronista aquí imposible, los sanchos se han ido a la ínsula Seat en Barcelona, y los duques les han hecho burla mandándolos en el caballo encantado a los espacios del paro. Dulcineas quedan más por Malasaña. Los pastoriles donde están bien, sin duda, es en la Villa y Corte, componiendo.

Treinta pueblos. «Una vez, cuando fui a la mili le hice yo una perrería a uno de este pueblo, de Congostrina. Salimos de marcha, para lo menos treinta kilómetros, y me dejó la cantimplora, como éramos paisanos, pues había confianza, para que se la llenara. Y se la llené, pero de gasolina. Menudas tripas se le pusieron cuando pegó el primer trago. Pues estuve yo a punto de quedarme a trabajar en Zaragoza cuando el servicio. Pero volví, ya sabes, por mi padre que ya era mayor y aquí estamos. Menuda tripa se le puso al de Congostrina, oye. Cualquier día tengo que apearme aquí para saludarle».

Treinta pueblos. Mil hombres que no volvieron de la mili. Otros dos o tres mil se hicieron albañiles, vidrieros, fundidores, taxistas, guardias civiles, policías nacionales, dependientes, oficinistas, carpinteros y soldadores.

Congostrina ha quedado a la derecha, en un altozano. El paisaje cambia asomando una entraña más oscura. Estamos a la vista de Hiendelaencina.

Las cañadas del mastín

En el yermo se caen a pedazos los esqueletos de las minas. La Catalina, la Caridad, la Teresa tienen las paredes desportilladas y las chimeneas carcomidas por las caries de tiempos, lluvias y abandonos.

El pueblo es la impresión fugaz de una plaza extrañamente rectangular, bordeada de edificios simétricos, muy diferentes a la arquitectura de estos contornos. Sabe a recién hecho, a planos y cartabones. El coche de línea da una vuelta completa a la plaza y en la parada hay tiempo para un botellín y unas aceitunas. Sacan media docena en un platillo, pero son enormes, del tamaño de huevos de paloma.

Tiene, ahora, prisa el conductor. Nada más salir, el vehículo se asoma al hundido del río Bornova. Las moles de pizarra verdosa bajan en escalones hasta la misma corriente, que se encrespa en remolinos. La carretera va buscándole las vueltas al camino, girando en estrechuras, durante más de dos kilómetros hasta dar vista al puente y los molinos. Atravesamos las aguas rubiatas y a la izquierda, entre casas semihundidas, han florecido algunos almendros.

En Villares de Jadraque hay parada y despedidas.

—Aquí tenemos que cenar una noche —planean los chavales de los asientos traseros.

—No lo tengas tan seguro. No sea que nos demos la paliza andando y cenemos hostias.

—Te digo yo que se han «quedao». Un «bocata», por lo menos, nos sacan.

Los dos viejos de la delantera se sonríen. Y ahora uno piensa que saben muy bien por qué. Cenar en Villares no va a ser nada fácil.

En un empalme aparece una furgoneta de color crema. Al lado de un hombre, dos chicas empiezan a agitar los brazos al aparecer los autocares. Es la desviación a Gascueña.

Hay abrazos, aspavientos y gritos de alborozo con dos muchachas que descienden.

—Pues anda, ni que volvieran de tierra de moros.

Vamos hacia Bustares. A Bustares le llamaban el Madrid de la Sierra. No está lejano el día en que aquí llegaban los ganados por manadas y el pueblo albergaba el triple de almas. Cobijado en la ladera del Alto Rey, el pueblo conserva restos de un pasado, si no esplendoroso, sí más pujante. Lo bordean cercas de pizarra donde pastan vacas rojizas, mulas e, incluso, algún caballo.

—Mire usted, las ovejas venían por los caminos reales, por las cañadas, vamos. Venían a miles. Atravesaban la sierra hacia Segovia, hacia Ayllón y Riaza. Por las lomas las custodiaban los mastines. Ahora ya no hay perros como aquellos. Llevaban unos collares de púas al cuello, enormes, y parecían irse durmiendo las laderas adelante, bamboleando las cabezotas. Un perro de aquellos podía,

tranquilamente, con un lobo.

»Los enseñaban, desde que nacían, al ganado. Los cachorros viajaban, entre pieles de oveja, en los serones de las mulas, para hacerse bien al olor.

»Cuando las ovejas se echaban a dormir, ellos bajaban de los cerros y se acostaban entre el rebaño, con un ojo siempre abierto por si llegaba el lobo. Con los hombres y las reses no he visto animal más tranquilo, pero todo lo que oliera a perruno los sacaba de quicio. Aquí en Bustares, cuando llegaban, había que tener cuidado. Raro era el año que los mastines no mataban algún perro del pueblo.

»Un día, le hablo a usted del año once, cuando yo no era más que un chaval, tuvieron, bien cerca de aquí, una batalla con los lobos. Había sido un invierno muy duro, de mucha nieve y mucho hielo. El lobo se había recorrido y, pasado Bustares, en unas parideras, atacaron al ganado por la noche. Los careas, los perrillos de los pastores, empezaron a ladrar y ladrar cuando les dio el fato. Los mastines se quedaron quietos.

»Salieron los careas a plantarles cara a los bichos, que son valientes esos perrillos, aunque sean pequeños. Los pastores también salieron de la choza, pero cuando vieron brillar tantos ojos en la linde del monte y sonar tanto aullido, les entró el miedo. Vieron a las lobas, flacas y rabiosas, enseñando los dientes y echando espuma por las fauces, y se olvidaron de ovejas y corderos. Se metieron los tres, que eran tres, en el chozo y aseguraron bien la puerta con piedras.

»Los careas hicieron algo de frente, pero las lobas son muy listas. Hacían como que huían y los perros salían detrás. Cuando los habían alejado un centenar de metros de las cercas y entrado en bravío, se volvían de golpe y los destrozaban a bocados. Los mastines ni se movieron. Se quedaron en su sitio, sujetando el ganado, que estaba como loco.

»Después de acabar con los chuchos, los lobos se lanzaron al asalto de las corralizas y entonces fue ella. Los seis mastines salieron como fieras. La pelea debió ser espantosa. Los lobos serían la docena, pero pudieron con ellos. Tres lobos y un mastín quedaron en el sitio, pero allí no paró la cosa. Los debieron perseguir monte adentro porque otro perro no regresó. Los cuatro que quedaron estaban llenos de heridas. Uno no podía ni andar y se lo dejaron, los pastores, a mi padre, por si lo quería cuidar. Yo creo que le salvó la vida el collar de púas, porque ahí se tiraban los lobos, a la yugular, y con la carlanca no podían morder.

»Al cabo de unos meses, en una carbonera, se dio con los huesos de un perro y dos lobos. El mastín, la calavera, vamos, aún tenía los dientes clavados en los huesos de la pata de un lobo. La otra osamenta estaba un poco más retirada y tenía lo que había sido la cabeza

machacada.

»No crea usted que los lobos se fueron de vacío. Ovejas se perdieron. Los lobos siempre sacan tajada, aunque se dejen piel. Se perdieron más de cincuenta cabezas, entre las desaparecidas y las que murieron asfixiadas al apretujarse el ganado en el redil.

»Sé la historia porque ya le digo que mi padre se quedó con aquel mastín medio muerto. Parecía que no echaría nunca luz, pero al cabo de algunas semanas se fue rehaciendo y se curó. Yo me crie con él. ¡Menudo perro! No hubo otro como él en todos los pueblos de alrededor. No había quien le metiera mano. Le digo a usted que ya no hay perros como aquellos.

Mira el viajero hacia el Alto Rey, sobre Bustares. Historias de pastores, de caminos, de ferias de ganado. Ahora en el Alto Rey hay una compañía de soldados.

Los militares han desmochado el pico. Han instalado radares y poblado la cima de luces. Son una veintena de jóvenes, con un oficial al mando. Veo pasar a alguno. Son soldados diferentes a los que pasean los domingos de la ciudad. Con más pelo, un algo asilvestrados. No lo deben de pasar muy bien en los inviernos, aunque me cuentan que han construido la primera y rudimentaria pista de esquí de la provincia y, aunque no son duques ni financieros, practican con fruición los deportes de invierno.

En la primera pareja de asientos, muy serios, van una niña y un niño. Hermanos. El chaval hace de mayor y le debe caer simpático al conductor, que ahora, como tiene más despejado el autobús, le gasta bromas y le hace preguntas. El crío, muy en su papel de responsabilidad, responde a todo. Se le nota espabilado al chaval, que va manoseando con felicidad unas ballestas para cazar pájaros. La sonrisilla es el único indicativo de todas las iniquidades y trampas mortales que prepara a la volatería, vengando así ocultos agravios e impotencias de cazador. Pero es un cuco. Cuando el conductor le pregunta por las ballestas, dice que se las ha pedido su padre y que son para los ratones. Lo de las ballestas ha sido, siempre, el primer peldaño del furtiveo y todos los niños de pueblo son furtivos de corazón y ya saben que lo esencial de la devoción es ocultar a propios y extraños sus actividades clandestinas.

Los niños se bajan en Aldeanueva de Atienza, un pueblo embarrancado, y el autobús se mete entre pinares, rumbo a los Condemios. El declive del sol es rápido y la preocupación aumenta ante la posible falta de luz para la acampada.

Lo mejor de estos coches de línea es la posibilidad de diálogo con el jefe. Si tenemos que llegar a los Condemios y volver caminando se hará de noche. Se establece una rápida negociación. «Como le viene a mano, no tiene que desviarse, total qué más le da». «Pues no faltaría

más. Eso se hace. Si todos los favores fueran como este». Hasta hace de guía.

—Antes de salir del pinar damos con el río. Es un hilillo de agua todavía, pero es él. El Pelagallinas. Yo os paro en el sitio. Han hecho los de Icona una caseta y han puesto fogones para hacer lumbre. Yo he visto allí, otras veces, gente con tiendas. Hay agua y una buena explanada de hierba. A ver si mañana, cuando yo vuelva, al amanecer, os veo levantados y en marcha. Me extraña, y menos que se ande mucho, con tanto peso.

—Entonces, avisa cuando estemos.

—Pues casi. Prepárate, que llegamos.

El Pelagallinas

He bajado cuando el sol lame ya las copas de los grandes pinos. El ruido del autobús se pierde por las curvas y el silencio del bosque recogiéndose obliga a callar. Es el momento quieto del día. Sus criaturas se han retirado y las de la noche aún duermen. Es la verdadera hora bruja de los bosques.

La tierra está húmeda y la lluvia empapó anoche las retamas y las jaras. La madera silba, se retuerce y no arde. El fuego se esfuerza en penetrar y surgen nubes y nubes de vapor que los troncos han almacenado en su entraña. Por fin, brota la llama, cuando uno empezaba a desesperar, y se puede coger la caña.

Tienen estos riachuelos fama de trucheros y es buena hora para intentar que alguna pintona nos sirva de desayuno. El arroyo se cuela bajo las cercas para el ganado, que rodean el pinar, y se pierde por las campas de hierba, entre los árboles. Al seguirlo, rápidas sombras surcan, huyendo siempre aguas arriba, la corriente. Pronto somos obligados a desistir, pero sin rendición, que a todo pescador le quedan dos sedales.

El pinar de Aldeanueva tiene la virtud de haber separado lo suficiente sus árboles para que pueda crecer la hierba, a la que, además, las boñigas de las vacas le sirven de abono. El pequeño río se ramifica en brazos de agua. En las orillas se marcan las pezuñas del ganado. Los cencerros se sienten a lo lejos. Los oiremos acercándose y alejándose durante toda la noche, recorriendo la campa.

Volvemos, con las sombras colándose entre los troncos, compactando la vegetación, borrando los perfiles. El cielo es cada vez más añil, más oscuro. Cuando llega al límite, Venus brilla, y es de noche.

Hay café y charla. Siempre hay conversación junto a una fogata. El

fuego es el punto donde se dirigen las miradas y por ello los hombres no se observan y hablan sin el miedo a los ojos de los otros hombres. A este viaje no he venido solo y mis compañeros están contando una historia, cualquier historia.

—Tenía el moro de Galve una hija y, con ocasión de las justas de Magerit, aquellas donde un joven de Vivar alanceó con pericia un toro y derribó las tablas como ningún otro caballero pudo hacer, fue observada por un mesnadero zamorano. Hombre, este, rudo y brutal, con el cuerpo tan marcado por las cicatrices que más parecía una carta de navegación, y que no se paraba en pequeñeces de religión ni convivencia, que casado estaba y con media docena de barraganes criándose por Puebla de Sanabria. Decidió que había de raptar a la mora y, saliendo con sus hombres dos días antes de Magerit, preparó por el camino una celada a la reducida escolta del moro de Galve.

»Asaltaron a los árabes en un paso de la sierra, matándolos a todos, que iban los sarracenos confiados por estar en tierra propia y hallarse en tregua con el reino de Castilla. Dejaron vivos a los caballos y a la mora, con la que el zamorano consumó, sin esperar al día siguiente, su felonía. Después la abandonó, que no era cuestión de presentarse con ella en casa, y se llevaron, eso sí, los caballos.

»Lo que no tenía previsto el zamorano es que la mora era una princesa de las brujas y, disgustada con sus modales, urdió rápidamente su venganza. Los espíritus, por ella enviados, confundieron de tal manera el sentido de los cristianos que los desviaron totalmente de su ruta. Perdidos en tierra enemiga, pasaron hambre y calamidades hasta que dieron con un río.

»Ellos no lo sabían, pero este era el Sorbe y, cuando creían haber encontrado la vía de salvación, perdieron sus vidas y sus almas. El Sorbe era el río encantado de la mahometana, que bien cerca pasa de su castillo de origen. Al ir a vadearlo, fueron tragados por una enorme sima, que se abrió de golpe bajo las patas de sus caballos, para cerrarse inmediatamente después. Esto fue en un paraje cercano a Muriel, donde aún está, ahora descubierta por las aguas, la entrada de la gruta subterránea y por donde aún vagan las almas de los zamoranos. A esta sima, de la que habréis oído hablar, la llaman del Fraile.

—¡Cómo que del fraile! ¿No eran mesnaderos zamoranos?

—A ver si te crees que la mora solo había tenido trato con el zamorano. Un fraile de San Esteban de Gormaz se encontraron allí como habitante primitivo y veterano de la cueva, enviado porque su catequesis no fue todo lo ortodoxa que manda la Santa Madre Iglesia.

La historia, ya lo sé, es mentira. Es fábula. Pero ¿acaso no son historias todas las fábulas? Seguro que, al menos, mora hubo en Galve y fue hermosa.

Y es de noche. Hay una luna enorme, que se asoma por las capotas de los pinos. Debajo, en la tienda, uno saca la cabeza y fuma cara al cielo, dejándose ir al recuerdo de una mujer, de otro río, de algún paisaje, de la niñez, otra vez una mujer, hasta que no piensa en nada y se va yendo con los grandes pinos, las lunas, el rebullir del río, los sonidos lejanos de los cencerros de las vacas, el grito de algún pájaro nocturno. Se quita, finalmente, el cigarrillo de los labios, con un gesto retardado, y sin darse cuenta ya está dormido.

Orgullos de Peña Fort

El frío estuvo acostado durante la noche entre las hierbas del prado y, despertado por el vientecillo del amanecer, comienza a mordisquear en las puntas de los pies.

Uno se levanta pronto y rápido. Hace cuatro contorsiones para entrar en calor. Se frota, con el agua medio helada del Pelagallinas, las manos y la cara. La campa está empapada de rocío y el arroyo despereza la mañana con rumores. Reaviva apresuradamente el fuego apagado, le guiña el ojo a un compañero, salta la cerca de alambres y se va a reencontrar con las truchas.

Hay tres pintonas, prendidas en la media docena de sedales echados en las pozas más profundas. Son ilegales por el método y, una, por el tamaño, pero con un diente de ajo, unas lonchas de jamón y un chorro de limón sirven para un desayuno que se recuerda con nostalgia.

Y ahora hay que andar. Ahora sí que empieza el camino. Se entierran los desperdicios, se apaga el fuego, se obra el milagro de encajar todos los bártulos en el macuto y estás en la carretera por la que desapareció el autobús ayer. Esta mañana, tenía razón el conductor, no lo vimos regresar.

El principio de todos los caminos es parecido. Uno vuelve un par de veces la cabeza hacia atrás, remueve la espalda para que la carga apoye bien, siente sus músculos extenderse y, con pasos cada vez más regulares, se aleja.

Las protagonistas del camino hacia los Condemios son las vacas que miran lentamente desde el otro lado de las cercas. Una vez vi saltar, en el terreno más bravío de la izquierda, una corza. Ahora, al escribir, me llega la ira. Dos mil hectáreas ardieron. Aquel día por la carretera también hubo un momento para el enfado. La caseta, al lado de donde habíamos acampado, estaba peor que una pocilga. Porque en las pocilgas no hay botellas rotas, ni los cerdos vomitan ginebra.

No hace falta ser ecologista, ni experto en pájaros ni perito en

lunas. La canallada de que la insensatez, el interés mezquino o el descontrol de una borrachera arrasen miles de hectáreas y arruinen a pueblos enteros merece más persecución que cuatro «chorizos» que dan tirones a los bolsos por Madrid.

Bueno, estoy en este viaje. Dejé pronto la carretera. No me gusta el asfalto para andar. Una ladera y una senda marcada por pezuñas lleva, de nuevo, al río. Se pasa un puente de pizarra y el rastro de pezuñas lleva a dos indicadores. Uno señala a Condemios de Abajo, a un tiro de piedra, desperezándose con el humo que empieza a brotar de algunas chimeneas, y otro marca ocho kilómetros a Albendiego. Sé que allí encontraré el Bornova.

A la meseta, por la que se camina, la escoltan dos castillos. Por detrás, se divisa en la lejanía la torre del de Galve de Sorbe y, aún más lejos, enfrente, la mole de peñascos de lo que queda del de Atienza. Entonces es cuando el sol, como homenaje a las dos viejas fortalezas, se decide a subir en el cielo limpio y, ya que no a estrellarse con las duras aristas de las armas, hacerlo con nuestras costillas.

Un barranco, a la derecha, indica al Pelagallinas recién abandonado. Los pinares son pequeños, en edad y condición. El calor se impone a toda otra sensación y los pies comienzan a notar lo duro del terreno y el peso de la carga.

El castillo de Atienza aparece y desaparece en cada badén. Por pensar, se piensa en esa historia del rey niño, de sus huidas, los arrieros y los cofrades que la celebran todos los años en la ermita.

Por si no lo saben, que lo sabrán, los atencinos salvaron un rey y una corona. Fue por el año 1163 y el rey ni sabía que lo era, porque andaba por los dos años de edad. La corona era de Castilla y le puso cerco, aquí en Atienza, el leonés. Los arrieros de Atienza lograron burlarlo y salieron a escape con el crío para Ávila. Como la cosa salió bien, la historia pone a caldo al perdedor y muy bien a los nobles castellanos que le apoyaron. La historia siempre se apunta a caballo ganador. De todas formas, piensa el viajero, no estaba bien eso de competir con una criatura.

La criatura, no crean, llegó a ser Alfonso VIII, y les dio bandera, fueros y privilegios a los de Atienza, mayormente a los arrieros, que pudieron pasar puentes, vados, estrechuras y demás pasajes de peaje sin tener que soltar un real por ningún rucio de su recua.

Así, recordando historias, parece que se anda mejor. Si se va hacia atrás, das con la morisma y el Cid. Los árabes le tuvieron mucha estima a la fortaleza y a los cristianos les costó lo suyo el hacerse con la Peña Fort. Que uno recuerde lo lograron definitivamente a la tercera, después de dos esporádicas presencias y la vuelta de la media luna a la torre del homenaje. A la tercera fue la vencida, y hasta hoy, con el paréntesis de la francesada, que también eran cristianos pero

menos, porque tenían unos meses rarísimos y le hacían caso a un tal Dantón, a Rousseau y a un corso muy peleón que quiso abarcar mucho y acabó encerrado en una isleta.

A quien no le gustaba Atienza, dice el Cantar, era a un mesnadero de Vivar, de nombre Rodrigo, el Cid para los moros valencianos, que cuando iba de destierro pasó junto a sus muros, mandó forrar los cascos de los caballos, tapar las armas y, por si fuera poco, esperó para atravesar la zona a que se hiciera de noche.

Y es que la morisma y la roca imponían, por aquel entonces.

Tampoco le debió gustar el pueblo a Francisco I, un rey francés famoso por caerse del caballo en las batallas, y al que, por torpe, trajeron aquí a prisión. No es de extrañar que fueran los franceses, años después, los que arrasaran el pueblo, que ya no echó más luz de ahí en adelante.

Bueno, los franceses incendiaron Atienza, más que por Francisco I, por Juan Martín Díaz, el Empecinado, que primero les preparaba emboscadas, les mataba unos cuantos y se escondía en la fortaleza. Harto de perder siempre, el gobernador francés de Soria, que, por cierto, se apellidaba Hugo y tenía un crío llamado Víctor, dinamitó las defensas, incendió el poblado y quiso reducir a cenizas la ciudad. Menos mal que había mucha piedra.

Los reyes, claro, desde entonces, no vienen por Atienza, pero sus no muchas gentes no dejan de sentirse orgullosas de su pasado, de ser, por un día, corazón de Castilla, y juntan mulas, yeguas, caballos y siete tortillas, amén de algunas arrobas de vino, para celebrarlo. De fuera llegan muchas otras gentes y hacen fotos.

Con la historia de Atienza por acabarse, Albendiego está a la vista y, entonces, brota de la tierra la silueta de un águila. Surge en aletazos poderosos y el viajero la sigue en su remonte circular, hasta que no es más que una mota en el azul. Cuando la pierde, ya solo desea que el río aparezca pronto y poderse refrescar los pies. Con historia o sin historia, los tiene ardiendo.

Albendiego está encima de unas choperas, muy cerca, y con un apretón tal vez se pudiera llegar a una cerveza, pero lo malo es que Albendiego no tiene el bar abierto. Sí tiene la más hermosa iglesia románica y templaria, cargada de secretos y belleza, Santa Coloma.

Son los últimos doscientos metros y aparece el Bornova. Un puente y el río entre verdores de berros y plantas acuáticas.

La lamia de la laguna

Por algún infantil y oscuro recuerdo, la sola palabra «río» le trae, al

que escribe, muchas cosas. Se agolpan recuerdos de aguas, de corrientes de otros lugares y ocasiones. Es la idea de algo que fluye, de vida interna y de dador de vida a su entorno. La idea de río, para un castellano, va unida a la ruptura de un paisaje, al brote del verde, del frescor, de los rumores de los árboles, a la hierba, a gritos de pájaros y espesura. ¡Son tantas cosas un río!, desde las larvas, los mínimos insectos, hasta el barbo enorme entrevisto en la chorrera; desde las hojas amarillas a la pelusas de los chopos por el mes de junio, blanqueando los remansos. Son hojas, cortezas, arenas, ramas, remolinos, pozas, torbellinos, balsas, presas, pasos, silencios, álamos, zarzas, fuentes, libélulas, cienos, carrizales, sombras, piedras, vados, orillas, reflejos, atolas, solapas, escarpaduras, landas, rápidos, murmullos, angosturas. ¡Son tantas cosas un río!

La vida viene del agua. A mí eso me lo enseñó un labrador de las orillas del Henares, que poco sabía de Grecia ni de unos señores que se dedicaban a la filosofía y, aún menos, de un tal Darwin.

Esta agua del Bornova es clara y fría. No hace mucho que ha nacido, ni siquiera media docena de kilómetros, un poco más arriba de la laguna de Somolinos, y baja joven, lavando las orillas. Es casi un agua niña en la que te lavas los pies mientras las cosas giran por la cabeza.

«Habitaron estas cumbres y estos valles los foramontanos. Habían llegado desde el norte, eran cazadores y guerreros. Adoraban al sol y bailaban en las campas verdes en el solsticio de verano.

»Saludaban al astro cuando la nieve despejaba sus prados y solían sacrificarle un joven, cogido prisionero a los agricultores de la llanura.

»Habían arrebatado a sus gentes, donde las tierras son ocres y se cultiva la cebada, un muchacho ágil y esbelto, bruno y curtido, al que llevaron a empellones, en dos días de paso largo, hasta la cascada que se desploma desde el pico Ocejón. Allí lo mantuvieron, alimentándolo con carne y frutas, durante once días más hasta la fecha señalada. Entonces, al ver que el agua fluía libre, liberada del hielo, lo adornaron con los primeros brotes verdes y lo prepararon para el sacrificio. Ellos, durante toda la jornada, hicieron numerosas libaciones de bebidas ácidas. Saltaron y gritaron con la vista puesta en sus mujeres, que en tanto el sol lucía se iban despojando de sus vestiduras.

»Era, digo, joven. Era esbelto y ágil, bruno y curtido, pero ninguna de aquellas hembras rotundas y rubias puso en él una mirada.

»Fueron sus muñecas más elásticas que las tiras de piel de ciervo que las oprimían y huyó, antes de la plenitud del sol, por aquellas tierras hostiles. Estaba fuerte, por la carne y la fruta, y siempre mantuvo en su carrera las alturas. Cruzó a buen paso, con los aullidos de la persecución en los talones, por crestas y barrancas y, cuando la

luna lamió las faldas de los montes, llegó a la laguna de Somolinos.

»Había engañado levemente a sus perseguidores, que intuyeron mal una huida hacia los llanos, y tuvo media hora para hablar con la lamia de aquella fuente. Era esbelta y pálida, con un inmenso pelo albino y carnes nacaradas. Le ofreció la huida o el amor y él eligió poseerla unos minutos.

»Rodearon los hombres de los montes la fuente y la laguna, y la lamia seguía unida al joven en su abrazo. Era su corazón de agua, pero lo estaba amando y no quiso que aquellos guerreros lo mataran. Entonces le dijo: "Húndete, para siempre, en la fuente conmigo". Y él, enfebrecido, dijo sí.

»Pasaron los días y las lunas, y en el corazón del joven anidó la nostalgia de las tierras abiertas, los horizontes y los llanos. Pero ya no era carne, sino agua. Quiso consolarlo la lamia con canciones y líquidos murmullos y no pudo.

»Henchida de nieves y blancuras, desgajó la mujer las rocas de su fuente, desbordó con la leche de sus senos la laguna y abrió un cauce, descuajando los árboles y separando las montañas, hasta poder llevar a los ojos de su amor, esbelto y ágil, bruno y curtido, los espacios despejados de las llanuras. En las orillas se quedaron prendidos los largos hilos de plata de su cabello albino. Serpenteando por los roquedales de pizarra aún brillan, cuando lava la lluvia las paredes, en los desfiladeros del río Bornova».

Es este el río que debo seguir. Son estas sus orillas. Con la vista prendida de sus aguas llego a su primer, y ahora último, molino.

El último molino

«Este es el molino Callejón. El único que queda en todo el río», es lo que siempre y primero dice al viajero, al pescador y al que pasa simplemente por su puerta, Francisco Ortega, el tío Pacorro.

Y luego le mete a uno, y de inmediato, la duda en el cuerpo.

«Aunque en realidad esta agua no es Bornova, por mucho que lo pongan el indicador y todos los mapas. Un río para poder llamarse tal y dar su nombre ha de tener quince kilómetros desde el nacimiento. Este ramal, el que nace por encima de Albendiego, en la laguna de Somolinos, no llega; ese —y señala otro chorro de agua que se le une a veinte metros—, aunque lleve menos caudal, es más largo y sí los tiene desde la fuente. Así que ese es el Bornova y este de aquí, hasta la junta, todavía no, y es el arroyo Manadero, por mucho que la gente y los mapas digan lo contrario».

Que el tío Pacorro ha dedicado buena parte de su tiempo a la polemización sobre el tema es evidente, como lo es también que el asunto viene de años. «A mí me lo demostraron unos militares cuando la guerra y me dejaron un mapa, un buen mapa y no los de ahora, que lo señala todo, hasta cómo se llama cada pedazo y cada sitio, en el que lo pone bien claro. Manadero este, Bornova el otro. Si tuviera tiempo se lo enseñaba, pero tengo que subirme al pueblo a la procesión de Jueves Santo».

Francisco Ortega, o el tío Pacorro, que son el mismo, y no como sus dos discutidos chorros de agua, me recibe en la puerta de su molino. Una construcción hermosa y bien cuidada, donde se nota el trabajo y la pulcritud de las dos familias que lo habitan.

La limpia entrada, las pilas de troncos amontonados, protegidos por un techado y destinados al fuego, un cuidado jardín, el umbral de la casa flanqueado por tiestos, geranios y grandes rosales, todo se ofrece a los ojos como un cordial saludo de bienvenida.

El tío Pacorro saca vino en un porrón, mientras unas gallinas, que se escabulleron entre las malezas de las regueras, acompañadas de sus pollos, reaparecen de nuevo y, con desparpajo, comienzan a picotear junto a las piernas de los visitantes.

El vino y la charla, la sonrisa del tío Pacorro, sobre todo, son el buen recibimiento que borra el cartel encontrado en el camino, con un gran prohibido el paso.

«Eso no es para ustedes, ni para nadie, solo para los autos de los pescadores. Y no para todos, que mire usted esos coches de dos cuadrillas que han venido esta mañana. Es solo para uno que me cruzó

un año el coche en mitad de la vereda y no podía pasar nadie, ni a moler ni a nada. Yo le dije, por las buenas, de quitarlo y, encima, se me pone bravo y que no hacía caso. Se montó una buena aquel año. A mí me gustan los pescadores y que vengan. Me gusta que venga la gente y charlar, pero a ese le puse el cartel y los pescadores, ya saben, que pongan el coche donde no moleste».

Sí, es cierto, le gusta la gente y la charla al tío Pacorro. Y no le falta. «En marzo por aquí llega un chorro de pescadores, cada año más. En verano, cuando no vienen, esto se me llena de personal que baja hasta el río para refrescarse. En invierno vienen a moler. Ya les he dicho que este es el único molino hasta Hiendelaencina, antes había otros cuatro aguas abajo, pero ya solo muele el Callejón». Se le nota al final un retintín de orgullo y no lo disimula. Nos echamos otro trago y el viajero que lleva un rato intrigado por una formación de troncos viejos, medio verdosos y de la altura de un barril, aunque menos gruesos, y que están pegados a la escarpadura de la roca, no se resiste a preguntar.

—Pues eso son colmenas. Las tengo ahí al resguardo. Este molino está muy bien resguardado, ya ven. Pegado a las paredes del monte y bien protegido del viento. Así que con esos troncos huecos preparé unas colmenas y ahí las tiene usted, funcionando.

El molino Callejón tiene bien puesto el nombre. Está en un recodo, ganado a la piedra, pegado a la roca, en el auténtico callejón que hacen las montañas y por cuyo centro se escurre el río.

Ahora el tío Pacorro es quien me pregunta a mí.

—¿Y para dónde?

—Bornova abajo, hasta Las Minas.

El molinero se calla un momento. Se queda mirando la carga con aire de duda y luego asevera.

—Con eso a cuestas no pasa. Sin peso, con botas altas de pescar, aún. Pero con eso, no. No pasan.

—Pues esa es la intención y ahora no nos vamos a echar atrás. Intentarlo, por lo menos, lo intentamos.

—Difícil lo tienen. Este es un río que no deja orillas. Cien metros más abajo ya se verán en un mal paso. La pizarra se mete, haciendo una nariz al mismo centro del río y, o trepas como las cabras, o nadas. Antes, cuando los molinos funcionaban, aún había sendas, pero ahora…

El viajero no se convence. Piensa que exagera. Al fin y al cabo, es un hombre mayor. No será fácil, pero algún resquicio habrá para poder ir bajando.

—Bueno —sigue el molinero—. Si se empeñan, yo no les voy a quitar la idea. Incluso los acompañaba, porque me sé algunos pasos, pero hoy no puedo. Cuando se vean mal, lo mejor es que cojan altura.

Irán viendo los molinos. Cuéntelos y así se irá haciendo una idea de por dónde van. Son cuatro, bueno, lo que queda de cuatro. Ya los irá viendo. El río se los ha ido tragando uno a uno. No sé lo que aguantará este. Aunque el Callejón, aquí lo tiene, le sobra cuerda para rato. Mientras yo viva, desde luego.

Su mujer lo llama. Aparecen unos chavales vestidos de domingo. «Paco, vámonos, que se hace tarde y saldrá la procesión».

—Bueno —se despide ofreciéndonos otro trago—, me tengo que subir con la familia a Albendiego. Si no los acompañaba, ¡hombre! Pero siendo Jueves Santo, pues hay que ir a cumplir con la Iglesia.

Antes de decidirnos a continuar río abajo, se come en la praderilla que hacen los dos chorros de agua al juntarse y que ha ensanchado un poco el pasadizo entre los montes. El agua, ya una y sin problemas de nombres, se lanza, nada más unirse, garganta abajo, entre lascas de pizarra. Cerca de las cuatro son ya, cuando empiezo a hacerle compañía en su camino.

El Bornova es un río fuerte. No da respiro a la tierra. Bajan, las pizarras, cortándose en escalones desde los picachos y chocan contra la turbulencia del agua. La piedra lisa y el río se comen la vereda y la destierran de su orilla. Los embates de la corriente contra la piedra no hacen más que pulirla, haciendo su superficie cortante y dejando las lascas de pizarra, en las escarpaduras, con filos de navaja.

El Bornova tiene aguas rubias, como sus truchas; con un tinte verdoso, como sus pizarras. Se encajona desde este molino, el Callejón, y en calleja baja todo el desfiladero, custodiado por picachos, hasta después del Congosto. A su paso combate, y se traga, los accidentes que se le van oponiendo, estrellándose infatigable contra no importa qué obstáculo. Ha destrozado arboledas, anegado prados, deshecho molinos y, ayudado por los hombres, ha engullido hasta un pueblo: Alcorlo.

El Bornova es río de pocos remansos, es más de escalones de agua, de rápidos, de remolinos cuando alguna pared de roca se le cruza en el camino. Entonces se encrespa y la roe, y la lima, gota tras gota, año tras año. Es ya muy abajo, cuando sus horas están contadas y se muere en el Henares, cuando se le calman los ímpetus y se decide a dejarse mirar por las choperas y a cantar a las orillas canciones más serenas.

El Bornova, aquí, no tiene caminos, ni puentes, ni piedras de vadeo. Está solo, con unas pocas jaras por las cuestas y algunas mimbreras en algún respiro y una mínima llanada. Por sus laderas pastan, a veces, las cabras. No conoce en estos días manos dominadoras, ni soporta acequias, ni regueras. Tendrá que andar mucho para poder hacer que ese minúsculo campo de alfalfa, pegado a un recodo, se ensanche y pueda ser una vega. Ahora no, ahora todo es un combate de aguas y pizarras.

Una vez, no hace tanto, el río fue domado. Su misma bravura sirvió para hacer moverse a las máquinas y ser útil a sus ribereños. De Albendiego a Las Minas se multiplicaban las huellas de las herraduras. A lomos de mula, en largos costales de lona, subía y bajaba, cruzaba y recruzaba, el trigo, la cebada, la avena y el centeno, rumbo a los cinco molinos. Desde Prádena de Atienza, desde Robledo de Corpes, Villares de Jadraque, Gascueña de Bornova, desde Hiendelaencina serpenteaban los caminos. Eran otros días del Bornova y de sus cinco molinos. Era un Bornova domeñado, obligado al trabajo, humillado en canales y enseñado a hacer girar las grandes ruedas de piedra.

Fueron otros días, aquellos del Bornova. Pero uno, el hombre dejó vacías sus casas y descuidó las cadenas que sujetaban al río. El Bornova se embraveció de nuevo, en un instante, asaltó todas las defensas, anegó las edificaciones y las zanjas, derrumbó las puertas y ahí están, vencidos en la orilla, los molinos medio enterrados, cegados por el barro, hundidos en el cieno. Solo el primero, el Callejón, se ha mantenido en pie. Al último, en el puente de la carretera de Hiendelaencina, cuando ya amenazaba también ruina, y aunque improductivo, le han remozado las paredes y convertido en hogar de veraneantes.

Andar el Bornova es una lenta sucesión de escaladas y vadeos. El agua y la pizarra compadrean para hacerle imposible el paso al viajero. Dan un respiro, brota una minúscula veredilla en una de las márgenes de la corriente, se caminan cien, doscientos metros y, de golpe, es cortada brutalmente por un farallón de roca. Entonces, una de dos, o se busca un vado o se remonta ladera y se requiebran riscos para bajar de nuevo, superada la dificultad.

Al principio, uno opta por escalar. Cuando ha efectuado la operación al menos diez veces, decide que prefiere vadear. Se descalza, hace equilibrios sobre las lascas de pizarra, sueltas y resbaladizas, que pueblan el fondo, y cruza al otro lado, en busca de senda despejada. Allí se seca, se calza y continúa. Mediada la tarde y con una docena de vadeos, el viajero desespera y entre fatigas y sudores jura que está dispuesto a partirse el alma con el maldito río. El caminante cierra los ojos a las bellezas y a los paisajes y solo busca con ansia los caminos, las huellas de otros, hombres o animales, que le precedieron y, de vez en cuando, mira hacia lo alto de los montes, porque sabe que allí están las veredas de los lugareños. Estos, que conocen de las traiciones y mañas de su río, prefieren seguirle el camino desde lejos y por arriba.

El viajero de esta tarde, no. Está empeñado en llegar a Las Juntas con aquel Pelagallinas, que conoció recién nacido en los pinares de los Condemios, y está decidido a hacerlo siguiendo el agua. Quizá solo sea por cabezonería, por orgullo o porque le suenan las palabras del tío

Pacorro: «No pasa», como un desafío.

No le es desconocida la zona. En dirección contraria ha llegado, precisamente y desde el molino de Hiendelaencina hasta Las Juntas con el cauce que baja de Prádena. Pero con el solo peso de una caña de pescar y botas de pescar por encima de la cintura. Ahora, el condenado macuto es una molesta giba, que le impide escurrirse, pegándose a las paredes, le pesa treinta kilos y lo trae, nunca mejor dicho, por el camino de la amargura. Ahora, si se le mojan las botas de montaña, tendrá que andar cociéndose los pies a cada metro y, por ello, tiene que pasar descalzo, con ellas en la mano y rezando por no pisar una piedra con verdín que lo haga resbalar.

La tarde sigue, mientras tanto, clara y cálida. Un remanso, donde quedan restos de una presa rudimentaria, invita a un descanso. No se puede resistir la tentación de dejarse caer y encender un cigarrillo. En un minuto, el Bornova nos vuelve a parecer hermoso, observamos con placer sus aguas, perdemos la mirada en las montañas, dejamos vagar los ojos por los quiebros y recortes de sus escarpaduras. Sí. El río es hermoso. Para poder sentirlo de nuevo, hemos tenido que aliviar los hombros, saborear con pereza el tabaco y limpiarnos el sudor, ayudados por su agua.

Jesús Fraguas, un compañero de camino, me habla de truchas. Tiene mi compañero un ojo incomparable para distinguirlas en el fondo y seguirlas en sus rápidas huidas río arriba. Las truchas ya habían sido motivo de comentario en las cercanías del Callejón, donde encontramos una cuadrilla de pescadores abatidos.

—No hay. Nada, que no hay —me dice uno de ellos—. Las pocas que quedan saben latín, griego y esperanto. Los tramos fáciles están machacados, los difíciles también. En toda la mañana he conseguido clavar dos y las tuve que volver a tirar al río, porque no daban la medida. Puede que sea también el día, la hora o cualquier leche de esas, pero es que no entran.

—¿Y los demás?

—Igual. Entre los cinco, llevamos una como señal. Si dos hubieran pescado y tres no, se podía pensar que, bueno, que era cosa de suerte o de saber. Pero es que los cinco estamos igual. Y ni somos novatos, ni principiantes de este río. Mejor será que llevéis de cenar en los macutos. Si tenéis que cocinaros las truchas que podáis coger, ahorraos encender lumbre.

Jesús asintió entonces y una vez que quedaron atrás los pescadores me comentó:

—No se las ve moverse. Desde el molino he visto una sola y era como un dedo.

Ahora me explica con detalle el panorama:

—El Bornova truchas tiene, pero los primeros días del desvede hay

un pescador cada cien metros. Por uno que sabe pescar, tres no. Este se pone un chubasquero colorado para que lo vean bien y el otro se mete de patas y se pisa toda la orilla para asustarlas mejor. A los dos días todas las truchas son veteranas de esta guerra. En una semana las listas son catedráticas y las tontas que quedan tienen el morro partido de un cucharillazo y el susto no las deja salir a comer ni las noches con luna.

Jesús es un auténtico profesor en estas cuestiones. Reparte saber y enseñanzas. Yo callo y escucho.

—La trucha de aquí es rubiata y verdosa. La trucha se hace del color del fondo para camuflarse bien. En ríos de aguas tomadas son mucho más oscuras y si el lecho es de arena, pues más claras, doradas casi.

Mi compañero habla de la trucha común, salvaje, con devoción, con la misma que desprecio pone al hacer comentarios sobre la arco iris, la de criadero.

—La trucha salvaje, la pintona, es más larga, no se la puede confundir con la otra porque tiene unas motas rojas, muy rojas, como puntitos de sangre por todo el lomo. En presencia, agilidad, listeza, bravura y todo es superior. De sabor, ni hablemos. Esta es asalmonada, fina, de sabor delicado.

»La repoblación, por mucho que se críe en el río, no es lo mismo. No es de este terreno. Es panzuda y basta. No hay comparación. Es lo mismo que comparar un halcón con un grajo. Por mucho que el grajo se adapte a todo y sobreviva donde sea, yo me quedo con el halcón.

—Pero, hombre, yo he pescado alguna arco iris y tienen una pelea emocionante. Saltan y se revuelven como fieras —intento romper una lanza por el animal.

La réplica es contundente. Jesús odia a las arco iris.

—Mierda americana son las arco iris. Los saltos son cuatro filigranas. Eso no es pelea. La pintona sí que pelea y se lanza hacia el fondo, tira y no se rinde. En un descuido que tengas, se te escapa. La otra entra como una tonta, da dos saltitos y eso es todo. Que te vea, aunque sea a quince metros, una común y ya me contarás si entra; aunque le pase la lombriz por el morro, ni se mueve. Y el sabor, ¿qué me cuentas del sabor? ¿A qué sabe una arco iris? Yo te lo diré: a salvado, a gránulos, a eso sabe.

No tengo valor de contestarle. En tocante a truchas Jesús está perfectamente alineado con un bloque. Claro que también con el cangrejo. Y aquí el odio también es para el americano.

—Sí, señor, el cangrejo americano. Ese que echaron los idiotas de Icona, es quien acabó con el nuestro. Ese, que es así como más rojo de color, con menos cola y cabezón, que no sabe a nada cuando te lo comes. Ese —y dice el «ese» con desprecio total y odio numantino—

lleva un virus. A él no le hace nada, pero a los autóctonos se los carga a todos. Acaba con un río en dos horas.

Jesús mira hacia el agua con nostalgia. Luego sigue, olvidada ya su inquina a los americanos, sean truchas o cangrejos, contándome.

—Ves. En esta «miaja» de cañaveral, no ahora, pero en cuanto llegara julio, sacabas cangrejos. No muchos, es verdad, porque este río no es calizo, y al cangrejo lo que le gusta es la caliza y las aguas más tranquilas, pero había. Anda, búscalos ahora. Contaminación, furtivismo a lo bestia y el maldito virus han acabado con ellos. Y no solo aquí, en toda la provincia. Antes había millones, en cualquier arroyucho de nada. Ahora ni en el Alto Tajo encuentras.

Seguiría uno con truchas y cangrejos, pero resulta que el cigarrillo se acabó hace tiempo y con él la excusa para seguir descansando. No queda otro remedio que continuar la marcha. Y arrancar es duro. Los ojos se lanzan hacia delante, antes que los pasos, como si quisieran caminar sobre las aguas, más allá de los picachos verdosos, que ocultan todo el horizonte.

Ocaso

Le da a uno por pensar, por si así se le hace más llevadero el camino. Le da a uno por meditar en que, a la tierra, para conocerla, hay que sentirla bajo los pies. No vale pasar por ciudades, pueblos y paisajes como un poseso, tirando fotos a catedrales y rincones, como si la máquina nos fuera a guardar lo que no hemos tenido tiempo de acariciar en nuestro interior. Esta provincia mismo. O te metes en ella, la pateas de cabo a rabo, o no te enteras. Acabas por saber de tres bares, mucha carretera, dos iglesias y no sabes nada de Guadalajara. Con las gentes pasa igual. O te detienes junto a ellas, pruebas su vino, su conversación, sus quereres o sus odios o te quedas con un cliché, pero nunca con un amigo.

Vas pensando si estos andurriales tienen remedio. Vivir aquí todo el año, de bonito debe tener muy poco, porque si no no se hubieran marchado.

Esto se quedará vacío y cada vez más vacío. Poco más aguantará el Callejón. Lo que aguante el tío Pacorro y luego a pudrirse en el río.

Uno mira los restos derruidos de algún aprisco o de las parideras. En una ladera lejana puntean unas cabras. Es todo lo que queda y aún es extraño que quede alguien dispuesto a cuidar cabras por estos peñascales. La provincia, quitando el corro de la capital y la Vega, está semidesierta, cuando no desierta del todo. La edad media de los pobladores es cada vez más avanzada y el proceso parece irreversible.

Muchas zonas ya no llegan a cuatro habitantes por kilómetro cuadrado. El paro da tremendos zarpazos por los cinturones industriales de las ciudades, pero muy pocos vuelven.

He leído, incluso, que, para bien, aún debe haber menos población rural. Deben ser criterios de productividad, rentabilidad y esas palabras de economista que jamás he comprendido. Lo cierto es que se encoge el corazón ante tanto abandono.

El vivir aquí, y en las condiciones en que mucha de esta gente vive, lo soportan los ya hechos, pero dudo que el nuevo lo haga. Regresar aún parece más difícil. Habría de cambiar toda una mentalidad, que sitúa el triunfo en las ciudades, en determinada forma de vida, en el consumo como elemento máximo de felicidad. Habría, en el fondo, que variar toda la idea del triunfo social como aspiración final. No creo que algo tan arraigado varíe en cuatro días.

En esta zona, las mujeres abrieron la marcha. Antes incluso que de mozos, fue de mozas de lo que se quedaron vacíos los pueblos. Los chicos, pegados a la labor de la tierra, aguantaron algo más, hasta la mili. Ellas se marcharon a la mínima posibilidad. No tenían ningún futuro aquí. Ellas menos que nadie. Se fueron. De criadas, al textil, a lo que saliera. Era, más que salir, escapar como sea de una cárcel, de una vida limitada, estrecha, reducida a las penalidades y a las cuatro paredes de una cocina donde ir encogiendo con fatigas, hijos y fríos. Las chicas se marcharon a los diecisiete y los mozos no volvieron nunca de la mili.

La tarde va cayéndose al otro lado de los picos. He pasado un molino, al menos eso creo. Son, solo, cuatro paredes desportilladas. Nada más queda en pie.

La superficie del río comienza a serenar reflejos, y sus entrañas, a agitarse y rebullir. Suben los peces hasta la superficie y, al tragarse los insectos, que se desploman con el final del día, llenan el agua de pequeñas ondas que delatan su presencia y sus afanes.

Caminamos ahora a media ladera. Es necesario buscar y alcanzar algún lugar propicio para pasar la noche. Hay quien sueña, aún, con Las Juntas, pero cada vez parecen más inalcanzables. Se mira y se remira el mapa. «Ese pico tan alto debe ser este que viene aquí marcado. Entonces, enfrente, ¿ves?, están Las Juntas. Es media hora». Pero a la media hora aparece otro picacho aún más alto y más lejano y de Las Juntas ni rastro. La tarde ya no tiene sol, le quedan resplandores. Bajamos de nuevo a la ribera. Aún caminamos unos minutos, quizá diez, y ahora sí que el río nos atrapa. La corriente se estrella contra una montaña y nos encontramos rodeados de montes, por un lado y al frente, del Bornova por el otro. Hay que o volver, o apechugar con una dura escalada. Estamos en una zona de turbulencias y el vadeo resultaría lo peor de todo. El cansancio y la

desesperanza nos derrotan. Los macutos caen al suelo, con una mezcla de desaliento y desahogo. Por hoy, parece, ha sido el Bornova quien ha vencido.

Sin embargo, un minuto después, es el propio río quien nos consuela de nuestra derrota, quien nos lame las heridas de la fatiga, nos hace compañía y nos invita al descanso junto a él.

Se monta una caña de pescar y ya está uno aprovechando los últimos resquicios de luz, con el cigarrillo entre los labios, tentando peces a que caigan en el pecado de la gula.

Los peces, a pesar de todo el rebullir, están decididamente ascéticos. Las truchas mejor ni mencionarlas. Alguna se intuye después de algún salto a por el mosquito, en la corriente. En el último lance, cuando casi está por hacer todo su recorrido el cebo, el tonto de una dinastía de peces, un «gallego», se queda prendido del anzuelo. Es en un minúsculo remanso donde el agua, como la tarde, se ha quedado quieta de golpe.

El humo de la hoguera sube, agarrándose a las jaras, ladera arriba. Antes de cenar es el ritual obligado, que repetiremos al amanecer antes de comenzar la marcha, de lavarse a fondo y cuidadosamente los pies, para que descansen bien durante la noche. La cena es alegre y, aunque se está en umbría y el frío y la humedad se hacen notar, aguantamos mucho tiempo junto al fuego. Con el café aparece una botella de coñac, sacada de no sé qué macuto, y corre la conversación por encima de las ascuas hasta que la luna remonta por encima de los picachos y se asoma al agua.

Antes de dormir, el viajero hace también una visita al río y se le queda mirando, pensando en mañana, entre el reto y la súplica. Luego vuelve, pensando en otras cosas, que la soledad del lugar le han traído al corazón.

¿Por qué se recuerda siempre a una mujer cuando se regresa hacia la tienda?

La piedra de los tres lobos

Desde el molino Callejón, donde dimos con su cuidador y con la cuadrilla de pescadores, no habíamos encontrado a nadie en el camino, pero la mañana nos trajo un visitante. Apareció, el hombre, salido no sé entre qué rocas, cuando desmontábamos las tiendas y se discutía el consabido escalar o vadear. Llevaba una larga caña y, como por la traza parecía un lugareño, le descargamos nuestro problema.

«Esto es la Salceda. Para salir de aquí, y si no se quiere entrar en más berenjenales, hay que subir este risco y coger siempre la margen

derecha del río. Encontraréis mejor camino y algún puente. Dos os marcarán que lleváis la buena senda. Uno grande de cemento, ahí cruzáis y por un rato vais por la izquierda. Luego está el de madera, pues lo pasáis también y ya siempre por la derecha, por una vereda, hasta Las Juntas». Así, más o menos, recuerdo, en síntesis, la explicación del pescador, aderezada de otros detalles, muy claros topográficamente, pero para él. El río ya se encargaría de demostrarnos que no lo eran tanto para nosotros.

Siguió nuestro hombre río arriba. No iba, precisamente, contento, ya que lo suyo no andaba tampoco por buen camino. «Hoy no llevo ni una. Ni una mísera picada he tenido. Hace solo unos días saqué dieciséis en una mañana, pero hoy no me estreno».

—Pues si usted que se conoce el río no se estrena… Nosotros, ayer tarde, probamos suerte. Pero nada. Y hemos dejado algún sedal esta noche y ni tentarlo. Me parece a mí que estaban puestas a la mosca.

—Puede. Con la trucha por donde le da…

El pescador desaparece río arriba. Al viajero la cuesta le saluda con tres resbalones en los casqueros de piedras y con un par de buenos pinchazos de aliaga. Un buen desayuno este para apretar el paso. Con todo va reconfortado. Las Juntas, las famosas, deseadas y mentadas Juntas, no pueden estar lejos.

A nuestro alrededor los picachos se elevan cada vez más. El mapa señala alturas por encima de los mil quinientos. Los montes tienen una vegetación pobre y enana. Se oye, de cuando en cuando, el rebullir de un conejo y una vez me sobresalta un reptil, que se desliza, sin que sepa bien si es lagarto o culebra, bajo unas piedras, desde el caminillo donde tomaba el sol.

La panorámica, desde arriba, del Bornova es en verdad hermosa; el río brilla en los rápidos, se ensombrece y verdea en las grandes pozas, se encajona totalmente en un trecho y luego se desparrama durante unos centenares de metros. Se anima el corazón con la aparición de algunas arboledas. Los árboles, siguiendo el río, parecen indicar que la ribera será más transitable.

Desde una enorme roca, colgada sobre el vacío, como un balcón pétreo, se divisa un vado y, al otro lado, una ancha senda, que parece comenzar al mismo borde del agua. Sé una historia de esta roca, recordada o inventada, da lo mismo, que no me resisto a contar.

Dicen, para quien desee oírlo, que en una de las torres aisladas que los moros mantenían en muchos lugares altos para vigilar a sus enemigos, habitó un árabe muy piadoso. Hombre rico y cultivado en la corte de los Abderramanes en Córdoba, dejó los esplendores de la capital del Califato, los placeres, su palacio y sus esclavas, el olor a azahar y a jazmín, el rumor de las fuentes y la música del laúd por estas escarpaduras, la soledad de su atalaya, las noches en vela, la

cimitarra, la cota de malla y el arco. Todo, por seguir el camino de Alá, el todopoderoso.

Se alistó en la aceifa anual del califa contra las tierras de los infieles. Saquearon la ribera del Duero, incendiaron cosechas, apresaron cautivos y ganados, y quiso Alá, el misericordioso, que no muriera en aquella larga cabalgada. Al regreso, no quiso él pasar de estas tierras de frontera, desde donde dice el profeta que los fieles pueden alcanzar mejor el paraíso. Entregado al ascetismo de los consagrados a la guerra santa, vivió largos años de batallas, escaramuzas, penalidades y victorias. Comenzaba a envejecer cuando sucedió lo que ahora os relato.

Al salir un día, con las primeras luces, hacia un arroyo donde se proveía de agua, oyó, entre unos matorrales, los gemidos de lo que tomó por unos cachorros de perro. Pronto se dio cuenta de su error al descubrir cuatro lobeznos de poco más de un mes, que se removían, llorando de hambre y frío, a la entrada de una pequeña covacha. Sin duda, sus padres habían muerto.

El árabe, hombre caritativo y de tierno corazón para con las bestezuelas que Alá, el creador, ha depositado sobre la tierra, se apiadó de los animales y decidió tomarlos bajo su protección.

Con su solicitud y alimentos, lograron sobrevivir tres de los cachorros, una loba y dos machos, muriendo el cuarto. Poco a poco, fueron creciendo y no tardaron en corretear por los alrededores de la torre. Con el tiempo, y al ganar en tamaño y poderío, ganaron también en audacia y se fueron internando por los bosques. Sus escapadas se hicieron cada vez más prolongadas hasta que de una de ellas no regresaron.

Fue, aproximadamente, un año más tarde de aquella fecha, cuando el árabe salió de su torre para juntarse con sus hermanos de religión y efectuar una correría por tierras del norte. El destino les fue adverso y, alcanzados por la caballería cristiana, fueron derrotados, teniendo que dispersarse los supervivientes para intentar salvar la vida.

Se encontró, nuestro hombre, herido, en tierra enemiga, sin alimentos ni cobijo; pero encomendándose a Alá, el misericordioso, se internó por las más hondas espesuras para evitar malos encuentros con los infieles y, tomando como referencia las crestas conocidas de la sierra, intentó la vuelta.

A los pocos días, su situación y estado eran críticos. No desesperó, porque la desesperación no sirve para ahuyentar el destino, pero se resignó a perecer. Llegó la noche y entonces, débil y agotado, sintió la cercanía de las alimañas que lo cercaban. Desenvainó su alfanje y se dispuso a morir en aquel pequeño calvero del bosque donde acampaba. Los lobos, en número de tres, lo observaban a distancia, sin hacer gesto alguno de aproximarse.

Pasó el agareno la noche en vela, con las tres bestias, inmóviles como estatuas, clavadas al suelo, justo en el lindero del claro con los árboles y, aunque aterrado por su presencia, al fin sucumbió cuando clareaba el día al sueño y el cansancio.

Al despertar, sobresaltado, observó que el sol estaba muy alto y, más que sentir, tuvo el presentimiento de que alguna de las bestias había dormido a su lado. A tres metros, uno de ellos lo vigilaba, expectante, y al alcance de su mano se encontraban dos conejos recién muertos. Entonces supo quiénes eran.

Los lobos fueron mudos centinelas y servidores de aquel improvisado campamento mientras el musulmán reponía sus fuerzas y curaba sus heridas. Uno, al menos, siempre se mantenía a la vista, plantado, eso sí, a una prudente distancia, mientras los otros cazaban, y atento a la más mínima señal de peligro. Si rondó algún intruso, los poderosos aullidos lo alejaron antes de que llegara a acercarse. El árabe notó algunas noches la mayor cercanía de las bestias e, incluso, pudo comprobar la forma de algún cuerpo que había descansado a su lado, pero el resto del tiempo se mantuvieron fuera del círculo, alejados del pequeño fuego que ardía en el claro.

Cuando el árabe se sintió con fuerzas y ánimos para reemprender la marcha, los lobos le precedieron y en el sendero fueron su guía. Justo, hasta la roca esta, enorme, que domina el vado. Aquí, en tierra amiga y cercana, a solo dos kilómetros de su torre, vio el discípulo de Alá a sus agradecidos amigos por vez última. Lo observaban, sentados en ella, inmóviles, mientras cruzaba el río y por esa senda se dirigía hacia su hogar.

Y yo estoy, si no he perdido la cuenta, en el tercer molino.

Se lo ha tragado el Bornova. Le echó encima avenida tras avenida. Ahora es un barco de piedra naufragado en el barro, desplomado sobre el costado. A su alrededor, una chopera se ha convertido en una espesura de lianas, desperdicios arrojados contra los troncos y de ramas caídas. El río ha ganado otra batalla y, una vez destruidas y cegadas las obras de los hombres, ha vuelto a su primitivo cauce.

Cometo el error de olvidar el consejo del pescador y, fiándome de mis intuiciones, prosigo por la margen izquierda. A los diez minutos voy jurando que haré siempre lo que me dicen los viejos pescadores ribereños, que creeré en ellos y que me grabaré a fuego sus indicaciones. Estoy en un buen atolladero, metido en una escarpadura infernal, sin posibilidad de vadeo y cada intento de resolver la situación me aleja más de ella, hasta llegar a perder de vista el propio río. Finalmente opto por una decisión casi heroica. Tiro recto hacia donde intuyo el agua, la encuentro, busco el lugar menos profundo e intento el paso. De la travesía, salvo secas las botas y los calcetines, la camisa y el macuto. El resto, de cintura para abajo, está empapado.

El Bornova aprieta pero no ahoga. La alegría vuelve con el ladrido de unos perros, no lejanos, y aparece una mesetilla, sin matojos ni árboles, de hierba menuda, donde se eleva una construcción con un extraño, aquí, tejado de uralita. Sobre todo se divisa, también, un puente de cemento y una oxidada barandilla de hierro. Junto a él, aparece un Land Rover y los perros que oíamos ladrar. Nos bebemos un trago a la salud de todo.

La salud dura un par de kilómetros. Hay restos de un camino, que debió ser ancho, que llegó a horadar los cortados de roca viva. Se puede andar con cierta despreocupación, mirar el paisaje, hablar y hasta fumarse un cigarrillo. Luego, de golpe, se acaba la salud, se pierde el camino, desaparece la huella y aquí está otra vez el viajero mirando con desesperación. Basada ahora toda su esperanza en un puente de madera.

Lo cierto es que, a estas alturas, con el sol indicando el mediodía, uno odia el río, los puentes, le da igual el paisaje y si sigue adelante es porque no le queda otro remedio. El reencuentro con el coche le ablandó mucho y, aunque difícilmente lo confesaría, le parece que hasta el tejado nuevo de uralita de la paridera, tan civilizado, está pero que muy bien.

Pero hay que seguir. De todas formas el camino es algo más transitable. Existen pasos sobre la corriente, a base de grandes losas de pizarra, que facilitan las travesías y hay señales de otros caminantes. Agacho la cabeza y continúo.

—Será este maldito río de Satanás o yo. Pero por mi madre que llego a esas apestosas Juntas como sea.

Me lo iba repitiendo para convencerme cuando apareció el puente de madera.

Fue el último puente que le crucé al Bornova aquel día. Después un caminillo. Otro de esos traidorzuelos de los que no puede uno fiarse.

El caminillo tomó ladera, arreó cuesta arriba y el viajero…, pues a seguirlo. Finalmente, la pared de un aprisco y un ramal minúsculo de la senda que lo bordea. Más abajo, la montaña hace una nariz sobre el río y no deja ver nada. El otro ramal se convierte en una señora vereda, que se pierde entre las jaras, subiendo.

Al viajero le suena el saliente sobre el Bornova, el alto picacho de enfrente, las piedras apiladas artificialmente sobre su cima. Pero es que le suena todo. Le pierde la llamada de la senda grande y tira monte arriba.

Empieza a subir, sube y sigue subiendo. Aquello, piensa, se desviará alguna vez, bajaremos y, ¡zas!, Las Juntas. Nada, el camino ajeno a todos los deseos sigue inmutable, recto hacia la cima. Una cumbre tan alta como la que quedó enfrente, ahora a la espalda.

El viajero se desespera. Se harta de todo y se lanza, atropellando

jaras, tropezando, hacia su izquierda, hasta el borde de la cornisa y…, ¡maldición, Las Juntas! Las Juntas, al fin, pero abajo, muy abajo. Al fondo de un desfiladero. Inalcanzables.

Era el caminillo, el bueno, el que bordeaba la pared de pizarra, le daba la vuelta a la nariz de roca y le dejaba a uno justo en el cruce de los ríos.

Mejor mirarlo todo desde arriba. Mejor olvidarse de Las Juntas y, ya que estamos a la mitad, seguir hasta Prádena de Atienza. Al fin y al cabo, lo mismo da estar al borde o mirar el cruce a ojo de pájaro, si se las puede ver a sus anchas. Se convence de mil formas. Las razones mejores son, sin duda, el bar y la fuente del pueblo cercano. Total, es solo un río, total… Enciende un cigarro, las remira a sus anchas. Cuando acaba de fumar suelta un taco, mira con odio la cuesta que se le presenta, acopla el macuto, cada vez más pesado aunque lleve menos carga, remueve las costillas, le vuelve la espalda al Bornova y se empieza a imaginar las cervezas de Prádena.

El Pelagallinas lo lleva a su izquierda, hundido en el barranco. Lo anduvo en su día y ahora, desde lo alto, va reencontrándose y recontando huertecillos y choperas. Es buen hijo del Bornova. Tiene su misma catadura, belleza y diabluras. Le gusta encajonarse y no dejar paso. Cuando parece que se le agotan las fuerzas y llanea, se une al padre para, con caudales juntos, seguir haciendo perrerías.

Le duelen las piernas al que anda. Recuerda que es Semana Santa, Viernes Santo, por más señas, que hay dolor en el ambiente y persevera contra la subida. La cima, cuando llega, tiene sabor a resurrección.

Prádena de Atienza, vista desde lo alto, reconforta el espíritu y alegra el paso. Es el hermoso pueblo entre estos pueblos hermosos. Casas recias, tejados rojizos. Apretado contra un costado del río y contra las faldas de las montañas. Por las laderas se extienden los prados de verde intenso, separados por cercas de pizarra. Los prados le dan el nombre.

Bajo el camino con energía. Desdeño una fuente minúscula a un lado de mi andar, reto con los ojos a un burro que pace junto al sendero. Un perrucho, en el mismo linde de las casas, me planta cara un instante y en silencio. Cuando llego a cinco metros se rinde y prefiere hacer de introductor de embajadores. Coge un trotecillo, se para, mira, vuelve a trotar y me va llevando hasta la plaza. Dos chavales, desde sus bicis, me miran de reojo. Me dicen:

—La fuente está solo un cacho más allá…

Y allí está, sí señor. Antes de beber meto la cabeza en el chorro, y los brazos en el pilón. Cuando alzo la vista, entre las gotas que me resbalan por la frente, ante mí, está, en zapatillas, fresco como una rosa, descansado y tranquilo, el pescador de por la mañana.

El que iba río arriba.
Y va el hombre y me sonríe.

Títulos de Prádena de Atienza

—Pero ¿de dónde sale usted? ¿Por dónde rayos ha venido?

—Pues todo recto.

—Pero, bueno, ¿no iba usted río arriba?

—Pues sí. Y estuve pescando una hora o así. Pero como no entraban, pillé patas y me volví. Todo recto, ya le digo, y no por sitio tan «pino» como por el que ha venido usted.

La mirada que le lanzo debe dar a entender algo de las intenciones que me pasan por la cabeza. Si se le ocurre alguna sorna, lo mato. El hombre parece darse cuenta del estado de ánimo y se abstiene de cualquier comentario.

—Bueno, el caso es que nosotros también hemos llegado. ¿Dónde hay un bar?

—Pues ahí mismo está el mío. Justo enfrente de usted.

Este hombre es un hallazgo. A pescador, guía y escalador hay que añadirle tabernero. Doy media vuelta, miro de reojo a cuatro jovenzuelos, que están sentados en el poyo, esperando que no se hayan enterado de nada, y me cuelo en el establecimiento. Con lo que salgo es con una docena de cervezas.

Dos me las trasiego en un visto y no visto. La tercera ya la saboreo, acompañándola de un cigarro, y me voy reconciliando con el mundo. El resto las guardo para mis compañeros. Bueno, pienso, estoy en Prádena. Pueden sonreírse lo que quieran, pero he llegado, aunque ni era mi ruta ni sé bien cómo, a Prádena. Me parece muy bien.

El señor Crescencio, el pescador, resultó ser aún más cosas de las enumeradas. Era también cartero y, para que no le faltara de nada, alcalde. Habíamos dado de bruces con la máxima autoridad de la villa.

Detrás del mostrador de la taberna, que es igualmente tienda de ultramarinos, está su mujer y la más pequeña de sus hijas. Una chica de unos veinte años. Delante Celestino, ¡ojo a Celestino!, y por las mesas cuatro parejas de jugadores de tute.

Celestino es un borracho bajito, feo y faltón. Tiene muchos años y cuenta muchas mentiras. La mentira que más cuenta es la de «ya te pagaré». Así que tiene un enganchón con la hija de Crescencio. El Celestino dice que la deuda pendiente ya la arregló y la chica dice que no consta. El Celestino protesta de su inocencia, de su buen pagar y de casi todo protesta Celestino, que, además, quiere meter al viajero en su querella. Uno se lo huele y se pone a mirar el infinito con firmeza.

La chica no traga y le responde que menos palabras, más hechos y, sobre todo, más duros contantes y sonantes. Y es la guerra.

Celestino la emprende a voces de que si le han dicho, le han faltado, le han dejado de decir. La hermana mayor aparece por la trastienda y se une a la batalla. Celestino no se acobarda por el número y redobla el chillerío. Sale la madre en defensa de sus retoños. A los dos minutos el bar se ha convertido en la antesala del juicio final a juzgar por los alaridos.

El Crescencio, que se conoce el paño, intenta que con él no vaya la cosa y aguantar el tirón, pero no le vale. Al final, tiene que soltar tres palabras más altas que otras. El Celestino encaja el golpe y parece que se retira ante la manifiesta superioridad de calidad y número del enemigo. El viajero puede entonces pedir salchichón, chorizo y jamón, amén de unas latas para abrir, porque lo que hay es un hambre de lobo. Y mientras se enfrascaban en el trabajo, el rival recuperó fuerzas.

Celestino, y sus dos docenas de moscateles entre pecho y espalda, buscó apoyos entre los del tute. La clientela, experta y sabia, hizo como que no hablaba nadie. Soportaron un chaparrón de palabras, durante sus buenos diez minutos, intercambiando imperturbables las cartas. Dos manos dieron. Entonces, el vejete hurgó por el bar con sus ojillos y divisó al forastero, que hacía dramáticos esfuerzos por huir hacia el extremo más alejado del mostrador. Fueron vanos. De nada sirve el intentar la huida. Acorralado contra las tablas, donde sueña que se den prisa, le traigan su comida y poner tierra por medio, es obligado a escuchar la lista de agravios contra el mundo, los taberneros y, en particular, sus hijas y mujeres. Sucede que todos están en su contra y que todas las mujeres son unas víboras. El dinero se lo deben a él, esas tres arpías, que le apuntan de más cuando se deja los cuartos en casa o el doble cuando está borracho y no se da cuenta de lo que hace.

El forastero está mudo y lo malo es que el viejo bebedor cree que quien calla otorga, le coge unos cariños enormes y decide que tiene que beber con él. El forastero no quiere líos y dice: «Que no, gracias». La hace buena. «¿Cómo que no? Usted se toma un moscatel conmigo, que se lo pago yo y usted se lo toma».

—Que no, que no tengo ganas.

—Que sí, hombre, que sí. Que tiene que beber conmigo un vaso.

—Mire usted que me están esperando para comer y ya le he dicho que no. Le repito las gracias.

—¡Que me desprecia una copa! Pero ¿cómo? Despreciarle uno de fuera una copa al Celestino. Usted se bebe ahora mismo un moscatel.

El forastero se va cabreando. El Crescencio ya lo está. Deja los platos de embutido que nos acaba de preparar y estalla.

—Mira, Celestino. Igual me da que me pagues o que no me pagues, pero pilla patas ahora mismo y desaparece de aquí. Pero para toda la puta vida y que no te vuelva a ver pisar. ¡Me tienes hasta los cojones! Te metes con mis hijas, mi mujer y con san Pedro bendito si aparece. Ya lo oyes. ¡A la calle!

¡Dios mío! Entonces es cuando de verdad se lía. Lo de antes era una nadería. Pataleos, puñetazos en el mostrador, gritos, voces y alaridos.

—¡Que me echan! ¡A mí! ¡A mí! ¡Al Celestino, que lo quieren echar!

Va de mesa en mesa. Coge hombros, señala con el dedo acusador, gime su inocencia. Un jugador suelta por fin las cartas. Se suspende la partida. Se intenta calmar al Celestino. Y, claro, también al Crescencio.

—Venga, Crescencio, hombre, ya sabes cómo es. Como si no lo conocieras de toda la vida. Atiende a los forasteros, que nosotros intentaremos calmarlo y que deje de chillar.

Podemos empezar a comer. La calma se restablece. Nosotros firmamos la paz con el estómago y le entregamos, amén de las viandas, tres litros largos de vino, café, copa y puro.

Crescencio ha llegado a la mesa. Se disculpa el hombre de los improperios de su paisano.

—Siempre igual, siempre me hace alguna. Fíjese, son las tres y media y cómo va. ¡Y qué se va a marchar! A no ser que lo saque por la fuerza y, ¡claro!, cómo vas a hacer eso en un pueblo como este, donde nos conocemos todos y somos hasta medio familia. Aunque un día, no sé, pierdo los nervios y no sé… Porque, encima, ya ve, tiene la manía de meterse con los forasteros.

Por el fondo, Celestino ha debido captar algo y rompe la tregua.

—¡Echarme a mí! ¡Yo soy el que no pisa más! Yo que me gasto…, yo que me dejo aquí lo que no se deja nadie en el pueblo. ¿Que bebo? Pues bueno. Mis buenos cuartos me cuesta. No niego que beba, ni me escondo por ello. No voy a ser yo como el Juanón.

Sin querer, a uno le intriga quién será ese Juanón despreciado por Celestino por su cobardía de borracho anónimo. El hombre lo aclara en la siguiente parrafada. Juanón es su más directo rival en el trasiego de alcohol.

—Ese, ¡menudo! Ahora, como está su familia aquí de vacaciones, no lo cata. Velas está poniendo para que traspongan.

La intención era seguir a Hiendelaencina, pero, después de sentarse, ¿quién echa a andar?, y menos bien comido, y con el calorcillo amable del local. Total, que empezamos una partida al mus. La intención es hacerlo con calma y paz, pero de qué: aquí está de nuevo Celestino.

—Que ahora sí que tiene usted que beber conmigo.

El viajero, aunque es consciente de estar en pueblo ajeno, tiene su límite.

—Mire. Métase la copa por donde le quepa, váyase a tomar por culo y déjeme en paz. Llega uno reventado y encima la paliza esta. Váyase de mi vista antes de que me harte.

Interviene, de nuevo, qué remedio, Crescencio, en su nueva faceta de bombero apagafuegos. Por fin el Celestino se rinde. Desde el mostrador dirigirá, eso sí, miradas espeluznantes, preñadas de amenazas.

Al viajero se le pasa el enfado. Pobre hombre, este Celestino, que cuando se harta de todo y de todos, incluido él mismo, coge dos botellas, una de anís y otra de coñac, y se pierde por los caminos de la sierra bebiendo, hasta que se queda dormido apoyado en el tronco de un árbol, acurrucado y contándole su larga vida como titular de los borrachos de Prádena de Atienza.

En nuestro rincón hay tertulia y conferencia para decidir la ruta. Está claro que ganas de andar no queda ninguna e indagamos otras posibilidades. Al corro se unen las hijas de Crescencio.

Tú has tenido aquí un conocido y decides explotar el hecho para intimar. Era un maestro, muy joven y muy cargado de humanidad, que subía desde la Vega todos los lunes, y al que muchos viernes de invierno no le dejaba la nieve regresar. Nota el viajero que solo Luis Burgos podía ser maestro de Prádena y que la gente le recuerda con cariño.

Llegó, me cuentan, con su desaliño, su aire un poco ausente, su poca pinta de señor maestro y su mucha más de soñador, medio sabio, medio ecologista. Luis jamás comería chocolate con picatostes con el cura y sus formas sorprendieron al pueblo, que desconfió, y mucho, del nuevo profesor. Luego desconfiaron menos. Ni el viajero ni Luis sabrán nunca hasta qué punto dejaron alguna vez de hacerlo. A pesar de que hoy se note un recuerdo cariñoso para él.

El que escribe no puede por menos que evocar al personaje, con sus pelambres eternamente alborotadas y su paso medio flotante, entre estas montañas, aisladas, impermeables a cambios e innovaciones. Luis, que hacía cross por los caminos cuando nadie se imaginaba aquellas locuras, y menos las organizaba; Luis, que hizo fotografía cuando se pensaba que eso era retratar comuniones, que hizo teatro de vanguardia cuando era vanguardia y, cuando dejó de serlo, hizo teatro para niños. A Luis, resulta que también se le ocurrió ser maestro de Prádena de Atienza, y gustarle serlo. Nunca sabremos qué pensaron ellos. Sostiene la pregunta, para hacerla a bocajarro, en la punta de la lengua, pero entonces alguien dice la hora. Son las cinco y media. Hay sobresalto general por lo tardío.

—Bueno, habrá que pensar en marcharse. ¿Cuánto hay para Hiendelaencina?

—Los treinta kilómetros.

—¡Madre mía!

—¿Pero no hay un maldito autobús, cualquier cosa que nos pueda cargar, aunque sea una carretilla?

—Pues no, autobús no hay. Aquí lo único que hay es el coche de mi chica. Si ella quiere llevaros por mí no hay inconveniente.

Ella sí quiere, si le pagamos la gasolina. No solo se ajusta, sino que nos tomamos todos unas copas. Ahora no hay prisa. Seré un traidor al viaje a pie, pero no siento ningún tipo de remordimiento.

El Bornova, hacia abajo, es un calco del tramo anterior. Solo, como protagonista personal, la vieja mina abandonada, que se ha visitado y se contará en otra ocasión, puede merecer el esfuerzo.

Salimos cerca de las siete. Se cruza el Pelagallinas y vamos dando vueltas y revueltas hasta divisar, desde lo alto, Gascueña de Bornova. Lo rodean multitud de cercas de pizarra, pequeñas choperas desnudas, a sus casas las cubren relucientes lascas a modo de tejas y es la bella postal de despedida de la sierra que dejamos a nuestra espalda. Reencontramos la carretera que nos depositó dos días atrás en los pinares de Aldeanueva y, después de cruzar el puente sobre el Bornova junto a su quinto molino, nos presentamos en unos minutos en Hiendelaencina. En Las Minas, como todo el mundo lo llama. Y en Las Minas a las siete y media, se bebe limonada porque es Semana Santa y dentro de un rato tiene que salir una procesión.

El día de la plata

«Estaba a flor de tierra. Pegabas con la maza y la piedra cedía, blanda, de la cantidad de mineral que tenía. Y aún tiene, ya lo creo que tiene. Lo que pasa es que ni la buscan ni la explotan».

Hiendelaencina. Quince mil habitantes por los finales del xix. Guadalajara la envidiaba y Alcalá de Henares guardaba menos almas que aquel poblacho serrano. ¡Qué días aquellos del Bornova! ¡Qué trasiego de hombres, bestias, máquinas y dineros! ¿Saben ustedes lo que queda?: quince montones de escorias, doscientos vivos y la única plaza hecha con planos de los cerca de cuatrocientos pueblos de la provincia.

La plaza es simétrica, rectangular, perfecta. Ha sido planificada, dibujada y construida con un patrón, con una idea preconcebida. No es una plaza alrededor de un árbol y una fuente, como todas, donde las casas se han ido amontonando, haciendo rinconadas, pórticos,

salientes. No. Aquí las casas han sido ordenadamente puestas en fila, guardando una línea trazada por la escuadra y el cartabón, con una misión previamente asignada. «Tú, bar; tú, iglesia; tú, Ayuntamiento». Son edificios cuadrados, funcionales, con sabor colonial. Carecen de las heridas que ponen el sello de la historia a las viejas construcciones, que les dan personalidad propia y las individualizan. Las casas de Hiendelaencina son todas soldados listos para desfilar.

La historia del pueblo empieza en Las Minas, el resto nadie lo recuerda, es puro anónimo, no lo quieren, no interesa para nada. Ellos solo son Las Minas. Tanto lo son, que han tapado el hermoso nombre del pueblo y lo han dejado para los papeles impresos, tomando ellos el nuevo para el común uso de las gentes.

Así que no le queda otro remedio al viajero que entrar en la historia de la plata. Se la había aguantado en la bajada del primer tramo del Bornova, donde se presentía en las incrustaciones de mica argentífera de la pizarra. Ahora es el momento.

El pueblo entró en el delirio, del que pasada la fiebre, los mineros y el propio mineral aún no se han recuperado, cuando un tal Pedro Esteban Gariz descubrió la primera veta en aquel año de gracia de 1844. El esplendor llegó con la cincuentena final del siglo xix, el declive comenzó con el xx y el final del sueño tuvo lugar en 1914, fecha en la que se cerró la última explotación. Ahora solo se reprocesa alguna escombrera de escorias.

El pueblo sufrió un tremendo impacto de gentes que lo afectó para siempre. Cambió su fisonomía, su carácter y entró en la historia de los pueblos mineros.

«Miles de almas, casi todos hombres, tres salas de baile, garitos y más garitos de juego, mujeres de vida fácil, bares por decenas y la noche de paga el pueblo lleno de gritos, risotadas, borracheras, robos, peleas, sangre. Que corría la sangre los días de paga. Igual que corría la plata».

El minero viejo, quedan dos o tres más vivos, se queda mirándole a uno, como diciéndole: «Para que sepa usted quiénes éramos», con todo el orgullo y con toda la nostalgia.

«Lo que faltaba eran mujeres. Algunas había, pero, ya le digo, pocas. Y cuando los hombres beben solos ya se sabe».

Sí, se sabe. Miles de jóvenes en aquella tierra extraña, solitarios, broncos, en medio de un invierno desierto, hostil, frío.

«No se hacían fortunas fáciles. Los mineros lo eran a jornal. Se ganaba, pero no para echar campanas a voleo. El que más y el que menos venía a ahorrar un poco. El dinero de verdad se lo llevaban los amos, quienes fueran, y esos no aparecían por aquí».

Con todo, el pueblo no se recupera del sueño. Sigue pensando en resucitar. En que vuelvan las vetas y otra vez bullan los campos.

«Claro que hay plata. ¿No la va a haber? Lo que pasa es que no quieren explotarla. Aunque me han dicho que han vuelto a trabajar la escoria, los residuos, y si eso da plata cómo no la van a dar las vetas. Le digo yo que cualquier día de estos las minas echan a andar de nuevo».

Pero las minas no vuelven. No es rentable excavar hasta la entraña de la tierra. Cuesta más el hacerlo que lo que vale la plata. El mineral se ha escondido demasiado hondo y en la superficie se desmochan las chimeneas, se derrumban las paredes y los edificios se van convirtiendo en esqueletos negruzcos en el páramo desolado, donde ahora solo se divisa en movimiento un rebaño de cabras.

Solo en tres pozos se trabaja. En el San Carlos, Santa Catalina y el Santa Teresa se reprocesa el sobrante de los días de gloria. Cinco kilos de plata salen, en total, cada día. Es la migaja, la sombra, los restos. Mientras, el pueblo entero sueña en la veta perdida, en la mina oculta que saldrá cualquier día a la luz y volverán aquellos sábados de gritos, peleas, cartas y mujeres.

Tienen nombres santos los pozos abandonados. El primero se llamó Santa Lucía, y luego les pusieron a sus hermanos San Martín, San Emilio, San Juan, San Mateo, San Manolito y, cuando se cansaron del santoral, les pusieron nombres esperanzados: Suerte, Fortuna, La Fuerza, La Chispa, Caridad. Solo uno buscó un extraño y premonitorio apodo: El Fallo.

Están desperdigados por el páramo miserable, con los hombres rebuscando en sus desechos como mendigos en los estercoleros. Allá abajo, en el Bornova, duerme la gran fundición, la enorme tripa a la que llegaba todo el producto.

Fue bautizada como La Constante, expresando así el deseo de que lo fuera. Es una enorme mole de ladrillos rojizos, en pleno río, del que sacaba la fuerza para mover sus ruedas, coronada por una gran chimenea que compite con las paredes del cañón.

Se yergue desafiante, extraña, en medio de la quietud del entorno, rompiendo el camino del agua y apareciendo como un fantasma ante los ojos del pescador o del viajero. El pescador aprovecha las rebalsas que han hecho los contrafuertes para tentar alguna trucha de buen tamaño y el viajero se detiene a una reflexión.

La Constante era el alma de todas las minas. Ella las sintetizaba a todas. Unas cerraban, pero otras se abrían y la alta chimenea respiraba. El mineral bajaba desde los altos, por sendas de tierra apisonada, hasta su caldera. Era una hija insaciable, y sus nodrizas, poco a poco, se fueron extenuando y ella, La Constante, carente de alimento, dejó de serlo.

Llega el pescador, suelta la lombriz o barre a cucharillazos las pozas, y continúa río arriba. Algún cabrero desde los picos tal vez

piense que si de esa chimenea saliera humo, él no estaría cuidando cabras y sería un minero como aquellos que le ha contado su abuelo. O tal vez sí, ¿quién sabe? Ahora La Constante se enfrenta al río. El Bornova, demoledor de molinos, se estrella contra los muros, va escarbando entre las grietas, cegando los canales y lanzándole, terco, eterno, imperturbable, la fuerza de su corriente. La batalla tiene un seguro vencedor. El río sabe que hará desmoronarse el más alto edificio que se construyó a su lado, invoca entre sus remolinos el día en que se desplome la enhiesta chimenea en su corriente.

El río perdurará para acabar con todas las obras con que lo desafiaron los hombres. Sueña un sueño más antiguo que la plata. El sueño del agua, la piedra, los rumores y, tal vez, los peces agitándose en su seno.

El caminante ya le habla, en este segundo tramo, como quien lo hace con una persona. Se ha entronizado en el relato, se ha convertido en el eje sobre el que giramos todos. Giran los ribereños, las minas, el propio narrador. Los de Albendiego, el molinero del Callejón, los de Gascueña de Bornova, que sin verlo se apellidan con su nombre, el tío Crescencio de Prádena, los fantasmas de los mineros. Se revuelven y se agitan todos en su torno. El Bornova es su seña común de identidad.

Limonada, cabreros y zorras

Nosotros vamos a volver atrás en el camino y adelante en la historia. Desde Las Juntas con el Pelagallinas el río se crece, se ahonda, pero apenas si se ensancha. El viajero lo anduvo a la inversa, en una mañana venosa de primeros de marzo en la que salió del puente y, junto a la ribera, armó una larga caña de pescador y se lanzó a robarle alguna de sus truchas.

Le robó, únicamente, unas jaras para hacer entrar en calor el cuerpo y una caída entre los breñales. A cambio le dejó tres cucharillas entre las brozas, dos anzuelos y varias docenas de lombrices.

El regalo final del río fue un violento chaparrón de agua casi helada con la que quiso despedirse.

Al regreso, en el adiós junto al reguño de casas de pizarra y corrales de tejados rotos, allí donde permite que crezcan cuatro frutales medio asilvestrados, allí lo maldije. Luego, seco y caliente, no puede hacer otra cosa que recordarlo y saber que volvería.

Esta zona, de la que hablo, es la más transitada, aunque no le faltan dificultades. Esta mañana la nieve, recogida en las umbrías, hace penoso el andar y el terreno se acartona, aterido, punteado de

escarcha donde falta la nieve. A intervalos gotas frías de lluvia pugnan por penetrar nuestros vestidos y nos apelmazan el cabello sobre la frente.

Sin embargo, el río da en este tramo algún respiro. Hay campos en las orillas, aprovechando los espacios abiertos, y, cerca de un hermoso puente de madera colgando sobre el agua, los olmos beben en la ribera y en las grutas que forman con sus raíces es donde las truchas moran.

Fue aquella mañana cuando encontré La Constante, y esta tarde de Hiendelaencina, en la que está para salir la procesión del Viernes Santo, anocheciendo, me la evoca. La soñamos todos, durmiendo junto a su río.

La procesión podría ser la «viviente», en la que los vecinos representan personajes de su pasión, pero no, la que ahora sale de esa iglesia tan nueva y sin estilo lleva una Dolorosa y un Sepulcro iluminado. Es ya de noche. El pueblo se apiña detrás de las imágenes y se adentran todos en la oscuridad de las callejas.

Voy al final del todo. La escena, tétrica, no por conocida no deja de producir una impresión cierta. El ruido confuso de las gentes al andar, sus murmullos apagados, la luz de los velones y luego los cánticos. Brota el «perdona a tu pueblo» y es un lamento, como un colectivo gemir por no sé qué terribles pecados, por qué insondables historias de todo el pueblo.

La procesión desemboca a una calle que se abre al campo y sus rumores se pierden hacia el espacio y las luces temblonas se difuminan contra el vacío de la llanura tenebrosa. Todo consigue un efecto fantasmal y a la vez patético. Los niños se remueven y cuchichean, los mayores representan con seriedad el papel, y el cortejo, fúnebre y siniestro, avanza. El viajero ha de volver la vista hacia arriba. Allí, el universo está tachonado de estrellas, las luces de estas son amables, firmes; la cúpula infinita brilla esplendorosa, viva, acogedora y consigue reconfortar el algo turbado corazón del caminante.

Languidece el «perdónalo, Señor» cuando se regresa a la plaza. Son, casi en exclusiva, las mujeres y los niños quienes acompañan a las imágenes de regreso al templo. El resto, viejos y jóvenes, va desgajándose de la comitiva, haciendo corros, caminando con parsimonia hacia los bares.

Le toca el turno a la limonada. A uno, la verdad, le gusta bastante, sobre todo si está bien reposada, macerada la fruta y no tiene demasiada canela. Se entrega, pues, a su disfrute y, mientras tanto, aprovecha para hacer algún conocimiento.

Es cercano a estas gentes y no es difícil trabar conversación. A este le suena tu cara y el otro indaga tu procedencia.

—¿No serás tú hijo de tal?

Pues no, no eres el hijo de tal, pero da lo mismo.

—Así que no. Pero de esos pueblos sí que eres. Ya lo decía yo. Por la pinta. La familia ¿bien?

—Bien. Gracias.

Y tienes que contar que están en tal sitio y que tu padre está en esto y que tú en lo otro.

—Pues del pueblo hay también uno trabajando allí. Así que conocerá a tu padre.

—Pues sí. Lo conocerá.

Y qué haces y qué eres y ¿cómo por aquí?

—No nos irá usted a sacar en los papeles…

—Tranquilo que no. No es eso.

Cae otra jarra de limonada y después hay que echar unos bocados al cuerpo para que no haga daño. Luego de los bocados llegan más jarras y a las diez ya sabes que uno de aquí estuvo de pastor por tu tierra y conoces a uno de La Toba y hasta otro está casado con una chica de tu pueblo.

—Por tu pueblo había mucho ganao, pero que mucho.

—Poco queda.

—Ese que te digo que está casado con la de tu pueblo no tardará en caer por aquí. Ahora lo verás. Habrá ido a cenar y ya estará al venir.

Y viene. Claro. Cómo va a faltar uno a beber un algo de limonada después de la procesión. Además, mañana se hace fiesta.

—Tened cuidado con este que es capaz de sacaros en algún «papel».

Dale con los papeles.

Hay que desmentir con contundencia porque la gente se escama de los «papeles», y se retrae en la conversación.

—Claro que aquí hay de qué escribir —te dicen—. De Las Minas ya han escrito mucho. Desde luego, si no las explotan es porque no hay interés del Gobierno, que plata ya lo creo que hay. Mucha, se lo digo yo.

La misma canción y la misma música. Vuelvo, como puedo, la charla al río. El Bornova para ellos son pasos, huertos, sucedidos. Los labradores recuerdan los molinos y los pastores la oveja que se les ahogó: por ellos, desde luego, bien tranquilas vivirían las truchas. Lo de la caña de los veraneantes les parece eso…, cosa de veraneantes.

—Cuando había cangrejos, aún bajábamos a coger alguno, pero truchas… No vas a estar todo el santo día dale que te pego para coger un pez. Si es que lo coges. Hombre, no te digo que alguno no baje, pero los menos.

—Bueno, bueno. Y además de los bares, ¿hay por aquí algún baile?

No hay baile. Lo único, una cuadra refregada, donde han colgado cuatro pósteres y uno ha llevado un tocadiscos.

—Cuatro chavales y alguna cría. Cosa de chicos. Vamos, nada. Baile solo en fiestas.

A esto, a una cuadra refregada y unos quinceañeros han venido a parar las noches escandalosas de los mineros.

El grupo con el que tengo montada la tertulia está dominado por los pastores. Son, un poco, el sector marginado del pueblo. La solitaria faena no ayuda precisamente a ser un experto en relaciones sociales. Se les nota un tanto alejados del resto de los vecinos. Cuando salen por el pueblo, se juntan, hacen corro aparte y charlan de lo suyo.

Poco a poco se van retirando a sus casas. A las doce quedamos solo un muchacho, que ronda la veintena de años, y un servidor. El chaval es apocadillo, habla despacito, como para no molestar. Pero es orgulloso y riguroso en el pago. Una ronda tú, otra yo. Una cosa es que a los pastores se les dé un poco de lado, y no sean considerados lo que debieran por el resto del pueblo, y otra que te permitan invitar siempre. Este es pastor, pero de cabras. La timidez se la entiende perfectamente el viajero.

—Yo no soy de aquí. Soy de Alcorlo. Las «letras» nunca se me dieron bien y me metieron a zagal desde pequeño. Antes ayudaba a mi padre, pero desde los dieciséis llevo yo solo el ganao. Y me bandeo bien. No se me pierden, no.

Y dice las últimas frases con orgullo este mozo rubio, ralo de pelo y barba, con la cara afilada, la mirada huidiza y el mentón débil. Ha cogido cierta confianza, vencido su cortedad y se siente orgulloso de su papel de guía para el forastero.

No me da la gana de hacer ninguna égloga del pobre muchacho, que sabe de aguantar el frío y el agua; de soportar ventiscas y nevadas. No me da la gana de poetizar y si alguna tuviera de bucolismo me la quita él con unas palabras.

—Si alguna vez pudiera, ya me gustaría a mí ajustarme por algún pueblo de la Vega.

Esa es toda su ambición y su aspiración emigrante. El bajarse de estos riscos, el dejar atrás los precipicios y las cabras y seguir un ganado más manso y tranquilo por el llano. La Vega tiene para él sabor de una tierra prometida.

Hablamos luego, y mucho, del río. Él lo conoce desde arriba. Todos y cada uno de sus picos y la totalidad de sus laderas. Me sorprende con las distancias que asegura, y le creo, recorre día a día.

—Es que la cabra no para de andar. La oveja es más tranquila, pero la cabra es un mal bicho y se mete por todo lo peor. Le da lo mismo que haya riscos o despeñaderos. Ellas tan tranquilas. Anda y anda. Y claro, tú detrás.

Su enemigo son las zorras. Admira su listeza, pero las odia.

—Cuando los partos las tienes todo el día encima. La cabra tiende a esconderse para parir y eso es lo malo. El animal se queda y el rebaño sigue adelante. Entonces es cuando la zorra se presenta.

»Son muy listas, pero que muy listas. Si hay dos, y muchas veces van en pareja, ya te puedes despedir del cabrito, si no has visto dónde se echaba la cabra. Una ataca a la madre y le empieza a dar vueltas y más vueltas. La cabra se tira a ella, a toparle, y entonces la otra entra por detrás y se lleva la cría entre los dientes.

—Si va sola, entonces puede que no lo coja. Aunque muchas veces se lo lleva. Se lía como te digo a dar vueltas alrededor hasta marear a la cabra. Otras veces se mean el rabo y con él ciegan los ojos de la cabra para poder hacerse con el cabrito. Hay que tener mucho ojo con ellas, pero que mucho. Pues no son listas ni na. Y cada años hay más, eso te lo digo yo.

El cabrero y yo seguimos hablando de riscos, zorras, de cómo llegar a tal sitio y cómo bajar sin riesgo a tal otro. Aunque él me avisa de lo mal que hemos hecho.

—Yo nunca me meto abajo. Yo siempre voy por las cuestas. Y es lo mejor. Para andar el río, vosotros debíais haber hecho lo mismo. Hubierais bajado mejor cuesteando.

Así será, desde luego. Si él lo dice. Pero uno ha visto los acantilados por donde pastaban las cabras y que son la ruta habitual del muchacho y piensa que lo hecho bien hecho está y que, a pesar de los pesares, el río por abajo es más seguro.

Son cerca de las dos cuando el pastor y yo nos despedimos. Nunca he podido recordar su nombre. Cuando voy hacia la tienda de campaña no me puedo quitar de la cabeza esa su única esperanza de bajar un día a ser pastor en los pueblos de la Vega.

Alcorlo, adiós

El Bornova también se baja hacia la Vega. Se hunde, aún más, después del puente grande sobre la carretera, metiéndose en un profundo desfiladero, para pasar oculto, bajo Hiendelaencina y oculto, como un bandolero, hasta llegar a Alcorlo. Luego se detiene. Los hombres le han obligado. Ha de pagar tributo para entrar en las tierras más fértiles, regándolas. Se ha cobrado, a cambio, dos pueblos.

Era viejo el proyecto del embalse en el desfiladero del Congosto, bajo Alcorlo. No basta con el agua del Cañamares que retiene Pálmaces. Un año sí y dos también el pantano se queda seco y las tierras sedientas. Era necesario construir otro y aprovechar el

Bornova.

El río no se resignó a ser dominado. Sus ribereños tampoco. Ha sido una batalla desigual. Por un lado el desfiladero del Congosto y sus rendijas unidos a unas docenas de hombres de los dos pueblos. Por otro las máquinas, la técnica, la ley, el progreso, la agricultura y la Vega.

El viajero entiende las dos razones, pero no puede dejar de pensar en los habitantes de Alcorlo, desarraigados de su tierra y sus hogares. Cierto que hubo indemnizaciones. Todo está firmado, sellado y lacrado. Pero ¿dónde irán hombres y mujeres de más de sesenta años? Gentes que jamás salieron de aquí. ¿Cuánto les van a durar las cuatro perras que les dieron por toda una vida de esfuerzo? No por minúscula, entre las muchas tragedias, dejará de serlo esta del pueblo bajo las aguas. Ni la de sus vecinos arrojados a un éxodo por las casas de los hijos, quienes los tienen y quieren, en barriadas de suburbio madrileño, o en asilos, residencias o pensiones.

Las gentes de Alcorlo han intentado resistir. Escribieron cartas, consultaron abogados, hicieron plantes. Enfrente leyes, poderes, proyectos y, como símbolo de su derrota, las máquinas cegando el viejo desfiladero, iniciando esta nueva guerra de los hombres por dominar otra vez al Bornova.

No ha sido la tarea ni corta ni fácil. El desfiladero, vencidos los otros, fue el último y solitario amigo del pueblo. Destapó cuevas, poros y grietas por donde huía el agua. Cavernas sin fondo, de pastores, algunas, dicen, con viejas pinturas y huesos. El desfiladero ha puesto trampas, pozos sin final, agujeros irrellenables. Pero las máquinas siguieron, lentas, precisas, vomitándole cemento a toneladas. El desfiladero, al fin, humillado y ciego, se ha rendido. El Bornova ha comenzado a chocar contra el muro y se ha revuelto, furioso y malvado.

Uno no ha querido volver a Alcorlo. Ha preferido guardar en su retina el viejo pueblo condenado. No quiero ver el río girando rabioso, cubriendo las sendas y borrando las huellas de las herraduras, socavar las primeras cercas. No quiero ver esa agua, al asalto de Alcorlo, haciendo caer los apriscos, las corralizas, comenzar a deslizarse por debajo de las puertas.

El Bornova, frío, con su lengua desparramada en mil puntas, va llenando sin prisa huecos, hondonadas, va trepando por las escaleras de las casas.

No quiero ser testigo de esa silla con una pata rota emergiendo por una ventana reventada, ni de esas cestas de mimbre, ni de esos borbotones de vasijas y cacharros flotando a la deriva, chocando contra las paredes de los edificios medio sumergidos. Al final todo es un ceder de esquinas y un derretirse de tejas por los aleros.

¿Cómo podía resistir Alcorlo? Toneladas de agua han entrado. El río destroza los ventanales de la iglesia y solo va quedando un turbión de remolinos. Luego, la última gota pasa por la punta de la veleta del campanario.

El viajero se encuentra, luego, por esos bares de Madrid, en cualquier tarde medio alcohólica, con un camarero que ya no tiene pueblo y brindan los dos por lo que ya solo es un refugio de peces.

Tendrán razón el progreso, el regadío, la Vega y las leyes todas, tendrán razón, pero aquí desde el desfiladero del Congosto, mirando el segundo pueblo, el desierto San Andrés, no puede uno por más que maldecir en silencio. Además de casas, tierras, huertos, cementerio y ayuntamiento, ha tapado el agua mucha vida y mucho recuerdo. Se siente, el viajero, solidario con su amigo el camarero de Madrid, que no tiene lugar donde volver los fines de semana y, aún más, con esos viejos, cada uno en un exilio. Para qué hacer literatura. Dentro de poco, Alcorlo, te quitarán de los mapas. Así que, adiós, Alcorlo, cuida bien de tus peces, y tú, Bornova, no te ensañes demasiado con el pueblo sepultado.

Regreso al llano

Es hora de dejar el río y volver al sitio de donde partimos. El Bornova, más abajo, pierde su personalidad. Se va ensuciando por los arrastres de los labrantíos y emperezándose en remansos. Pero choperas son más hermosas las del Henares. Es la hora del regreso.

Son más de veinte kilómetros los que esperan a nuestras piernas, cuando me cuelgo el macuto en los hombros. No sé por qué el maldito es igual de pesado que el primer día de camino, cuando iba cargado hasta los topes. Con él a cuestas, carretera adelante, vacío el horizonte de árboles, bestias y, por supuesto, de hombres; bajo un sol de condenado a galeras, empiezo a caminar hacia Jadraque.

Voy buscando las orillas para no pisar el asfalto, que destroza músculos y cuece pies, cerrados ojos y oídos al paisaje, soñando solo en ver, ahí mismo, la ladera, con las cuatro casas adosadas que es Congostrina, luego alcanzar La Toba y plantarse por un atajo en Jadraque.

Pero la carretera da largas vueltas, eternas subidas lentas, cansinas, donde se pierde el ritmo y pasa el tiempo sobre el caminante, que de pronto empieza a sospechar que los pocos conductores de coches que pasan se ríen unánimemente de él.

Es una hora y media larga. Además, se ha hecho medio día y se va maldiciendo por no haber despertado antes, por no haber dejado antes

de beber limonada, por haber abusado de la misma, por arrastrar la resaca que se arrastra. Pero de nada valen las maldiciones contra los kilómetros.

Por fin, Congostrina. Hay una ermita a la entrada, junto al camino que gatea hasta el pueblo, y a su sombra se deja caer. Saca de la mochila una lata de garbanzos, la abre y, fríos, se dispone a engullirlos con resignación, mientras mira arar a un viejo con una mula los pedazos de tierra, al borde de la carretera. Y, ¡de pronto!, se levanta y empieza a correr y a agitar los brazos como un poseso.

Una furgonetilla amarillenta se detiene cuando ya trasponía por la cuesta rumbo a Hiendelaencina.

—Maldita sea, casi no me ves. Estaba detrás de la ermita. Ya empezaba a creer que no aparecías.

—¿Cómo no iba a venir, hombre?

Y es que el viajero tenía su as en la manga. Pero se lo había callado, hasta intentar olvidarlo él mismo por si fallaba.

El as se llama Ramón y es primo suyo. Un chavalote, alto como un varal y rubiato que, aunque no comparte, apoya logísticamente los trotecillos de uno. Una llamada telefónica al pueblo sirvió para conectarle. Solo se dejó recado, que él no estaba, pero en los pueblos acaban llegando los recados, y aquí lo tenemos.

—En cuanto me lo han dicho.

—Pues fíjate la casualidad de estar tapados por la ermita. Gracias a que estaba mirando. Anda que si llegas a pasar de largo…

—No había cuidao. Yo estaba parando para preguntarle a ese que está arando allí si os había visto pasar, cuando te he oído.

Y ahora es el viajero un hombre feliz, tres kilómetros más allá, en el bar de La Toba, bebiendo botellines y comiendo olivas.

—Aquí también he parado porque he visto a esos —y señala Ramón una panda de chavales con arreos de camping—, pero, ¡ca! Poca pinta llevan de andar —nos añade a modo de elogio comparativo.

Y es que tú estás contándole las peripecias de la andadura y sí debes tener bastante pinta de cansancio. El Bornova, ciertamente, te ha propinado una excelente paliza en solo tres días. Los no mucho más de cincuenta kilómetros, aderezados con escaladas y vadeos, más los kilos en la espalda los llevas bien marcados en la cara.

La Toba es el primer pueblo a cuyos habitantes se llama serranos y tú lo identificas como de pastores, porque los toberos solían pastorear ganados de propietarios del llano.

Un hijo, precisamente, de uno de ellos, con quien recuerdas algún agarrón de chaval, te saluda ahora mismo. Las peleas de crío quedaron hace mucho tiempo atrás. Ahora es tiempo de amistad. Te cuenta, el hombre, sus problemas. No son otros que los de muchos. El maldito

paro. Trabajaba en Alcalá, en la construcción, y un día no hubo dónde poner un ladrillo ni ganar un jornal.

—Y me partieron por el eje, chico. Estaba metido en un piso, me iba enderezando y en esto la empresa dice que se acabó. Y se acabó. Se terminó aquella obra y no hubo más. Yo estaba ya fijo, pero de bien poco me valió. Solo para la cosa de cobrar algo más y más tiempo el paro. Pero se acaba y qué haces. A ver, ¿qué haces?

Son obligatorios más botellines y más olivas. Él sigue con su historia.

—Yo meterme en cosas no me he metido. Bueno, lo normal. Tienes tu sindicato, claro, y si hay que ir para adelante, pues se va. Lo normal, como todos. O sea que señalado no estaba. Da igual. Yo, la verdad, es que no sé qué va a pasar. Pero algo hay que hacer. Esto revienta por algún sitio, no sé por dónde, pero revienta. Así no se puede seguir.

—¿Y tienes algo?

—Hombre, algo sí he podido coger. Ahora, precisamente parece que me sale algo de eventual. Si me dura seis meses, me quedará paro para un poco más de tiempo. Pero no es vida. Y, encima, como el patrón sabe que tienes que agarrarte a lo que sea, pues abusa. En fin, vamos tirando. Ayuda el pueblo y si de aquí te llevas patatas, judías y garbanzos, por lo menos eso comemos. Chicos no tengo, ¡lo que me faltaba, si viene alguno!, y para la mujer y para mí con poco nos vale. O sea, que tirar, pues vamos tirando.

Se acaban los botellines y nos despedimos. Camino de Jadraque, al encender un cigarrillo, Ramón comenta con su algo de ironía:

—Pues mira por dónde el paro vale para eso del control de la natalidad.

Bromas aparte, el mal regusto de boca ante los problemas del conocido dura hasta Jadraque.

—Ves, Ramón, vuelve uno a poner el pie en la civilización y ya tienes los problemas.

—Pues anda, haberte quedado en la sierra.

Mi primo, risueño siempre, conocedor de todas las historias de todos los pueblos de la comarca, es un auténtico y fiel calendario de fiestas; me cuenta una, para hacerme olvidar lo del paro. Me cuenta la del Martín de La Toba.

—Pues el Martín, de aquí de La Toba, era atravesao donde los hubiera. Aún ahora que es ya mayor sigue con las mismas intenciones. El día de antes de la fiesta se bajaba hasta el arroyo y cortaba un buen manojo de varas de mimbre y lo escondía, bien peladito, en la gatera de la puerta de la Casa de la Villa. Allí se recostaba cuando empezaba el baile, sentado en el escalón, con una mano en la gatera y bien atento. Daba una voz de más un forastero, y ¡zas!, en todas las

pantorras. Era el vigilante del baile. Menudo era el Martín como vigilante. Aunque, claro, bailar una pieza pues no, no se la bailaba.

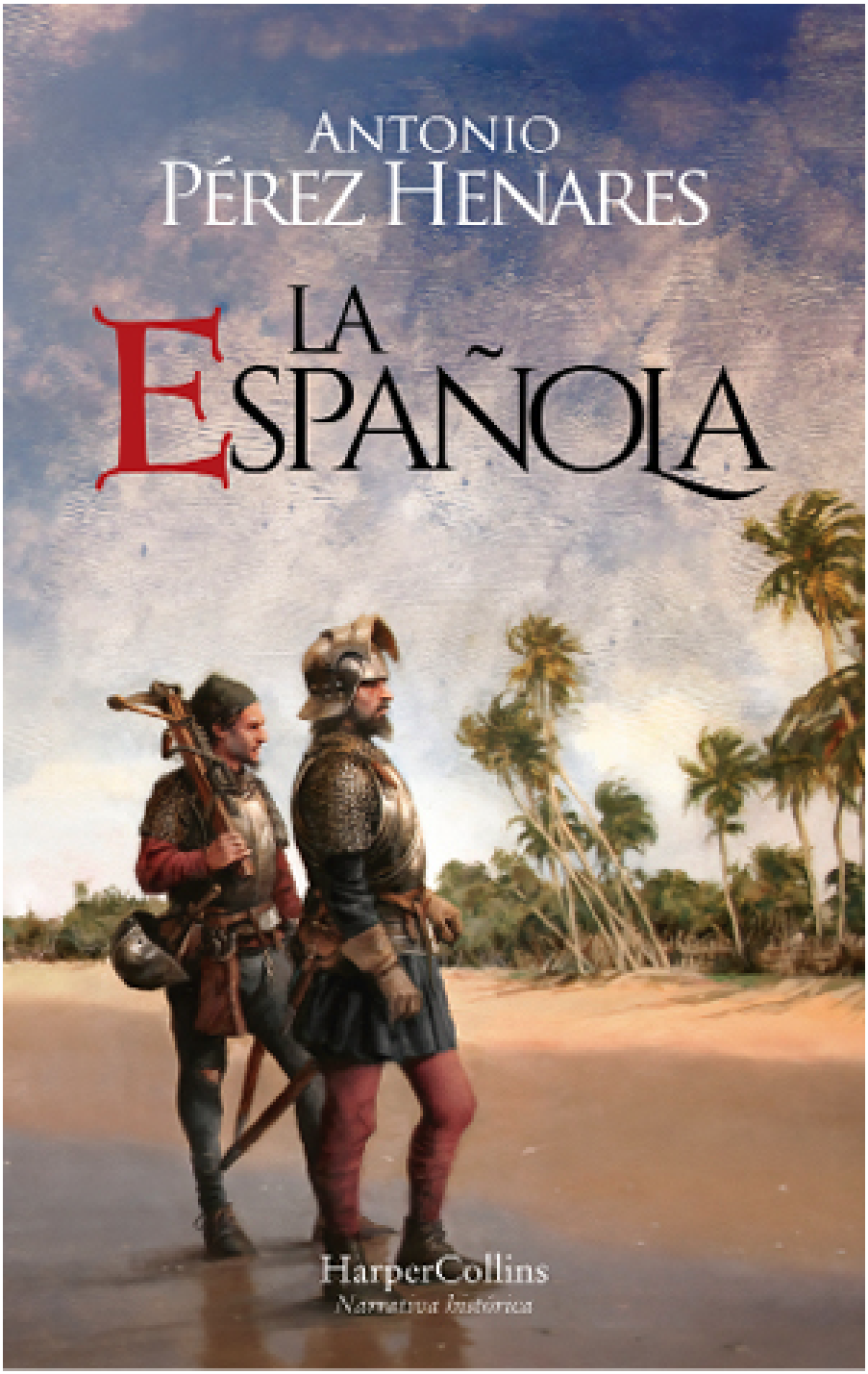
Ramón es bastante más famoso que el Martín en toda la zona. Un tanto desgarbado, zanquilargo, conoce todo lo que pasa en kilómetros a la redonda y a él lo saludan por todos los sitios que pasa. En cuanto ven aparecer la furgoneta, ya saben quién va dentro. Por los veranos suele vender verdura y era tractorista de una cooperativa. Ahora ni vende verdura ni ara con tractor. Hartos de aguantar, él y su compañero se fueron, como todos, a trabajar a la capital.

Y ya estamos en Jadraque. Se acabó el camino. Para cerrar el círculo paramos en el Jadraqueño. Un poco más abajo es, también, el fin del Bornova. Desde los altos de Miralrío se divisan las dos líneas de choperas que atraviesan la Vega, un buen trecho en paralelo y luego se deciden a coincidir en un punto. Una es el Henares y la otra oculta es nuestro Bornova. El alma del joven raptado por los foramontanos del Ocejón descansa, al fin, tranquila en su llanura de origen. Yo ya me voy también a dormir. Bujalaro, que es mi pueblo, queda, como quien dice, a un paso.

[2] Uno de sus dueños era Jesús Jubrías, trágicamente fallecido en el incendio de la Riba de Saelices, junto con otros diez compañeros, la mayoría hijos de esta sierra.

Gascueña de Bornova, cercada de pizarra

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

Table of Contents

Cover Page
El río de la lamia
Créditos
Dedicatoria
El nido de mis libros
El río de la lamia
A manera de prólogo. Donde una lamia había desparramado su cabellera
Primera parte. Los foramontanos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Segunda parte. La gruta del almorávide
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Tercera parte. La noche de los poetas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Cuarta parte. La curandera del Bornova
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Quinta parte. El lobo de tres patas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3

Capítulo 4
Sexta parte. Los buscadores de plata
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Séptima parte. El maestro rojo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Final. Los cabreros del Bornova
Epílogo
Las recetas de la curandera del Bornova
Nota final del autor
Bornova, viaje al río de la lamia
Introducción
Si te ha gustado este libro…